

invierno 2021

***Cuadernos de
Encuentro***

147



EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
Las plagas... , <i>Emilio Álvarez Frías</i>	3
El volcán, y una analítica de España, <i>Luis Fernando de la Sota</i>	8
Centenario del Partido Progresista, <i>Fernando Suárez González</i>	12
Ser o no ser romántico: he aquí la cuestión, <i>Manuel Parra Celaya</i>	21
Progresismo y patrimonio, <i>Antonio Flores</i>	27
Los velos del nacionalsindicalismo, <i>José Martín Ostos</i> ..	32
Las reformas necesarias, <i>Juan Díez Nicolás</i>	47
El ocaso de la virilidad. El oscurecimiento de lo masculino, <i>Arturo Pretel Pretel</i>	51
Esencia, destino, existencia y realidad de la Patria, <i>José Luis Díez</i>	56
Metapolítica, después de un cuarto de siglo, <i>Alberto Buela</i>	61
Proyecto Weltethos, <i>José María Méndez</i>	64
«La Marea» de José María Gironella, <i>Tomás Salas</i>	67
La virtualidad, <i>Enrique del Pino</i>	71
Digresiones históricas, <i>Pío Moa</i>	73
Libros	77
Belén montañero, <i>Diego Fernando Cámara López</i>	83



Cuadernos de Encuentro

2ª ÉPOCA
Nº 147 - Invierno 2021

EDITA:
CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS
C/. Santovenia, 19
28008-MADRID
secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR
Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE
Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE
Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL
Fausto Heras Marcos

TESORERO
Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES
Luis Buceta Facorro
Fernando Cadalso Preciado
José Manuel Carabaña Ortega
Gonzalo Fernández Suárez de Deza
Carlos Giménez de la Cuadra
Adolfo Irazzo González
Jesús Martínez Martínez
Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR
Antonio Diosdado Serrano
Dalmacio Negro Pavón
Luis Suárez Fernández
Juan Velarde Fuertes

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.
Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

LAS PLAGAS...

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Estoy convencido de que el Sumo Hacedor, que se embrolló en montar el orbe, el mundo, no pensó que los seres que iba a aposentar en la bola llamada Tierra le iban a dar tantas preocupaciones.

Empecemos por el principio. Según dice el diccionario de la RAE, el orbe, eso que nos envuelve a todos desde la lejanía a la proximidad con el vecino, es el «conjunto de todo lo existente, el conjunto de todos los seres humanos», para simplificar, el conjunto de todo lo habido y por haber. Es decir, las galaxias que se reparten por el amplio espacio celeste que conseguimos contemplar y atisbar con una simple mirada, todo lo que vemos en la cercanía y en lo más alejado, e incluso en lo que la vista o los telescopios todavía no han llegado a alcanzar por muy afinados que estén, y por ende no vemos. Los soles y los satélites, las estrellas y los cometas, las nebulosas y los asteroides y las constelaciones; todo eso puso en marcha el Sumo Creador. Y, naturalmente, dentro de todo ese complejo cosmos se encuentra, como hemos dicho antes, la bola que nosotros llamamos Tierra, al cuidado de la que dejó a Adán y Eva, en una parcela de terreno que conocemos como el paraíso, con la encomienda, fundamental, después de haber pecado al no seguir sus instrucciones, de que se multiplicaran, lo que hicieron pródigamente a lo largo de siglos hasta llegar a nosotros, por sí, o por sus descendientes.

¿Pensó el Creador en llenar de vida solo a la Tierra que ocupamos? La verdad es que no podemos introducirnos en sus deseos o propósitos. Nuestra capacidad no da para tanto. Ni el respeto en que lo tenemos nos permite intentarlo. De momento, sólo Él sabe si hay vida en otros lugares. Pues nosotros, sus mandados, por más que enviamos unos artilugios al satélite Luna, o a otro espacio cualquiera del cosmos, seremos incapaces de llegar a todo lo que existe en ese inmenso escenario que contemplamos cuando dirigimos la mirada hacia el cielo. No nos importa gastar dinero en los intentos, conseguiremos saber si hay atmósfera o no a donde llega el hombre, si hubo agua en algún tiempo pasado, si presenta posibilidades de futuro, etc. Pero aunque consigamos acercarnos y pisar mundos distintos, entes variados aquí o allí, siempre será nada comparado con todo el cosmos. Apenas como un punto en la tierra. Ni siquiera eso, sino mucho menos.

Él, el Dios Creador, si quería dejar constancia reproducible en esta bola que ocupamos, no podía actuar de otra forma a como lo hizo. Con la mejor de las intenciones, pensando que sería bueno que existieran unos seres, que llamó hombres, que estuvieran dotados de imaginación, sentimientos y voluntad y capacidad para desarrollar una subsistencia de amor entre todos ellos.

Pero no los dejó solos, decidió que los acompañaran otros seres con un cacumen menos armado, más brutos, de muy diferentes cuerpos y razas, con el fin de que los asistieran de alguna manera y los sirvieran de alimento y de ayuda en determinados trabajos. Con esa intención puso todo ello sobre unas tierras que produjeran los productos que habrían de servirles de alimento, con mares y ríos que les facilitaran el líquido necesario para que desarrollaran su vida, montañas y roquedales en los que

podieran hallar cobijo e ir creando sus lugares de residencia, envolviéndolos en una atmósfera donde pudieran respirar, y, sobre todo, inteligencia para que consiguieran enfrentarse con todos los inconvenientes que surgieran e ir mejorando lo que fuera su entorno y su modo de vida.

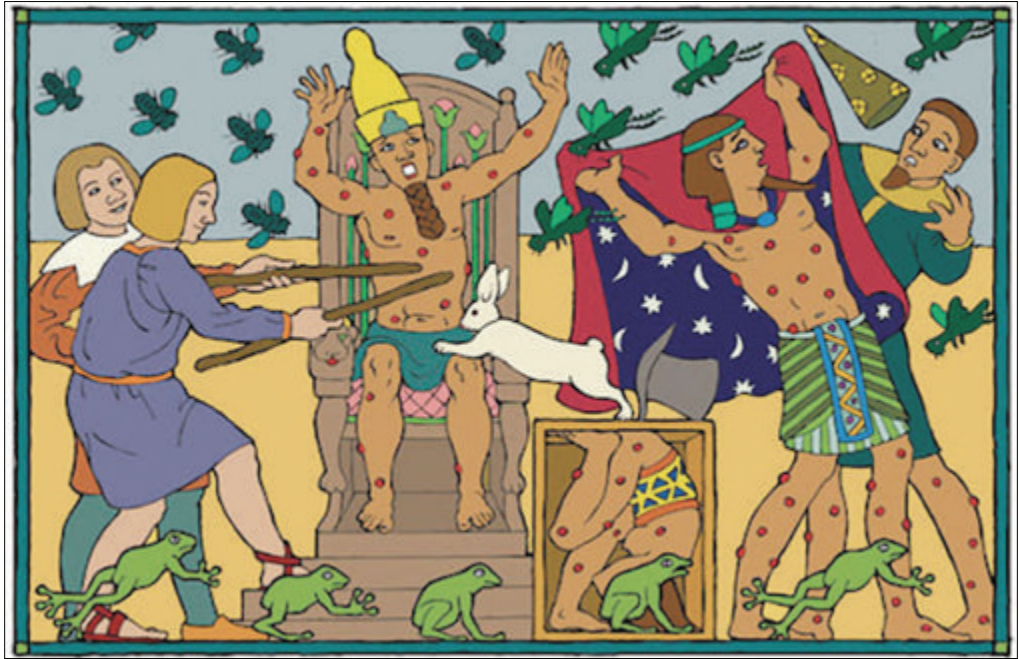
La creación, como hemos dicho, empezó poniendo a Adán y Eva en el Edén. En esta pareja confió el Señor nada menos que toda la posibilidad del desarrollo humano que Dios puso en marcha. Y ahí estábamos nosotros. En el principio, Adán y Eva vivieron plácidamente en el Edén, comiendo la sopa boba hasta que Eva la lio cogiendo uno de los productos que daba el árbol que les había sido prohibido tocar.

Y nosotros, Adán y Eva, a partir de ese traspié, de aquél primer tropezón, tuvimos que avivar para cumplir su mandato. Y al ir despertándonos por aquello de que nos teníamos que ganar el pan con el sudor de la frente, saliendo de la inopia en la que nos encontrábamos, nos fuimos enredando por quítame allá esas pajas, persiguiendo a un cebú, una gacela, un conejo, un urogallo, una ternera, o cualquier animal de pelo o pluma que se cruzara con nosotros, ya que lo del pan era simbólico, todavía no se había inventado, y cualquier cosa que pudiéramos comer valía para subsistir, sin que hayamos dejado de andar con semejantes monsergas ni seamos capaces de estarnos quietos de rencillas. Engordando éstas rencillas a base de pijotadas a medida que pasaba el tiempo, pues somos inconstantes, rencorosos, envidiosos, ambiciosos, y mucho más memos de lo que nos creemos.

Por tan absurdo designio, surgieron las guerras, tuvieron lugar los disgustos entre hombres y mujeres o viceversa, entre jefes de estado, entre pensadores buenos y malos, entre tontos del bote y tontos de baba, entre vecinos, entre los que viven por aquí o los que andan por allá, entre los que quieren entretenerse con batallas injustificadas, o, si no tienen con quien enfrentarse, se encrespa consigo mismos destrozando sus vidas, su imaginación, su inteligencia...

Naturalmente, esta gente, como hiciera Eva, no se atenían a las primitivas leyes de la creación. Y, un día, como tenía que ser, Dios, el Creador, se debió cansar, dio un puñetazo sobre cualquiera de las bolas del firmamento, y castigó con el diluvio universal a todos los que andaban por la Tierra, allá por el 5500 a.C. Castigando a todos aquellos estúpidos energúmenos, sin librar a ninguno, pues todos habían metido la pata. Aunque para que no se extinguieran las especies creadas, contó para ello con la colaboración de Noé, que le era fiel, liberándolo del castigo, junto con sus hijos, pues su vida había sido límpida.

Después de hacer una limpieza a fondo, y volver las aguas a su cauce, aquél mundo primitivo siguió funcionando. Mas, pasados unos cuantos siglos, de nuevo volvieron a las andadas los individuos creados por Dios; recurrentes, tercos, pues no cabe duda que enseguida se olvidaron de las advertencias del Señor, de las exhortaciones que dejaba caer de vez en vez, y necios hasta la exageración, crecieron en soberbia, volvieron por los mismos senderos del error que habían recorrido en otros tiempos, toparon con similares piedras, se precipitaron por los mismos precipicios, aunque con la particularidad de que ya los hombres habían asimilado muchas más cosas, pecaban de más listillos, eran mucho más maduros, estaban más preparados, habían alcanzado una capacidad superior para ver y comprender lo que el mundo ofrecía, consiguieron aprender a organizarse en grandes comunidades, construían edificaciones enormes, descubrieron el arte, e incluso habían inventado sus dioses para no



Las plagas de Egipto

depender de las normas del Dios primitivo y verdadero, y, con todo ello, se pasaron de rosca y se encontraron, un día detrás de otro, allá por el 1279 a.C., con las diez plagas que asolaron todos sus inventos y todo su poder, pues no fue cosa de broma, ya que primero el agua se convirtió en sangre, luego se produjo la invasión de las ranas, después los piojos se extendieron por todos los rincones, a continuación aparecieron las moscas, y sucesivamente se fueron presentando la peste en el ganado, las úlceras por todos los cuerpos, la lluvia de fuego y granizo, las langostas y los saltamontes les agobiaron, les sorprendieron las tinieblas y, para rematar, les cayó el estigma de la muerte de todos los primogénitos de Egipto. Como no podía ser de otra forma, todo esto avivó la cerrazón del faraón que era quien cortaba el bacalao entonces, sobre todo cuando se encontró con la muerte de su hijo. Llegado ese momento, sin saber qué hacer, reflexionó y se arrepintió, —a buenas horas- con lo que liberó a los hebreos que tenía sometidos en sus territorios, terminando el testarudo faraón, junto con todo su ejército, en el mar Rojo.

Pero no acaba aquí la insensatez de los hombres. Poco a poco, siglo a siglo, rebuscando entre lo enterrado y actualizándolo, volvieron a los tiempos anteriores, como si no hubiera pasado nada. Como si el diluvio universal no hubiera tenido lugar, como si las plagas que asolaron a Egipto no hubieran existido, volviendo a caer en el error de que ellos, los hombres, los hijos de Adán y Eva, habían crecido mucho intelectualmente y se estaban situando por encima del propio Dios, el Dios que sabemos verdadero.

Cansado de tanta arrogancia, aburrido de tanta petulancia, hastiado de tanta irracionalidad, el Señor Todopoderoso creador del orbe decidió dejar en paz a los que había castigado con las diez plagas pensando que si se empeñaban en no ir por el

buen camino que Él les enseñaba, se atuvieron a los problemas que entre ellos se iban a crear. Ya no iba ser Él quien los castigara, sino ellos mismos serían los que toparan con el mal. Y así fue. Se metieron en guerras, en absurdos asesinatos por hacerse con el poder, y en todo un gran porrillo de cosas que los hombres han sido capaces de inventar en su constante afán de no estarse quietos y el deseo de disfrutar dándose mamporros de todo tipo por imponer sus pensamientos y formas de vida.

Y, ese Dios Creador que recordamos repetitivamente, pensó empezar nuevamente, de poco en poco, echando mano para ello a una parte de los habitantes de la bola Tierra. Para ello se fijó en lo que llamó el pueblo elegido. Con el fin de llevar a buen fin aquella operación, hizo nacer un Hijo Suyó en el seno de mujer, en María de Nazaret. Y este, Jesús, cuando alcanzó la edad adecuada y se bautizó, se las anduvo sin presunción ni arrogancias entre aquél pueblo, entre los pescadores del lago de Genesaret, junto a los que cultivaban la tierra próximas al río Jordán, entendiéndose con los que comerciaban recorriendo los caminos frondosos y los desiertos, comprendiendo a las mujeres que cuidaban los hogares y se acercaban a los pozos en busca del agua, explicándoles cuál tenía que ser el sentido de su vida, cuál debería ser el comportamiento a lo largo del camino que cada quién tenía que realizar hasta llegar al final y poder entrar en el reino del Señor. Salvo unos pocos, los demás no llegaron a enterarse. Como suele ocurrir casi siempre. Es condición de los hombres cerrar las entendederas y hacer lo contrario a lo que se les sugiere, aunque las enseñanzas bajen directamente del Hijo de Dios, del Dios mismo. De tal forma que con el mismo desparpajo lo acompañaron bajando el Monte de los Olivos cantando vítores y portando palmeras, que le siguieron cuando recorrió el camino que llevaba al Calvario con la cruz a cuestas, momento en el que le lanzaron insultos e improperios a porrillo, incluso algún que otro canto, hasta que fue clavado en esa Cruz que portó, y en la que expiró preguntando a su Padre: «Señor, Señor, por qué me has abandonado», sabiendo que Él era el último aviso que enviaba al pueblo elegido que tampoco había sabido comportarse debidamente.

Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, que vino a salvar a los mortales, cumplió el mandato del padre. Y no consiguió la respuesta de todo el pueblo elegido, pero sí la halló en un grupo de hombres —y en las tres Marías— a los que encomendó extendieran su mensaje por todo el mundo, un mensaje sencillo, fácilmente comprensible, sumamente importante y más sincero que cualquier ley de los hombres: «Amaos como yo os he amado».

Una recomendación tan sencilla como el amor que todavía no ha sido alcanzada por la generalidad de la humanidad; apenas algunos seres individualmente lo han conseguido. Y esos son nuestro ejemplo hoy. Porque no es difícil, según podemos llegar a ver todos los días, tal cual nos cuenta la televisión y la prensa y demostramos hombres y mujeres a diario, advertir cómo nos empeñamos en las disputas por necesidades, en guerras por ambiciones, en codiciar poder, en odiar a los otros por esto o aquello, en envidiarnos por cualquier poquedad,... Nos ciegan los bienes temporales, el disfrute a tope de la vida del momento, y nos olvidamos que hemos de amarnos y ser generosos y misericordiosos con los demás. Eso es lo que vincula a unas personas con otras, es lo que conduce a la paz, a la generosidad, a la entrega por nada, a la felicidad.

Con esa terquedad que nos agobia, con el empeño de desear hacer lo que cada quien ansía, el Señor Creador de los cielos y las estrellas tiene que estar hasta la coronilla de nosotros; de todos, aunque unos merezcamos más que otros su repulsa.

Engreídos en nuestro saber y poder, pasmados por lo inteligentes que somos y lo bien que pretendemos hacer las cosas, jactanciosos nos empeñamos en ser los inventores de los derechos del hombre para que nos entendamos, sin darnos cuenta de que eso está inventado desde el principio de los tiempos, y los intentos de ahora no deja de ser una miseria comparado con el amor que Dios nos recomienda y nos da.

Por ello tememos que el Dios Creador debe haber decidido enviarnos, sin más aviso, como hizo con los egipcios, unas plagas que nos hagan reflexionar. Y eso deben ser las lluvias desoladoras que caen por unos u otros puntos del orbe, las terribles tormentas que arrasan pueblos y ciudades, los incendios que destruyen bosques y plantaciones, la explosión de viejos volcanes que derraman su lava causando enormes desastres, el susto de futuro que representa el desmantelamiento de los glaciares, el incremento de las tierras yermas por las que no luchamos sino que las dejamos se pierdan para el cultivo y la vida, la contaminación de la atmósfera que llenamos de elementos nocivos para la vida de los hombres y las especies animales, las enfermedades que nos asola en forma de pandemia o individualmente, y un largo etcétera que van desbaratando los bienes acumulados por la propia naturaleza en sí y por los seres humanos durante siglos, y gracias a la condescendencia del Señor. A ello hay que agregar no pocos de los inventos que va realizando el hombre que conducen a que él mismo resulte innecesario pues le sustituye por una máquina, cambiando el pensamiento de los individuos, fomentando el desamor como forma de vida. ¿Son buenos o negativos una parte de esos descubrimientos del hombre? ¿Sabrá utilizarlo para alcanzar una mayor felicidad? ¿Servirán para conducirlo por el camino de la vida hacia el final irrenunciable al que llegará en un momento del viaje?

Tanta duda no debe extrañarnos. Hacemos todo lo posible para que sobre nosotros caigan una tras otra plagas que rompan los esquemas que con tanto esfuerzo hemos ido trazando para vivir. Del tipo que sean esos esquemas. Da lo mismo. Cualquiera sean los proyectos creados y difundidos por los grandes magnates del mundo que asumen la categoría de dioses; producidos por la mente de los investigadores que ponen en el mercado un sinnfín de productos que si bien ayudan en alguna medida al hombre, no es menos cierto que por otro lado lo arrancan del camino que tiene marcado.

Tratamos de conseguir la excelencia como si fuera una entidad cósmica distante, según nos dijera Sócrates, como si fuera intocable y difícil de alcanzar. Pero si nos fijamos en los haceres diarios nos damos cuenta de que siempre volvemos a lo mismo, que, resumiendo, es el punto clave. Y si escuchamos a Horacio, oiremos la siguiente reflexión: «Aprovecha el día de hoy; no confíes en el mañana». Profundizando en cada día, en todos los días, sin elucubraciones confusas. Tratando que cada día, al rendir cuentas de lo que hemos hecho, podamos decir con humildad que hemos amado a nuestros semejantes, que nos hemos preocupado para que no hiciera lo que no era lógico, que le hemos ayudado a cumplir su programa de vida, que no pretendemos ser más que el Dios que nos dio la vida, que es suficiente lo que nos da cada día y que con el sudor de la frente, como les dijo a Adán y Eva en el principio, nos ganamos esa vida que Él nos concedió.

Y para saber que hemos cumplido, hagamos cada día un examen de conciencia. De él obtendremos la nota adecuada para saber en qué debemos mejorar al día siguiente. ●

Apuntes polémicos

EL VOLCAN, Y UNA ANALÍTICA DE ESPAÑA

LUIS FERNANDO DE LA SOTA

En estos momentos en que escribo estas líneas y ojalá que cuando se publiquen sean más optimistas, los ojos y los corazones de los españoles están siguiendo minuto a minuto el avance imparable de la lava y las nubes de gases y cenizas que está devastando implacablemente la preciosa isla de la Palma, llevándose por delante, casas, plantaciones, escuelas, iglesias, sueños, ilusiones, proyectos y formas de vida.

Pero, y aunque más tarde retome este tema, lo que pretendo con ellas, es hacer en este final de año, una especie de analítica de esas que nos mandan los médicos para saber cómo está el paciente y poder obrar en consecuencia o tal vez mejor un balance tras el preceptivo inventario, como el que hacen las empresas y también algunas familias e incluso muchas personas a título personal, con el propósito de conocer su situación real, comprobar resultados e incluso corregir errores si es necesario, y que en la mayoría de los casos especialmente en las personas, se quedan en promesas o propósitos que pronto se olvidan o deliberadamente se incumplen.

Y como en este caso mi empresa es España, resulta que a medida que voy recopilando datos de lo ocurrido en estos doce meses y utilizando el elemental sistema de ir colocando en uno de los platillos de la balanza lo que considero bueno y positivo, y en el otro lo malo y negativo, el saldo es francamente desolador. Por mucho que me esfuerce para rellenar el primero, es muy difícil llegar por lo menos al famoso vaso medio vacío o medio lleno.

Y es que este año ha sido catastrófico y a esa conclusión llego a pesar de mi natural optimismo.

En este ejercicio de memoria por encontrar esos datos positivos —que indudablemente los hay— y de considerable importancia, tal vez lo primero sea el de reconocer que durante la pandemia del covid-19 que hemos padecido y seguimos padeciendo aunque sea atenuada por las vacunas, el comportamiento de los españoles ha sido ejemplar. Con disciplina y sentido de la responsabilidad, obedeciendo las contradictorias, caóticas y sesgadas normas e informaciones que hemos ido recibiendo, los confinamientos, el cierre de negocios y el cambio de nuestras costumbres. Lástima que unos pocos miles de jóvenes en varias de nuestras ciudades hayan echado al final un borrón con sus desenfundados botellones.

También la profesionalidad, dedicación, esfuerzo y sacrificio de todos los sanitarios, médicos, enfermeras, celadores, etc. que ha sido impresionante, la solidaridad altruista de otros jóvenes y no tan jóvenes, como de infinidad de taxistas, porteros, vecinos, etc., que han demostrado que nuestra sociedad no es tan egoísta ni tan inso-

lidaria como parecía y que cuando hay que echar una mano lo hace, volcándose en este caso y como en esos pueblos que quedan gravemente afectados por terremotos o riadas.

Como es necesario y digno de destacar, la entrega y dedicación de nuestros soldados, que en su habitual y austero silencio de siempre han demostrado no solo en tierras lejanas y hostiles su preparación, disciplina y patriotismo, sino también su capacidad y sus conocimientos técnicos, acudiendo en eficaz ayuda en las situaciones de peligro en casos de incendios, inundaciones o como en estos días, a vigilar científicamente los comportamientos volcánicos de La Palma.

Pero por desgracia, la balanza se desnivela cuando vamos echando en el otro platillo, el increíble torrente de mentiras, atropellos, y toda clase de tropelías, que a lo largo de este año hemos venido sufriendo, entre nuestra sorpresa, irritación e indefensión.

Situaciones que si no las hubiéramos vivido nos hubieran parecido inimaginables hace dos años.

Y aquí vuelve otra vez la imagen del volcán que inspira este artículo y su similitud con los hechos políticos.

Porque si antes me refería a esos torrentes de magma incandescente y negra ceniza que sepultan cualquier síntoma de vida, y esos gases con olor a azufre, que hace el aire irrespirable, en este escaso tiempo, hemos visto como igualmente este gobierno socio-comunista, con el único apoyo de separatistas comprados con privilegios e inversiones millonarias, ha ido avanzando, lenta pero implacablemente, a golpe de decreto, de hechos consumados y maniobras oscuras y torticeras, apoderándose de los resortes del Estado: su Fiscalía y su Abogacía, haciéndolo antes con el mismo cargo del Fiscal General nombrando a una de sus ministras. Concediendo el indulto a los sediciosos catalanes sentenciados por el Tribunal Supremo a largos años de cárcel y al que ningunean cuando no atacan en numerosas ocasiones.

Con ataques a la Jefatura del Estado, en este caso la Corona, y a la Transición del 78 que quieren barrer del mapa.

Con una Ley de Educación en la que se pretende, no educar a los niños y niñas, sino pervertirlos con incitaciones sexuales impropias para su edad, y otra de «Memoria democrática» que lejos de buscar concordia o al menos mostrar respeto a aquella amnistía de la difícil Transición, fruto del generoso esfuerzo de la inmensa mayoría de los españoles, criminaliza y amenaza con penalizar a todo aquello, y a todo aquel que no se someta a su pensamiento único y a su versión totalitaria de buenos y malos de nuestra historia reciente o pasada.

Con su odio a la Iglesia y a todo aspecto o síntoma de religiosidad o valores morales que han cimentado durante siglos nuestra cultura y acervo común.

Podría seguir con una larga lista de errores y de ineptitudes en todos los Ministerios que nos han ocasionado, y nos siguen ocasionando, graves contratiempos internacionales, enemistades y ridículos de sonrojo. Pero todo esto es conocido, y posiblemente lo más grave, es que no se aprecia el rechazo que debiera estar produciendo en la sociedad española que se centra más en la preocupación por el aspecto económico del problema, que también eso sí, está empobreciendo e hipotecando nuestro país a pesar de los cálculos optimistas del gobierno.

Pero no quiero caer con este balance de situación o analítica solo en la para mi juicio inútil queja o lamento. Creo necesario que de igual manera que cuando he

comentado la dramática situación de la erupción en la Cumbre Vieja de Palma, nadie duda de que las dramáticas situaciones que allí se viven, son las consecuencias, los efectos de una causa conocida e indudable que es el volcán, así mismo estoy seguro de que si estuviera en manos de los palmeros, de todos, sin excepción sin diferencia de ideología o de clases, harían cualquier cosa por evitar y apagar su furia volcánica, en España deberíamos tomar conciencia de que el culpable, la causa de todos estos desafueros se deben al gobierno que nos des gobierna sin siquiera haber ganado unas elecciones directas.

Y que si partimos del irrefutable conocimiento de esa causa de nuestros males, deberíamos centrar todos nuestros esfuerzos en la necesidad de desplazar a este gobierno del poder cuanto antes, me voy a permitir insistir, y digo insistir porque ya lo he dicho y lo he escrito en varias ocasiones, porque a veces no parece entenderse, cual es nuestra situación real de España y el procedimiento para conseguirlo.

Y hay que empezar por algo que creo no podemos olvidar. El desplazar a cualquier gobierno de un país, tanto si es democrático como si no, solo se puede conseguir a través de la violencia es decir las armas, o las urnas.

Y en nuestro caso, teniendo todavía fresca la experiencia de nuestra guerra civil que duró tres años con un saldo de más de medio millón de muertos y una durísima postguerra, no parece, y Dios no lo quiera, que sea una experiencia que la inmensa mayoría de españoles de hoy estén propicios a repetir.

Por tanto si es a través de las urnas, recordar algo tan obvio como que tenemos vigente una Constitución, que con todos sus defectos aprobaron algo más del 90 % de los españoles, y que para su abolición o reforma, aparte de los graves riesgos de que esos cambios caigan en unas manos o en otras, que ese es otro tema, conlleva un proceso lento y exige un consenso porcentual de los miembros de las actuales Cámaras difícil de alcanzar.

Por tanto, para las próximas elecciones habrá que utilizar los instrumentos o cauces establecidos en ella, gusten o no, que son los Partidos políticos. Y que salvo que de aquí a esas elecciones surjan otros nuevos, que lo dudo, habrá que contar con los que tenemos actualmente.

Y que como nosotros no tenemos el sistema del balotage de Francia que les permite a los franceses votar dos veces como ellos dicen, la primera con el corazón y la segunda con la cabeza. Es decir, primero a aquellos a los que sientan más cercanos ideológicamente, pero a sabiendas de que no tienen votos suficientes para inclinar las urnas a su favor, y en segundo lugar, a los que consideren menos cercanos pero que puedan mejorar el gobierno de su país, nosotros tendremos irremediamente que elegir entre aquellos que consideremos mejor o menos malo para España.

A mí siempre me gusta al llegar a esta conclusión, poner como ejemplo el que si tengo que ir necesariamente a alguna ciudad diferente de la que vivo, y me gustaría hacerlo en avión, pero si no hay aeropuerto, o en AVE pero hasta allí no llega y resulta que no tengo automóvil, porque no he podido o no he querido tenerlo, pues tendré que conformarme con hacerlo en un autobús de línea, pero procurando que sea el que considere menos incómodo o menos lento, aunque tal vez no todos los que viajen conmigo sean de mi agrado. Sin hacer remilgos, muy comprensibles pero inútiles. Los italianos dicen en circunstancias parecidas aquello de «tápiate il naso e vota».

Hemos tenido ejemplos parecidos en nuestra historia y no muy lejana y hemos

respondido en situaciones muy difíciles con generosidad y altura de miras pensando más en el bien común que en nuestras propias querencias

Ejemplos de casos con las armas, fue el 2 de Mayo de 1808 ante la invasión francesa. Los españoles no se pusieron a pensar en lo que pudiera venir después, pero sabían perfectamente que el enemigo a batir era Napoleón y lucharon juntos para conseguirlo.

Y en el 36 del siglo pasado y en una situación política parecida a la actual, aunque afortunadamente ahora no haya muertos por las calles o las cunetas, monárquicos alfonsinos, o requetés tradicionalistas, falangistas, grupos católicos y de derechas, junto a militares también de diversas ideologías, monárquicos, falangistas e incluso republicanos tampoco lo dudaron y pese a sus diferencias a veces abismales, porque consideraron que lo importante era impedir que España siguiera en manos de un enemigo conocido y muy claro, y triunfaron.

Y a través de las urnas, todos conocemos otros desplazamientos o cambios de gobierno y por lo tanto de poder: El PSOE desplaza a la UCD, El PP desplaza a Felipe Gonzalez, Zapatero a Aznar, Rajoy a Zapatero, etc. A través de estrategias diferentes y sin que los vencedores o los electores en muchos casos se sintieran necesariamente satisfechos con sus compañeros de viaje pero que les resultaban más cercanos a sus deseos y convicciones.

Y no hay otras vías para conseguir el objetivo principal de quitarnos de encima este gobierno nefasto que va a acabar con la España que conocemos. Yo al menos no conozco otras que no sea a través de una operación generosa e inteligente, para que cuando se celebren las próximas elecciones los partidos comprometidos con este objetivo, pueblo a pueblo, ciudad por ciudad y autonomía por autonomía, se comprometan a presentarse solo en aquellos sitios en donde tengan mayor implantación y por lo tanto mayor posibilidad de ganar, O al menos, dirigir sus respectivas campañas electorales contra el enemigo a abatir, y no contra los que quieren el mismo objetivo.

Esto pienso y no descubro nada nuevo, Y si alguien tiene alguna otra idea, plan o propuesta mejor y que sea viable para conseguir este fin, por favor, yo lo agradeceré mucho y seguramente otros muchos españoles.

Posiblemente todo esto sea pedirle peras al olmo, y especialmente a algunos partidos políticos y a sus partidarios, empeñados en mantener sus egos, seguir como cabezas de ratón y suicidarse, aunque eso mantenga otros cuantos años más a Sanchez en el poder. ●

CENTENARIO DEL PARTIDO REFORMISTA

FERNANDO SUÁREZ GONZÁLEZ

Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Tomado de los *Anales de la Academia*

El 7 de abril de 1912, que era Domingo de Pascua, se ofreció un banquete al diputado Melquíades Álvarez en lo que hoy se llama Palacio de Velázquez, en el Parque del Retiro. Asistieron unos quinientos comensales de muchas provincias, mientras se agolpaba en el exterior una gran muchedumbre. Los oradores, tanto Gumersindo de Azcárate como Melquíades Álvarez, insistieron en que pretendían organizar a los diversos grupos de prosélitos y ofrecerles un programa para la transformación política del Régimen. Tal organización se configuró como el Partido Republicano Reformista.

No se trataba de una improvisación. El sistema político de la Restauración y el turno de conservadores y liberales había agotado sus virtualidades y la descomposición de los dos partidos oficiales —plana mayor sin soldados que nutran sus filas, como había dicho Canalejas ya en 1901— hacía imposible la estabilidad, máxime cuando el Rey «parecía solazarse —según el Conde de Romanones— con el frecuente cambio de las personas en quienes depositaba, más o menos completamente, su confianza». Abril de 1912 era un momento oportuno para la fundación del Partido Reformista.

El 14 de enero del año siguiente se celebra la histórica entrevista de Alfonso XIII con Azcárate que al salir de Palacio pronuncia su famosa frase: «Salgo de Palacio tan republicano como entré, pero creo que han desaparecido los obstáculos tradicionales» lo que se tradujo en el sentido de que los republicanos estaban dispuestos a colaborar en toda obra de paz y prontos a creer en los propósitos del Rey de democratizar la Monarquía. De ahí que en el mes de octubre se produjera un verdadero acontecimiento, que es la consagración del Partido Reformista como una de las fuerzas que pretenden configurar decisivamente el futuro de España. Me refiero al banquete al que asisten cerca de dos mil comensales en el Hotel Palace el 23 de octubre de 1913.

Según *El Liberal* del día siguiente, «estaban allí la mentalidad, la riqueza, el comercio, la industria y la actividad de la Nación. Por veintenas se contaban los profesores de Universidad, Institutos y Escuelas, los abogados, los ingenieros, los médicos, los banqueros, los fabricantes, los publicistas»... «Desde ayer hay en España una esperanza y, para la Democracia que no se paga de las formas sino de las esencias, un programa, una fuerza, un instrumento y un hombre».

No había en las palabras del cronista ninguna clase de exageración. Habían asistido a aquel banquete Pérez Galdós, Manuel Azaña, José Ortega y Gasset, Manuel García Morente, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Teófilo Hernando, Augusto Barcia, Gustavo Pittaluga, Federico de Onis, Rafael María de Labra, Pedro Salinas, Adolfo Posada, Víctor Ruiz Albéniz y un interminable etcétera.

Según los discursos que se oyeron allí, el Partido Reformista asumía la posibilidad de que se democratizara la Corona, de que el poder moderador se aproximara al

pueblo para apoyarse en su voluntad. La invocación final de Melquíades Álvarez fue literalmente ésta: «Tenga presente (el Rey) que si acepta estas reformas, que si no es obstáculo a estos ideales, nosotros podemos darle la savia que lo vigorice; y si por desgracia esto no es posible, en el ambiente del país surgirá, para daño de todos, de la libertad y del progreso, el espectro revolucionario».

En el transcurso de ese banquete se repartieron también las hojas de propaganda de la «Liga de Educación Política Española» en la que se integraban, con Ortega y García Morente varios de los nombres ya citados más Salvador de Madariaga, Luis Fernández Ardavin y Antonio Machado.

En la campaña de propaganda reformista participa con entusiasmo Azaña que habla de Melquíades Álvarez como «nuestro insigne jefe». La aparición en la escena política del Partido Reformista provocó una enorme expectación y es testimonio de ella la carta que Juan Ramón Jiménez escribe a su hermano Eustaquio, en la que le dice: «El partido conservador se ha desmoronado y el liberal está totalmente descompuesto... El entusiasmo por el reformismo es aquí verdadero y grande. Muchos de los hombres de los otros partidos se pasan a éste». Ortega dicta su famosísima conferencia «Vieja y nueva política» en 1914 y dice en ella que no oculta su gran simpatía por un movimiento reciente «que ha puesto a muchos españoles en ruta hacia la Monarquía» y en 1915 ve la luz el semanario *España* que, dirigido primero por Ortega y después por Luis Araquistain, fue el periódico del reformismo.

Todo hacía suponer que España vivía un momento de renovación y recuperación de sus energías después del pesimismo del noventa y ocho.

El hombre que, según *El Liberal*, representaba la esperanza había nacido en Gijón en 1864. Las necesidades de su madre viuda le convierten enseguida en estudiante-trabajador, sin perjuicio de lo cual a los catorce años obtiene en el Instituto el título de bachiller e ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo. La evocación de Melquíades Álvarez obliga a rendir homenaje a aquella facultad en la que enseñaban Fermín Canella, Aramburu, Posada, abogado y profesor auxiliar, oposita a cátedras diversas hasta que en 1899 obtiene la de Derecho Romano de Oviedo, vacante desde que Clarín pasó a explicar Derecho Natural.

«Cuando jovenzuelo —reconoce él mismo a sus treinta y siete años— era un republicano apasionado y casi demagogo».

Se presentó a las elecciones de 1898, pero su acta resultó anulada y solo llegó al Parlamento en mayo de 1901. Los Diputados no tenían entonces retribución y como no quería tener dependencia alguna de los Ministros de Instrucción Pública, decidió pedir la excedencia de su cátedra y trasladar su bufete a Madrid.

La primera vez que intervino en un debate produjo en el hemiciclo un impacto formidable, patente en el inusitado comentario que hizo al responderle el Ministro de la Gobernación, Segismundo Moret: «Hacer un elogio del Sr. D. Melquiades Álvarez como orador, sería, señores, algo contraproducente, porque por caluroso que él fuera, resultaría menor que la impresión que ha hecho en vuestro ánimo, y sería menor sin duda que el sentimiento de admiración que me ha inspirado al ver levantarse por primera vez en el Parlamento, donde tan difícil es dar con acierto los primeros pasos, a una persona que con tanta agilidad mueve su pensamiento, con tanta facilidad maneja la palabra y con tanta seguridad afirma sus opiniones sobre los problemas más complicados de la política española. Sea, pues, bien venido S.S., reciba aquí un saludo, y allá

sus electores un cumplimiento de mi parte por haber enviado al Parlamento a quien ha de ser uno de los mejores ornatos de la tribuna española en el porvenir».

En la elocuencia de Melquiades Álvarez parecen concordar todos sus contemporáneos: «Quisiera yo que Castelar le oyese», había dicho Clarín ya en 1896. «Un ateniense en el ágora, que ora con limpia, expeditiva dicción», escribió Azorín en 1908. Galdós prologa en 1911 una recopilación de los discursos de Melquiades y escribe: «Su pensamiento viril razona con dialéctica inflexible; su aliento inflama la idea; su voz vibrante, ayudada del gesto estatuario, lanza la palabra como una exhalación fulmínea hacia el corazón y la mente del auditorio. Melquiades es la Oratoria misma, hijo predilecto de la musa Polimnia...».



Melquiades Álvarez, apodado el «pico de oro»

Entre 1901 y 1912 Melquiades Álvarez se consolida en el Parlamento como una de sus mas grandes y respetadas figuras y el Diario de Sesiones registra más de treinta discursos que merecerían comentarios de interés. Me referiré únicamente a dos.

Cuando en 1905, con motivo de unos graves incidentes ocurridos en Barcelona, el gobierno Moret acepta la exigencia de que, en lo sucesivo, todos los delitos contra el ejército fuesen sustanciados ante la Justicia Militar y envía al Congreso la ley de Jurisdicciones, Melquiades Álvarez considera que esa ley es un éxito obtenido por el imperio del sable y se declara «el más intransigente y encarnizado de sus enemigos», porque no quiere un divorcio suicida entre el ejército y el pueblo y porque esa ley puede crear en torno a la institución militar «una atmósfera de hostilidad, de desconfianza y hasta de odio».

El otro discurso que selecciono hoy es el que se refiere a la «semana trágica» y al fusilamiento de Ferrer en 1909, hechos sobre los que sólo en 1911 se abre el debate parlamentario. En tonos parecidos a los que recordó el profesor Carpintero Capell hablando de Luis Simarro, Melquiades Álvarez se pronuncia en el Congreso de mane-

ra inequívoca: «Leyendo el proceso —dijo— se adquiere la convicción de que Ferrer era inocente, la convicción de que esa sentencia dictada por el consejo de guerra es una sentencia injusta». El Diario de Sesiones registra aplausos, protestas y la indignación del Ministro de la Guerra Aznar que considera que se ha injuriado al ejército. El Presidente de la Cámara entiende que no se puede calificar de injusta una sentencia firme dictada con arreglo a la ley y pide al orador que rectifique un concepto que la Presidencia no puede tolerar. Melquíades Álvarez responde impertérrito: «¿Qué queréis que rectifique...? Cuando se comete un error en cuestiones dogmáticas, el error no se califica de error, se llama herejía; cuando se comete un error en materias jurídicas, el error no se llama error, se llama injusticia». El pormenorizado análisis del proceso le permite concluir que fue verdaderamente tendencioso y que el Capitán General de Cataluña demostró una ausencia absoluta de imparcialidad.

En cuanto a la campaña internacional que el proceso desató contra el Gobierno de España, la frase de Simarro que aquí se recordó —«esta pobre y amada España no comulga con la moral y civilización europeas»— se parece mucho a la que pronuncia Melquíades Álvarez un año después: «Este fue el carácter de la protesta: Una intervención de la Europa civilizadora en esta pobre España que había dado pábulo, por culpa de sus gobiernos, a la leyenda inquisitorial con que tantas veces se nos afrenta en el extranjero».

Sus brillantes y respetadísimas intervenciones parlamentarias le llevaron así a convertirse en el líder natural del reformismo y, a partir de la muerte de Azcárate en diciembre de 1917, en el supremo jefe del partido.

Durante los diecinueve años de su existencia, el Partido Reformista defiende la reforma constitucional, para reducir las prerrogativas de la Corona, elegir a todos los miembros del Senado y establecer la autonomía regional, con definición rigurosa de la competencia exclusiva del Estado; el apartamiento del ejército de todas las contiendas políticas y la prohibición de que los poderes públicos lo emplearan en los conflictos de carácter social y económico; la libertad sindical y la legislación protectora del trabajo; el perfeccionamiento de la justicia; la reforma agraria; la explotación de todas las fuentes de riqueza de nuestro suelo y nuestro subsuelo; la modernización fiscal; la transformación de las carreras diplomática y consular, regidas por leyes antiguas y tradiciones anacrónicas, insistiendo en que la diplomacia no podía encerrarse en el estrecho círculo del mundo oficial y de la sociedad aristocrática, sino abrirse a todos los elementos que integran la verdadera vida de una Nación, lo que obligaba a la más cuidada selección de los funcionarios diplomáticos. Sobre todo, la educación y la cultura: Los reformistas consideraban que el problema político fundamental de España era un problema de cultura y de ética que había que extender a todos los ciudadanos, hasta el punto de llegar a decir que «la única dictadura legítima sería la dictadura que pudiera ejercer el Ministerio de la enseñanza, porque precisamente de la capacidad y cultura de los ciudadanos depende el porvenir del país y el progreso de la riqueza nacional».

El Partido Reformista quería acabar con las prácticas caciquiles de conservadores y liberales, romper el círculo vicioso y viciado de los partidos turnantes y abrir una vía de regeneración distinta del socialismo marxista. El Rey cometió seguramente un error histórico al no valorar la fuerza que el nuevo partido tenía entre la juventud intelectual, la más preparada que España había tenido hasta aquel momento. En el

libro que editó el profesor García Delgado sobre *La España de la Restauración* sostiene Calero Amor que el programa del Partido Reformista era «una propuesta viable, orgánica y completa, de modificación del Estado y de la sociedad española» que no había hecho ningún partido.



Semana Trágica de Barcelona

Convertido pues en la personificación del reformismo, es imposible resumir siquiera su actuación y la de su partido entre abril de 1912 y abril de 1931, porque habría que ser capaz de compendiar en minutos la convulsa historia de España durante esos diecinueve agitadísimos años, en los que se producen los asesinatos de Canalejas y de Dato y se suceden veinte gobiernos, uno de los cuales —el dictatorial de Primo de Rivera— dura más de seis años, de modo que la media de los diecinueve restantes es de ocho meses aproximadamente.

Son los años de la guerra europea («antes con Inglaterra y con Francia vencidas que con Alemania y Austria vencedoras», dirá Melquíades). Los años del acercamiento a los liberales, curioso momento que produce admiración, con ribetes de envidia, a cualquiera que haya tenido la experiencia de pertenecer a la junta nacional de un partido contemporáneo, porque los reformistas se reunían para acordar los criterios de un discurso del líder cuando la Constitución a la sazón vigente no se había planteado siquiera la exigencia de la democracia interna en los partidos políticos. Ese acercamiento provoca la defección de Azaña y de Ortega y Gasset que la hace pública diciendo: El partido liberal y el partido conservador han sido los grandes fabricantes de la desesperación española. «Por esto convenía al Partido Reformista mantener intacta su piel de armiño»...«El partido liberal es viejo como un zorro viejo. ¿Qué va a ganar el armiño sin más armas que su blancura, emparejándose con el zorro?».

Son los años de la revolución de 1917, en la que consiente participar el político asturiano, lo que constituye a mi juicio un error en su trayectoria de moderación, por mucho que se diga que después de cinco años apostando por la reforma del sistema desde dentro y, desilusionado con un Rey que no entendía su mensaje, apuesta por la vía de la confrontación y no es que radicalice sus objetivos, sino que utiliza un camino diferente para lograrlos. Me parece que demuestra el desacierto el hecho de que no fuera elegido en las elecciones inmediatas de 1918.

Son los años de la guerra de Marruecos y del desastre de Annual, en los que Melquíades Álvarez no se cansa de insistir en rechazar la guerra y la expansión colonial y en sostener que el predominio del elemento militar había truncado la obra bienhechora del protectorado porque los indígenas nos tomaban no por protectores, sino por conquistadores.

Cuando todo en España está en crisis —la frase es de Girón Garrote—, todo se desmorona y debilita, desde la autoridad soberana del poder hasta la disciplina militar, cuando impera arriba la arbitrariedad, abajo el desorden, en todas partes la violencia, Melquíades Álvarez accede a llegar a un programa con los liberales, siempre con la confianza en las posibilidades de liberalizar la Monarquía. Así es como entra Pedregal, que era el lugarteniente de Melquíades Álvarez en el gobierno de concentración que constituye García Prieto en diciembre de 1922 y como, tras las elecciones de abril de 1923, el propio presidente del Partido Reformista es elegido Presidente del Congreso de los Diputados. Es la culminación de su carrera y de su plena integración en el régimen monárquico, sin renunciar a sus profundas convicciones democráticas. Todo ello queda de manifiesto en su discurso de toma de posesión, cuando anuncia que el Rey se ha rendido ante las presiones democráticas de la opinión.

No parece que la rendición del Rey ante la democracia fuera tan clara como Melquíades Álvarez suponía. Más bien resultó —como escribe Suárez Cortina— que había caído en una trampa y que había sido «instrumentalizado por el poder monárquico sin lograr a cambio ninguna de sus metas políticas». La incorporación del reformismo a la Monarquía fue el principio de su propio fin.

En realidad era tarde para todo. Si se tiene presente que la exigencia de responsabilidades chocaba con fuertes resistencias y que entre diciembre de 1922 y mayo de 1923 hubo en Barcelona treinta y cuatro muertos y setenta y seis heridos, sorprende menos que la presidencia de Melquíades Álvarez durara cuarenta días. El 13 de septiembre de 1923 acabó con su mandato el Capitán General de Cataluña.

Aunque Azaña critica con gran dureza la actuación de Melquíades Álvarez durante la Dictadura, Lerroux recuerda con admiración el documento que, con el presidente del Senado Romanones, entrega al Rey el 12 de noviembre de aquel año, recordándole que la Constitución obliga a convocar y reunir Cortes dentro de los tres meses siguientes a la disolución de las anteriores.

Caído Primo de Rivera, el expresidente del Congreso pronuncia un discurso en el Teatro de la Comedia el 27 de abril de 1930, en el que rechaza la actitud de inhibición que algunos le atribuyeron durante la Dictadura. «En todas las conspiraciones revolucionarias he intervenido; en algunas de ellas he sido el autor del manifiesto que constituía la bandera», pasando inmediatamente a exigir responsabilidades, incluso a las magistraturas más altas de la Nación.

Cuando dimite Dámaso Berenguer, el Rey no consigue que Sánchez Guerra acepte

sus instrucciones para la formación de gobierno y llama a Melquíades Álvarez, que el 17 de febrero de 1931 entró en Palacio llevando la lista de un gobierno encargado de cumplir el programa mínimo del reformismo y a la vez del constitucionalismo. El Rey puso reparos al General Goded, propuesto como Ministro de la Guerra y dijo que no podía aceptar a Burgos Mazo por republicano. García Venero escribe que, al salir de Palacio, Álvarez dijo a un acompañante: «Con este hombre es imposible hacer nada». El 18 de febrero juró el Gobierno del Almirante Aznar.

Instaurada la República, el Partido Reformista se transforma en Partido liberal-demócrata y el tema excede de mi propósito de referirme únicamente al primero, cuyo centenario se cumple ahora. Ello no es obstáculo, naturalmente, para que mis referencias a Melquíades Álvarez se extiendan al tiempo posterior a 1931.

Esta Real Academia eligió a Melquíades Álvarez para la medalla número 12 el 20 de noviembre de 1917, que es sorprendentemente el año en que ha participado en la huelga revolucionaria. Aceptó agradecido, pero un año después no había presentado su discurso, por lo que volvió a declararse la vacante quedando con derecho a ingresar en la primera que se produjera después de cumplida la formalidad. Sanz y Escartín, secretario entonces de esta casa, le dice, por cierto, que él celebraría mucho que se produjera pronto esa vacante y se eligió para sustituirle al presbítero Vales Fraile, capellán y consejero espiritual de los Reyes. Cuando en 1931 se produce otra vacante, también en la medalla número 12, Posada anuncia que Melquíades Álvarez se propone presentar inmediatamente su discurso y la Academia acuerda adjudicarle la vacante, pero en enero de 1935 el discurso seguía sin presentar y el 5 de febrero se eligió a Salvador de Madariaga, entonces diputado por La Coruña, quedando Melquiades Álvarez en la situación que tenía desde 1917.

El año 1936, aciago para todos, fue para él especialmente trágico. En las elecciones del 16 de febrero obtuvo un escaño, pero lo anuló la Comisión de actas y el 22 de marzo asesinan a tiros en Oviedo a Alfredo Martínez, que había sido Ministro de Trabajo y Jefe del partido en Asturias y que era, además de amigo íntimo, médico personal de Melquíades Álvarez que asiste conmovido a su entierro.



El general Primo de Rivera despachando con Alfonso XIII

El 18 de mayo de 1936 se produce su última intervención pública en el homenaje a Clemente de Diego de la Real Academia de Jurisprudencia y en el que Calvo Sotelo, que habló a continuación, aludió al ambiente cargado de borrascosa electricidad y de pasión en que vivía España, donde se odiaba y se era odiado mucho.

Melquíades Álvarez tenía la costumbre de irse a descansar a Asturias a principios de julio de cada año, pero en 1936 decidió permanecer en Madrid porque el 24 de julio estaba señalada la vista de uno de los procesos incoados a José Antonio Primo de Rivera que había pedido que le defendiera un compañero de la Junta del Colegio de Abogados de Madrid y que la referida Junta encomendó a su Decano. Aceptó el Decano y declaró que lo hacía con entusiasmo, pese a que tenía ideas contrarias a las de su representado. La vista quedó en suspenso y el mismo día fijado para ella abogados del Frente Popular, de UGT y de la CNT se incautaron del Colegio de Abogados, destituyendo al Decano.

Melquíades Álvarez, que asistió al entierro de Calvo Sotelo el 14 de julio y que, confiado en sí mismo, se negó a salir de España o a refugiarse en una Embajada, fue detenido el 14 de agosto por fuerzas de la República y asesinado en la medianoche del 22 en el asalto a la Cárcel Modelo de Madrid.

Cien años después de la fundación del Partido Reformista, España ha resuelto no pocos de los problemas cuya solución propugnaba aquella formación política. La Corona, aunque atravesase alguna crisis que es de esperar resulte coyuntural, no la sufre por interferir en los asuntos políticos y su respeto al régimen parlamentario es absolutamente ejemplar. El Ejército tiene terminantemente acreditada la sumisión a las instrucciones de los gobiernos y todos admiramos su contribución a nuestra vida democrática. La educación ha dado un salto de gigante y aunque discutamos cómo hacerla más eficaz, es claro que todos los españoles tienen acceso a ella.

Hay, sin embargo, algunos temas en los que resulta sumamente incitador releer a Melquíades Álvarez: La nomocracia como base esencial de la democracia; la integridad moral de los gobernantes, el mejoramiento del sistema representativo, en el que los partidos políticos han sustituido a los caciques provinciales de la Restauración, o el perfeccionamiento de la justicia tienen todavía mucho que aprender de las lecciones del reformismo. Me referiré, brevemente y para terminar, a dos problemas en particular.

Es el primero el del laicismo del Estado que confunden algunos todavía con la secularización absoluta de la sociedad. Cuando estaba plenamente planteada la cuestión religiosa y cuando el propio Papa hace a D. Alfonso XIII una paternal amonestación, porque este le dice que si levantara una cruzada contra los enemigos de nuestra sacrosanta religión, España y su Rey jamás desertarían del puesto de honor que sus gloriosas tradiciones les señalan por el triunfo y por la gloria de la cruz y Pío XI le recuerda que hay españoles que se niegan a acercarse al corazón divino, Melquíades Álvarez es incansable en pedir la reforma del artículo 11 de la Constitución que consideraba a la Religión católica apostólica romana como la religión del Estado. El reformismo reclama la secularización del Estado, pero no de la sociedad, porque entiende que la religión es algo fundamental en la vida humana y que la sociedad no puede vivir sin religión y sin Dios: «Deseamos que convivan prácticamente en el seno de la paz social todas las creencias y todos los cultos, para que así surja la hermosa virtud de la tolerancia, que es la virtud regeneradora de los pueblos civilizados». En algún discurso

reconoce que la Iglesia Católica representa una fuerza social enorme en nuestro país que no puede desconocer ningún político, por lo mismo que viene asociada en la Historia desde hace siglos a la formación de la nacionalidad española.

El otro problema al que me quiero referir es el de las autonomías regionales. Si hay algo permanente, constante, invariable en el pensamiento de Melquíades Álvarez es su defensa de las autonomías regionales en el marco de la indiscutible e incuestionable unidad de España. Imposible el resumen, diré solo que en 1901, en 1905, en 1907, en 1916, en 1918, en 1931 y en 1932 pronuncia discursos inequívocos en defensa de la personalidad de Cataluña, del País Vasco o de Galicia y de la concesión de autonomía, con una sola condición: Que acepten antes la unidad de España.

Sus censuras a quienes no se atreven «a entremezclar el grito santo de ¡viva España! con el grito legítimo de ¡viva Cataluña! ni a enlazar la bandera española con la bandera catalana» y su apreciación de que en el movimiento catalanista alentaba un sentimiento de desvío hacia España, se concretan en su afirmación de que «la patria no ha de ser tan suicida que entregue la dirección de su poder a quien no sabe sentirla y amarla».

Pretender construir nuevas nacionalidades en el seno de España, sobre ser una regresión en la historia, —dice— significa inevitablemente un desgarramiento brutal de la unidad nacional. «Si España es una Nación y no es, como quieren algunos, una expresión geográfica y territorial donde conviven nacionalidades diversas, al Estado nacional de España, como soberano, le corresponde otorgar el estatuto jurídico de la persona regional de Cataluña y determinar, en su consecuencia, el coeficiente de su acción autonómica.

»España es una verdadera nacionalidad y una nacionalidad que nadie puede negar, que no podéis negar los catalanes, si no fuera porque la pasión enturbia vuestro entendimiento; porque España tiene todos los caracteres de nacionalidad, por su lengua, por su tradición, por su raza, por su historia, por la excelsitud de su espíritu que nos ha dejado grandes recuerdos y hasta por la maravilla de este idioma que es, precisamente por su eufonía, por su idealidad, uno de los grandes vehículos que sirven los intereses supremos de la civilización».

Son docenas de páginas que no han perdido actualidad con el paso del tiempo. Por poner un ejemplo, hay en el discurso del 3 de junio de 1932, durante el debate del Estatuto de Cataluña en las Cortes Constituyentes un párrafo que me puede servir de punto final: «La enseñanza es hoy una función esencial del Estado, función esencialísima del Estado, hasta el extremo de que algunos publicistas dicen que la cultura y, por lo tanto, la enseñanza, es el único lazo de cohesión que puede servir para que en lo futuro se forme la nacionalidad. Si dejáis la enseñanza en poder de los catalanes, no tan sólo por utilizar su lengua, que a esto tienen indiscutible derecho, sino por desenvolver su cultura, prestarán la enseñanza que es peculiar suya, y si ahí se inhibiera el Estado español o casi se inhibiera, dentro de unos cuantos años las generaciones que se formaran en Cataluña serían generaciones que sintieran ardoroso amor a su pequeña patria, a su patria, que era la única, pero serían generaciones divorciadas por el pensamiento de esta Patria española que les había concedido la autonomía». ●

SER O NO SER ROMÁNTICO: HE AQUÍ LA CUESTIÓN

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía).

1. Recojo la invitación que me lanza mi presidente y amigo Luis Fernando de la Sota, en el número anterior de la revista, para terciar en su cordial polémica con un amigo común, el incombustible director de esta, Emilio Álvarez Frías, sobre el *Romanticismo* y la aplicación o no de este término a quienes venimos colaborando en estas páginas.

Por supuesto que mi intervención no obedece a que me considere *persona más cualificada* ni la escribo como *profesional* de nada; ni, mucho menos, maestro de nadie: humilde profesor de Secundaria en Lengua y Literatura española, aficionado a la historia y a la filosofía, educador de vocación y siempre modesto aprendiz y alumno cuando me hallo frente a personas de la talla de ambos polemizadores y amigos.

A la hora de poner título a esta intervención, se me ocurrió, quizás por el mismo contenido, un parafraseo de Oscar Wilde: *La importancia de ser o no ser romántico*; no obstante, derivando hacia mi vertiente *clasicista*, me incliné por plagiar descaradamente a Shakespeare, ya que la cita contenía la palabra *cuestión* (algo así como *problema*) en su seno: porque definirse con precisión sobre el Romanticismo, asumir o rechazarlo como definición personal o colectiva encierra un problema de bastante calado.

Y ello, en primer lugar, porque la palabra *romanticismo* es uno de esos términos descontextualizados por completo, capaz de contener numerosas interpretaciones, hasta el punto de haberse convertido en una palabra polisémica; lo mismo ocurre con muchos otros términos, especialmente referidos a lo ideológico, que, sacados de su contexto histórico y de su primitiva acepción, pueden ser entendidos como piropo, como menosprecio, como acusación, como insulto e, incluso, con tintes demonizadores. Claro que, en este caso y conociendo a los amigos protagonistas de la polémica, me apresuro a otorgarle la primera intención de las mencionadas.

2. Debo empezar por reconocer que, durante mi vida profesional al frente de un aula, mantuve cierta antipatía por lo romántico, llevado por mis gustos personales; así se lo aclaraba a priori a mis alumnos de Bachillerato con el fin de que no se dejaran influir por mis fobias y mis filias. Lo cierto es que, cuando me tocaba tratar de Garcilaso de la Vega, de Francisco de Quevedo o de Pedro Salinas, se me hacía la boca agua y encandilaba —eso creo— al auditorio, mientras que, al leer y explicar a Gustavo Adolfo Bécquer o a José de Espronceda, se advertían a la legua cierto desdén y no pocos sarcasmos. La objetividad de un profesor no está reñida con la libertad de cátedra, siempre que se pongan a salvo los conocimientos culturales y quede clara la distancia abismal que existe entre educación y manipulación.

Como Luis Fernando de la Sota, soy adicto a los diccionarios, y, en este caso, no he dejado de acudir a ellos, Así, el de la RAE, en la entrada *romántico*, cuarta acepción,

pone la trilogía de *sentimental*, *generoso* y *soñador*, que no está nada mal. El diccionario de Sinónimos y Antónimos de Espasa cita los de *sensiblero*, *fantástico*, *enamorado* y *tierno*; adelanto que discrepo rotundamente de los dos supuestos sinónimos del final, pues uno se considera *enamorado* y, a veces, *tierno*, pero escasamente *romántico*. Finalmente, echo mano del diccionario mexicano de Julio de la Canal, que amplía bastante la supuesta sinonimia: *idealista*, *sentimental*, *sensible*, *impresionable*, *iluso*, *soñador*, *ideólogo* (¿) y *visionario*.

¿Qué pensar de estas consultas? Me vienen a dar la razón en cuanto a la descontextualización del término y su polisemia en nuestros días. Mi intención, a partir de ahora, es tirar por elevación para ofrecer algo de luz en la cuestión.



«Muerte de Sandanápalo». Delacroix

3. Vamos a diferenciar tres posibles alcances del término *romanticismo*, algo indispensable para saber de qué estamos hablando: 1) el sentido popular o vulgar; 2) el sentido estético, artístico y literario, y 3) el sentido ideológico. Y profundizaremos en este último, que parece el más complicado.

De este modo empezaba por clarificar ante mis alumnos la palabra; les decía que a todos nos gusta pasear a la luz de la luna por una playa paradisíaca de la mano de una bella señorita (o de un guapo galán en el mismo contexto, claro); que a todos nos evocan bellos recuerdos unas canciones determinadas, o nos elevan hasta el séptimo cielo los compases de una melodía o la contemplación de un atardecer desde una montaña;

que nos apresuramos a regalar una flores a la amada (o una corbata al amado en su día de días)..., pero que eso no era el *romanticismo*.

Explicaba entonces la significación *estética*, y aquí desglosaba, sin desmerecer la intención del artista, la búsqueda de la belleza, la libertad del creador de la obra, la carga de emotividad o sentimiento que sentía...; ponía como ejemplos al propio Bécquer de las *Rimas*, al Wagner de la sublimidad de sus walkirias o la llamada al corazón de los coros del *Nabucco* de Verdi; pero también les decía que no olvidaran la *Desesperación* atribuida de Espronceda o los inevitables y simpáticos ripios del *Tenorio* de Zorrilla. En resumen, que por los caminos del sentimiento se podía llegar a los escalones más altos de la Estética (lo sublime, lo grandioso, lo bello), a los intermedios (lo bonito, lo gracioso, lo humorístico, lo cómico) o los más bajos (lo grotesco, lo deforme, lo repugnante).

Pero, como decía, el romanticismo es, sobre todo, una ideología, cuyas características, *velis nolis*, se imbrican con su carácter estético, ese que puede gustar o no gustar. Y esa ideología, nacida a finales del siglo XVIII y triunfante en la primera mitad del XIX, tiene unas connotaciones muy claras, que han llegado incluso a nuestros días. Como luego intentaré defender, de aquellos polvos vinieron estos lodos...

4. Su primer rasgo es el individualismo, un culto al yo que desdeña toda norma y toda verdad preexistente; no es extraño, por ello, que este individualismo aisle al hombre de su contorno vital, lo *desarmonice* de sus fines naturales; la desilusión, la falta de resiliencia (que diríamos ahora) ante las inevitables adversidades, conduce a la angustia, a la depresión; históricamente, a esto se le llamó *el mal del siglo*, que encuentra su perfecta correspondencia en nuestros días, incluso en el extremo del suicidio, también considerado entonces como *patrón romántico*.

La idea de la libertad en el romanticismo se inspira en las ideas roussonianas: el ser humano hace en estado de bondad y libre, y es la sociedad la que lo pervierte y encadena; de este principio se deriva, en lo político, el *pacto social*, que supuestamente firman unos hombres para convivir; la noción de *democracia* queda limitada a esta interpretación, se prescinde de los cuerpos sociales intermedios y naturales —que se consideran obstáculos para el ejercicio de la libertad individualista— y la máxima *un hombre, un voto* deviene en dogma.

Otro rasgo del romanticismo es, como consecuencia de lo anterior, un ansia de retorno a lo natural; si, literariamente, esto se plasma en el exotismo y en el *mito del buen salvaje*, políticamente da lugar al nacionalismo, esto es, a volver la vista a las realidades *naturales*, la raza, la lengua, las costumbres ancestrales, la geografía... Lo primario, lo inmediato, lo local, *lo espontáneo*, se alza frente a lo construido por el esfuerzo de la inteligencia.

Según esta interpretación, la *nación* es, exclusivamente, la tierra donde uno ha nacido, y la *patria*, la tierra de tus padres; no hay que recordar que los significados políticos de estos términos provienen de la Revolución Francesa, hija de la Ilustración y del Romanticismo.

El nacionalismo romántico se basa, pues, en el *sentimiento*; de ahí la popularidad que pueden obtener los movimientos nacionalistas entre las masas; en unos casos, el nacionalismo sirvió para unir lo disperso (Italia, Alemania), pero en la mayoría para *separar lo unido por la historia, las leyes y el sentido común*.

Tampoco hay que olvidar que, su versión decimonónica, el romanticismo se escindió en dos vertientes: la *revolucionaria liberal* y la *tradicionalista católica*, ambas sustentadas, como es lógico, en la emotividad.

5. Véanse los grandes nombres del romanticismo en el siglo XIX... En Alemania, Fichte con sus *Discursos a la Nación alemana*; más tarde, a finales del siglo, el movimiento de *Las Aves de Paso* recogería toda la *mística romántica*, con sus hogueras en las cumbres, su invocación a la juventud (¿herencia del *Sturm und Drang*?), su antisemitismo y su mitología wagneriana de fondo. En Inglaterra, el estrambótico Lord Byron moriría luchando por la independencia de la *nación* griega frente al Imperio Otomano; posteriormente, otra representación del romanticismo sería la vida disipada de Óscar Wilde o la falsificación de la historia, en concreto de la Edad Media, en Walter Scott,

En Francia, tenemos a un Chateaubriand en el lado tradicional y católico o, en otro extremo, a un Víctor Hugo, sin dejar de mencionar a Aurora Dupin (Jorge Sand) en su aventura mallorquina con el también romántico Chopin. En Italia, Manzoni y Leopardi, como inspirador de los garibaldinos este último. En EE.UU., el tenebrismo morbosos de Edgar Allan Poe o la grandilocuencia poética de Walt Whitman.

No se trata en absoluto de desmerecer las cualidades literarias de todos estos personajes, ni su ímpetu revolucionario en algunos casos o sus méritos personales en otros; lo importante es reconocer en ellos la impronta nacionalista como consecuencia de su filiación romántica.

Y, en el caso de España, bastante más conocido por nosotros como es lógico, no hay que olvidar los orígenes románticos de los nacionalismos separatistas interiores: el vascongado, con el racismo de Sabino Arana, el catalán con su, en principio, inocua *Renaixença* en torno al idioma (aunque también hay abundantes casos testimoniales de racismo); el gallego, igualmente de base idiomática o, escasamente, étnica.

El romanticismo, como ideología, sustenta el siglo XIX, si bien en la segunda mitad entra en colisión con el positivismo realista. Es cuestión de preguntarnos si no llega también al XX en algunas de sus manifestaciones ideológicas y, también, si nos alcanza a nosotros, como intentaré demostrar más tarde; acaso, en teoría de Eugenio d'Ors, se trata de una constante en la historia, en oposición a la fortaleza presidida por el clasicismo.

6. Al llegar a este punto, y al aludir al clasicismo, no está de más que traigamos a colación algunos testimonios que se han opuesto ideológicamente al romanticismo y a sus secuelas en lo ideológico y en lo cultural. Empezamos por Ortega y Gasset, que lo define como «*una voluptuosidad de infinitudes, un ansia de integridad ilimitada. Es un quererlo todo y ser incapaz de renunciar a nada*».

Debe constar como su principal debelador el mencionado Eugenio d'Ors, que llega a decir que «*el suicidio de la cultura recibirá el nombre genérico de Romanticismo*» y que «*lo romántico suprime la historia y pretende volver, en un rapto nacionalista, a una sociedad que jamás ha existido*» (tomemos nota que lo dice precisamente un catalán que vivió el fenómeno de cerca); y, en referencia a la nota individualista, esa soledad ansiada por el romántico, nuestro *Xenius* la tildará de «*una forma de enfermedad del espíritu*».

El orsiano Guillermo Díaz-Plaja, afirma, siguiendo a su maestro: «*No hay arte*

producido por la embriaguez superior al arte producido por la razón. Los juegos de la inteligencia son infinitamente más ricos que los de la locura [...]. No hay que valorar la bohemia, sino la civilidad. No exaltemos al irresponsable, sino al artesano. Estimemos, frente al mundo de la Natura, el mundo de la Cultura».

Claro que tampoco debemos dejar de citar al orteguiano y orsiano José Antonio Primo de Rivera, del que entresacamos dos citas oportunas al caso; la primera de ellas, en una intervención en el Parlamento, el 3 de julio de 1934, precisamente rebatiendo el apelativo de *romántico* por parte de Indalecio Prieto: *«El romanticismo es una actitud endeble que precisamente viene a colocar todos los pilares fundamentales en terreno pantanoso; el romanticismo es una escuela sin límites constantes, que encomienda a cada minuto, a cada trance, a la sensibilidad, la resolución de aquellos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón».*

La segunda cita es de la conferencia en el Círculo Mercantil de Madrid, el 9 de abril de 1935, y se centra en su crítica a Rousseau (al que había llamado tiempo atrás *«hombre nefasto»*): *«El filósofo ginebrino es un hombre enfermizo, delicado, refinado; es un filósofo al que, como dice Spengler que acontece a todos los románticos —y este es un precursor ya directo del romanticismo— fatiga el sentirse viviendo en una sociedad demasiado sana, demasiado viril, demasiado robusta. Le acongoja la pesadumbre de una sociedad ya tan formada y siente como un apremio de ausentarse, de volver a la naturaleza, de librarse de la disciplina, de la armonía, de la norma».*

7. Hago examen de conciencia y considero que me he excedido o, si lo prefieren, que me he ido por las ramas en mi particular fobia hacia el romanticismo, especialmente en su dimensión ideológica. Con todo, por aquello de *mantenella e non enmendalla*, me aventuro a teorizar sobre si estamos sufriendo en Occidente las consecuencias de un *revival* romántico o si, efectivamente, el romanticismo es esa constante de la que solo se puede librar el ser humano a duras penas y con un tremendo esfuerzo de la voluntad.



«Suerte de las varas» (fragmento). Francisco de Goya

Los síntomas de este —llamémosle *neorromanticismo ideológico*— son curiosamente equivalentes a los de la Postmodernidad o Modernidad Líquida (Bauman): todo aparece como *líquido*, producto de la *libertad* sin límites, de la *espontaneidad* y del individualismo, sin el menor asomo de *solidez* en la que basarse: el amor tiene fecha de caducidad, muy corta en el *aquí te pillo, aquí te mato* o de corto recorrido en las parejas de hecho o en la rapidez de los divorcios, como aquellos *amores románticos* que terminaban en la amargura, la soledad o el llanto del poeta; la familia adopta múltiples formas cambiantes, a cual más provisional; la religión es *a la carta* o salpicada de *buenismo*, ambos rasgos producto de la emotividad y escasamente del Dogma o de la Teología.

Los nacionalismos incendian las sociedades históricas más sólidas, como en el caso de España sin ir más lejos; los *indigenismos* contribuyen a la fragmentación de los *veinte pueblos tristes* del Sur, y ni el *pueblo alegre* del Norte se libra de las convulsiones (¿no representan estos datos una *vuelta a la Naturaleza* o un retorno al mito del *bon sauvage*); la *Pachamama* es sacralizada por el Ecologismo radical que enfrenta la Natura romántica con el ser humano a costa de un pretendido *cambio climático* de responsabilidad social.

Ya pasó la moda del *hipismo*, pero ¿no encontramos su herencia en la marginalidad voluntaria o en la *okupación* en nuestras ciudades? La confusión característica del Romanticismo ideológico alcanza los territorios de la antropología y de la ética, y los movimientos LGTBI, Trans y derivados desafían la racionalidad, al igual que el curioso *Animalismo*, que cada día nos sorprende con una nueva apuesta más curiosa.

Se objetará que, en lo estético, poco hay de romanticismo; pero no olvidemos que, junto a la belleza de la lírica de antaño (y, a veces, de la cursilería), en el siglo XIX imperaba también el gusto por lo sórdido, lo sobrenatural, lo fúnebre (*Drácula* es la mejor novela romántica que se ha escrito); sin llegar a esos extremos, el *feísmo* nos proporciona otra clave romántica en nuestros días.

Quizás es que, en medio de la turbamulta producto de la aceleración histórica, los caracteres y las notas se entremezclan, difuminan, sobresalen y confunden, sin adquirir tintes precisos que antaño eran modas consolidadas.

8. Y, para el alivio del lector, estoy llegando al final de mi argumentación o diatriba en contra del romanticismo. Mi conclusión es que el *Club de Opinión Encuentros*, tanto por su origen como por su recorrido y su actualidad, no obedece en modo alguno a la impronta romántica. Hay mucho de racionalidad, de inteligencia, de esfuerzo, para que podamos calificarlo de *clasicismo* sin fracturas.

Quizás si le sean de aplicación algunos de aquellos sinónimos que procedían de los diccionarios, y, aun, con toda prevención: *soñador*, *idealista*, *generoso*, quizás algo *visionario*. El que me parece más acertado, como común denominador de sus asociados y colaboradores es el de *enamorado*, pero, en este caso, de profundamente enamorados de España.

La amigable polémica entre Luis Fernando de la Sota y Emilio Álvarez puede resolverse así. O, a lo mejor, aplicando a ambos aquellos versos de Antonio Machado: «¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera / mi verso, como deja el capitán su espada: / famosa por la mano viril que la blandiera, / no por el docto oficio del forjador preciada». ●

PROGRESISMO Y PATRIMONIO

ANTONIO FLORES

Ingeniero agrónomo

Hace pocas semanas, viajaba yo un domingo por la carretera que baja de Asturias hasta Benavente, de cuyo indicativo no puedo acordarme, con la sana intención de llegar a Misa de 12 a mi pueblo de la Castilla profunda. Esta carretera está llena de provocaciones estéticas que suscitan tentaciones, a varias de las cuales no me pude resistir. Como consecuencia se me hizo tarde y como en mi pueblito no hay misa vespertina decidí pararme en Benavente a cumplir el precepto dominical.

Benavente es una de las localidades más importantes de la provincia de Zamora, lo que no es mucho decir en esta provincia, hermosa y desdeñada. Calculo que he pasado más de 400 veces junto a ella sin detenerme más que para echar gasolina. Ha sido un grato descubrimiento comprobar que está llena de historia y de vida. Y que por sus calles y plazas asoman multitud de hermosos rincones.

Entre ellos destacan dos grandiosas iglesias románicas, con portadas soberbiamente equilibradas y dotadas de esa silenciosa proclamación de fe escrita en piedra, tan característica del románico. El interior de los templos es otra cosa. Se percibe fácilmente que fueron reconstruidos tras ser devastados. Aún así siguen ostentando la maravillosa monumentalidad de este tipo de arte.

Al salir de misa me abordó un mendigo con el que departí un buen rato, mientras me describía las fachadas del templo y me contaba historias. Me sorprendió el escándalo y la expresividad con la que describía la impiedad del soldado francés, que trepó para descabezar la figura del niño Jesús situado en el regazo de la Virgen que corona el parteluz de la fachada lateral. Parecía que lo hubiese visto con sus propios ojos. Luego me recordó todas las tropelías cometidas por la soldadesca gabacha, que destruyó prácticamente todos los templos. También saqueó el palacio de los Duques de Benavente, hoy parador de turismo, en cuyo recoleto y luminoso jardín me recuperé de las impresiones recibidas, solazándome con un buen vino y unos deliciosos calamares.

Durante el resto del viaje hasta mi pueblo no pude dejar de pensar en la destrucción que ocasionó en España el ejército francés, ebrio de vino, progresismo e ilustración. El terrible saqueo de Córdoba. La destrucción deliberada del mausoleo de los reyes de León en la increíble Colegiata de San Isidoro. La voladura del castillo de Burgos, probablemente el más hermosos ejemplo de arquitectura militar de España. Por cierto que la voladura se llevó por delante el archivo de la Corona de Castilla y con él una parte irrecuperable de nuestra historia y nuestra capacidad para estudiarnos y entendernos. Y tantas, tantísimas cosas más.

Napoleón fue el artífice de la primera gran oleada de destrucción y saqueo de una parte fundamental de nuestro patrimonio cultural. Vergüenza ajena da escuchar a pretenciosos historiadores y sesudos intelectuales del lado más oscuro del espectro,

aventurar que a nuestra Patria le hubiese ido mejor bajo la férula del soberbio corso y de sus afrancesados cómplices. Pero así somos por aquí. Aunque no todos, porque mis paisanos de los pueblos de Castilla y León, siguen guardando el recuerdo de la barbarie que supuso la francesada. Y en lo más profundo de nuestras bodegas siguen apareciendo, de vez en cuando, restos de cadáveres de uniforme francés, cuyo hallazgo se recibe con una, también discreta, satisfacción aprobatoria.

Los recuerdos son como las cerezas o los adornos de Navidad mal guardados. Cuando tiras de unos arrastran a otros sin solución de continuidad. Dando vueltas a mi particular memoria histórica fui recordando otras vivencias relacionadas con el objeto de mis reflexiones. Hace pocos años mi mujer y yo visitamos el imprescindible Monasterio de Poblet, que guarda en sus entrañas otra de las raíces sobre las que se asienta el frondoso árbol de nuestra frondosa historia: El mausoleo de los reyes de Aragón, joya del gótico explosivo.

Pero lo que hoy queda es una reconstrucción almibarada del neogótico modernista del XIX. Porque también este decisivo templo fue objeto de la atención del progresismo ilustrado. Cuando le pregunté al guía si la tremenda destrucción que se adivinaba, había sido causada por la invasión francesa, me contestó que en absoluto. Y nos explicó que el templo había sido incendiado por las «turbas liberales» durante el trienio revolucionario (1820-1823), en el que se destruyeron el retablo y las capillas, aunque momentáneamente se salvó la capilla real. Sin embargo después de la revolución de 1834 los mismos vecinos destrozaron a conciencia las tumbas de los reyes y saquearon todo lo que tenía algún valor.

Y es que la revolución liberal, tan justa y benéfica ella, supuso otra ordalía para nuestro patrimonio. Los excesos «ilustrados y modernizadores» se llevaron por delante personas y monumentos con un frenesí iconoclasta que para sí hubiese querido León el Isáurico (emperador bizantino que proclamó la iconoclastia). Incontables monumentos, bibliotecas, archivos, órganos, imágenes y otras obras de arte fueron destruidos y/o saqueados, a veces llevándose por delante a las personas que los cuidaban, con especial atención a las consagradas.

Como sucedió en Madrid en 1835, donde fueron asesinados salvajemente un centenar de monjes, ante la indiferencia culpable de unas autoridades, que disponían de los más 9.000 militares que integraban la guarnición de la Villa y Corte. También fueron asesinados o agredidos cuantos acudieron en ayuda de los inermes religiosos. Sucesos similares sucedieron por doquier en aquellos días. Y no se trató de hechos espontáneos. Hay bastantes pruebas de lo contrario. Entre ellas los castigos, ridículos, que las benevolentes autoridades impusieron a diversos prohombres del progresismo, generalmente afiliados a sociedades secretas. Tal fue el caso del insigne poeta José de Espronceda, desterrado durante unas cuantas semanas de la capital madrileña. Pasmoso y crudelísimo castigo.

Pero esto no fue nada en comparación de lo que sucedió con una de las mayores agresiones de la época moderna a la tradición, la historia y la cultura de todo un pueblo. De toda una comunidad, asentada secularmente en un conjunto de creencias y valores, básicamente de carácter religioso. Porque esto es lo que fue, en términos generales, la malhadada desamortización impuesta de forma inexorable por la arbitrariedad de los gobiernos progresistas.

Sin duda existieron factores económicos de peso que justifican, al menos parcial-

mente, las decisiones tomadas. Sobre todo la gigantesca deuda pública, que se había producido como consecuencia, entre otras cosas, del despilfarro borbónico (Solo el Palacio Real de Madrid supuso un coste desorbitado para la Hacienda española durante el periodo de construcción). Pero también la necesidad de liberar la economía y la hacienda de las rigideces acumuladas por la ineficacia del antiguo régimen.

Sin embargo la forma en que se ejecutó la desamortización fue desastrosa, arbitraria y corrupta. Ya en tiempos de Carlos III, y de su insulso y lamentable hijo, se habían producido graves daños a causa del destino arbitrario dado a los bienes usurpados a la Compañía de Jesús. Un caso de despotismo muy poco ilustrado. Se malvendieron de forma lamentable todo tipo de bienes, tanto muebles como inmuebles, sin el menor cuidado ni la menor consideración a su valor histórico, religioso o cultural.

Los costes patrimoniales fueron tremendos, tanto en la Península como en las Provincias Americanas. Los monumentales esqueletos ruinosos de los templos de las gloriosas Misiones Jesuíticas en Argentina y Paraguay, son silenciosos testigos de tamaña barbaridad, aplaudida unánimemente por los «ilustrados». Como también lo fueron las sucesivas ventas de bienes eclesiásticos realizadas por el Conde de Aranda y por Godoy, ejemplares ejecutores de las tiránicas acciones de sus regios amos.

Pero nada de lo descrito es comparable al coste que supusieron las dos grandes oleadas desamortizadoras realizadas por gobiernos progresistas y que han recibido el nombre de los Ministros que las impulsaron: Mendizábal y Madoz. La primera de ellas, realizada en los años 1835 y 1836, se centró en los bienes tanto de los monasterios como en los del clero secular. Los costes humanos y sociales que produjo fueron altísimos. Expulsión de aparceros, subida abusiva de rentas a los de tierras pertenecientes a los monasterios y un empobrecimiento general de los grupos más desfavorecidos de la población.

Pero no se trata, hoy, de analizar las consecuencias generales de la desamortización, sino de centrarnos en la destrucción incalificable de patrimonio que esta supuso. Joyas de la arquitectura, tanto religiosa como secular malvendidas, cuando no abandonadas y saqueadas. Bibliotecas quemadas para hacer sitio. Colecciones invaluable de arte descuidadas y finalmente desaparecidas. Y todo ello ante la mirada de unas autoridades desdeñosas e indiferentes, que no podían desconocer la catástrofe cultural que se estaba produciendo. Que con alguna excepción, rehusaron tomar medidas de protección, incluso de los más valiosos de los bienes abandonados. Quizás porque pensaron que la desaparición de estos valiosos, y muchas veces simbólicos, testigos del pasado contribuiría a eliminar la adhesión de la gente común a sus propias raíces y tradiciones. Porque así serían más fáciles de manipular. Y en contrapartida, los beneficiarios de las usurpaciones, compradores de oportunidades a precio de saldo, se convertirían en eficientes cómplices del «modernizador» programa progresista.

La segunda gran desamortización se realizó durante el bienio progresista de 1855-1856, dirigida por Madoz y Espartero. Se centró, sobre todo, en los bienes llamados «de propios» y comunales. Los municipios poseían los llamados bienes de propios, cuyo destino era el arriendo a cambio de unas rentas con las que se sufragaban los gastos municipales. Los bienes comunales, eran propiedad de la comunidad de los vecinos, siendo su aprovechamiento libre y gratuito. Estos bienes comunales eran fundamentales para la vida de los pueblos, puesto que en ellos pastaba el ganado de

quien tenía animales pero no tierras, además de ser la fuente de leña con la que podían calentarse en invierno muchos españoles.

Este segundo proceso desamortizador, tuvo algunos efectos positivos para el sistema económico español, pero consecuencias nefastas para el patrimonio natural de nuestra Patria. Los patrimonios comunales consistían, en gran parte, en bosques de uso colectivo para los vecinos, que fueron adquiridos, en gran parte, por miembros de la creciente burguesía urbana. Se produjo así un proceso de concentración de la propiedad territorial en favor de absentistas y especuladores, que encontraron en los cuidados montes del común una fuente de rápido enriquecimiento, mediante la enajenación de la madera atesorada por los vecinos durante generaciones. Es imposible conocer con certeza el volumen de la superficie deforestada a causa de la desamortización pero fueron varios cientos de miles de hectáreas. A la destrucción del patrimonio histórico y cultural, se había unido la destrucción de otro patrimonio irrecuperable: el natural. Y todo ello con la imposición dogmática de un corpus ideológico que encontraba en las desamortizaciones un elemento liberador de progreso y combate contra la superstición.

Pero la historia no había acabado. La resistencia natural de la gente a prescindir de sus tradiciones y creencias impulsó una revitalización de los movimientos basados en la espiritualidad y el mensaje cristiano. En toda Europa se crearon y difundieron nuevas órdenes religiosas y se recuperaron muchas de las comunidades de las antiguas. Junto con instituciones caritativas y cofradías que renovaron también la vitalidad comunitaria y cultural. Los jesuitas fueron restablecidos y reiniciaron su influyente tarea tanto educativa como evangélica. Y las asociaciones dedicadas a la acción caritativa compensaron parcialmente los desmanes humanos ocasionados por el «progresista» capitalismo liberal.

Pero la historia no había acabado. Aunque la «Gloriosa Revolución» de 1868 no tuvo motivaciones religiosas, la actitud general de las nuevas autoridades se distinguió por la vesania con la que reiniciaron su persecución destructiva contra todos los símbolos que despreciaban. El odio antirreligioso se propagó con rapidez por toda la Península, con incendios, asaltos y usurpaciones incontables que se llevaron por delante otra buena porción de nuestro patrimonio. Como ejemplo destacado, en aras de una necesaria brevedad, se puede citar el de la Junta Revolucionaria de Sevilla que decretó la destrucción de 47 templos hispalenses. Nada menos. Y entre ellos la Iglesia de San Miguel, una joya extraordinaria del arte mudéjar, entregada de forma inmisericorde a la piqueta a pesar de la oposición de los vecinos y de muchas otras personas capaces de valorar tamaña maravilla. Después de la destrucción vino la especulación: los solares que quedaron tras las demoliciones se destinaron a satisfacer los anhelos «progresistas» de los beneficiarios del nuevo régimen.

Tales abusos y arbitrariedades propiciaron el resurgimiento de la causa carlista, que estaba bastante apagada, y que sumergió a España en una más de la media docena de conflictos civiles que estuvieron a punto de destruir España en aquellos seis años nefandos. Y el patrimonio cultural volvió a constituir una víctima propiciatoria de los conflictos.

Termino por donde empecé. Por mi particular recorrido, no planificado, durante un fin de semana que empezó en Asturias y terminó en Madrid. En el hermoso pueblo de Villaviciosa, con sus sidrerías y su buen ambiente. Y también con un patrimonio

residual digno de visitar y disfrutarse. Particularmente interesantes son sus restauradas iglesias románicas, destruidas en 1936 especialmente la de San Juan de Amandi, con su increíble ábside, que sobrevivió milagrosamente a la pulsión incendiaria de los mineros socialistas. Nuevos heraldos del «progreso» y de la lucha contra el oscurantismo clerical. Dignos herederos de la tradición iconoclasta de sus antepasados progresistas.

Hablar de lo que sucedió durante la República y la Guerra Civil es hablar del más bárbaro de los asaltos destructivos al patrimonio de nuestro pueblo. Y digo conscientemente pueblo, en lugar de patria o nación. Porque los pueblos consideraban suyos los edificios que se destruían y las obras de arte que se quemaban. Y sentían que con aquellas destrucciones desaparecía parte del alma colectiva con la que se sentían identificados, que les constituía.

Resalto tres instantes, relacionados con que me han conmovido en lo más hondo. El más reciente, hace un par de años. La exposición en el museo del Prado de la única escultura de Miguel Angel existente en España: El San Juan Bautista joven de Úbeda después de su cuidada restauración. Fue reducido a fragmentos por miembros del sindicato de ferroviarios de la UGT, a los que no se puede considerar «masas incultas». La belleza recuperada del «Sanjuanito» es inmarcesible.

El segundo fue la visita al museo diocesano de Vich y a su catedral. Las pinturas murales de Sert, restauradas por el propio autor tras su destrucción me produjeron un escalofrío stendaliano. Y en museo descubrimos mi mujer y yo, llenos de admiración, la belleza de las pinturas de los ábsides de las capillas románicas del pirineo catalán, incendiadas por los republicanos de Barcelona en su avance hacia Aragón y ¡gracias a Dios! recuperadas cuidadosamente después de la guerra.

Y para terminar, la visita a la, también restaurada, cripta de la Sagrada Familia de Barcelona de Gaudí. Igualmente profanada e incendiada en 1936. Con la sorpresa, y el dolor, de que alguien hubiese reunido tanto odio como para reducir a cenizas tamaño maravilla.

Ahora vuelven a resonar por doquier nuevas voces estruendosas y amargas que llaman a eliminar los símbolos que les molestan. Como si borrando los símbolos pudieran borrar la historia que recuerdan. Como si sus propuestas brutales sirviesen para otra cosa que para intentar imponer su versión a los que pensamos de forma diferente. Posiblemente en los próximos años asistiremos a una nueva ordalía de destrucción de testimonios de belleza encarnada en piedra. Una destrucción que estará progresistamente justificada y además, esta vez, debidamente legalizada.

Y para colmo de agravios, tendremos que soportar, lo más insoportable: la despectiva «superioridad moral» de los autoproclamados progresistas, que a pesar de sus demolidores antecedentes siguen considerándose ejemplares promotores de la cultura, admiradores preclaros del arte, defensores incansables del patrimonio. Al menos del que, a pesar de ellos se ha conservado. ●

LOS VELOS DEL NACIONALSINDICALISMO

JOSÉ MARTÍN OSTOS

Catedrático de Universidad. Sevilla.

I. PALABRAS PREVIAS

Nadie con una mínima formación histórica puede negar que la aparición del nacionalsindicalismo¹ en la vida española constituye un hecho merecedor de atención y estudio.

Como tal se entiende un movimiento político, con un incipiente y propio cuerpo doctrinal, concretado en diversas organizaciones a lo largo de su corta y agitada vida, que tuvo una pequeña presencia durante la segunda experiencia republicana española y que, en cierta medida, inspiró o fue utilizada por el régimen que la sucedió.

No obstante, se producen profundas desavenencias en torno a lo que esta corriente de pensamiento ha representado en nuestra historia. En efecto, sobre sus principios ideológicos, así como sobre sus dirigentes y grupos caben diversos análisis, que pueden ser susceptibles de renovados enfoques y conclusiones conforme en el futuro se disponga de nueva información y se conozcan más datos. Es una labor que principalmente debe quedar en manos de los estudiosos de la historia y del pensamiento político.

En todo caso, a los noventa años de la irrupción del nacionalsindicalismo, sorprende la persistente ignorancia en torno a lo que representó históricamente, sobre todo en sus aspectos doctrinales.

En efecto, a pesar del tiempo transcurrido, la oscuridad continúa siendo patente. Los diversos elementos que han conformado su realidad se encuentran cubiertos por unos velos (cuya extensión puede ser interesada o no, esa es otra cuestión) que en nada benefician a la verdad histórica. Se impone, pues, el ejercicio de una tarea seria y rigurosa que colabore al paulatino levantamiento del manto que la oculta.

Ello ayudará a comprender mejor algunos importantes hechos que sucedieron en el siglo veinte y cuyas consecuencias han llegado hasta el presente. Al mismo tiempo, constituye una deuda contraída con quienes desinteresadamente entregaron su ilusión y su esfuerzo (muchas veces, incluso su vida) a una causa que consideraron la más noble de entre las posibles.

II. LOS FUNDADORES

En el comienzo de su andadura política, el nacionalsindicalismo coincide con la llegada de la segunda república a España. Antes de esa fecha podrían encontrarse algunos antecedentes históricos, pero, como tal corriente ideológica, con unas evidentes

¹ Se utiliza el término conforme recoge el Diccionario de la Real Academia Española, aun siendo consciente de que en los momentos fundacionales un guion unía las dos palabras que dan nombre a ese movimiento político.

manifestaciones patrióticas y sindicalistas, el consenso se presenta en torno a los protagonistas que siguen.

1. José Antonio Primo de Rivera

Constituye la figura más representativa del citado pensamiento político, a pesar de no haber sido su fundador.

Pero, el hecho de ser hijo del general Primo de Rivera, unido a su fuerte carácter, prestigio social, excelente formación cultural y jurídica, junto a grandes dotes parlamentarias como diputado, le hicieron muy conocido desde los inicios de su vida pública. Tras su muerte, la originalidad de algunos de sus planteamientos doctrinales, su acreditada valentía y fidelidad a sus creencias, con una positiva imagen política, serían utilizados por el régimen surgido del 18 de julio de 1936.

Sin embargo, sigue habiendo numerosas zonas oscuras en la vida e ideas de este primer jefe nacional de Falange Española. No es posible reducir a una mera relación los numerosos puntos de José Antonio que se encuentran pendientes de investigación²; baste con decir que, como todo personaje importante en la historia de España, se encuentra aún pendiente del levantamiento de los velos que impiden conocer su figura con la debida claridad.

2. Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega

A pesar de su reconocida importancia en los primeros años del nacionalsindicalismo, en la actualidad son prácticamente desconocidos por el gran público.

Si la figura de José Antonio todavía ofrece numerosas sombras, otro tanto —incrementado— puede decirse de estos personajes. Les son aplicables las mismas carencias mencionadas en el supuesto anterior, con el añadido de que su menor significación en la vida política republicana les condujo a una situación de cierto ostracismo nacional, limitado prácticamente a reducidos espacios castellanos.

Entre ambos, indiscutiblemente, sobresale la persona de Ramiro Ledesma, con su destacado protagonismo en el planteamiento del nacionalsindicalismo y su reconocido nivel intelectual, amén de su afincamiento en Madrid. Si José Antonio elevó ese pensamiento a superiores cotas, tanto en desarrollo ideológico como en organización política, fue Ramiro el que previamente había preparado el nuevo camino. Por su parte, la figura del pionero Onésimo Redondo, aunque nunca irrelevante (especialmente, en su ámbito territorial), queda en una segunda posición.

3. Otros

Tampoco cabe olvidar a numerosos personajes que militaron desde el principio o se incorporaron más tarde al nacionalsindicalismo (del que no todos salieron con dignidad) y que merecen, igualmente, un pormenorizado estudio; así, resulta obligada la mención de Raimundo Fernández Cuesta, Julio Ruiz de Alda, Manuel Mateo, Miguel Hedilla y Pilar Primo de Rivera, entre otros muchos dirigentes de las diversas orga-

² De este modo, su infancia y juventud, las relaciones con la Casa Real y con el ejército, su vida universitaria, los primeros pasos en política, el estudio de su actividad parlamentaria, los contactos con los dirigentes nacionalsindicalistas y de otras formaciones políticas, sus viajes al extranjero, el ejercicio profesional de la abogacía, los escarceos literarios, su vida amorosa, etcétera, sin olvidar las estancias en la cárcel madrileña y en la prisión alicantina. Sobre algunas de estas cuestiones se ha vertido mucha tinta, aunque otras muchas todavía están necesitadas de mayor profundización.

nizaciones de los primeros años (la propia Falange, el SEU, la Sección Femenina, la CONS...).

Sin embargo, como acontece en otros temas ya apuntados, o que iremos desgranando en el curso de estos comentarios, da la impresión de la existencia de casi un pacto de silencio en torno a estos personajes. Ni siquiera el propio régimen franquista, tan proclive en teoría a favorecer a algunos de los mencionados, se preocupó por alentar el estudio sobre ellos. Exceptuando algunos escritos en parte anecdóticos (siempre relativos a quienes colaboraron con dicha situación política), hay que acudir a las memorias personales y a otras fuentes para obtener más información.

Por lo que respecta a los ámbitos provincial y local, en líneas generales, los estudios publicados hasta ahora, aunque escasos, comienzan a aportar datos de interés. Es fácil colegir que posiblemente en dichos niveles se conserve la mejor información escrita (primordialmente, en manos privadas).

III. LAS ORGANIZACIONES NACIONALSINDICALISTAS

Como corresponde a la limitada actividad política y sindical desarrollada, la presencia pública de esos grupos fue bastante escasa en sus primeros años de existencia. Sin embargo, durante la dilatada etapa franquista se produjo un espectacular crecimiento dentro de los que se organizaron desde las propias esferas del poder. También, fue significativa la aparición —aunque minoritaria— de los que adoptaron una actitud crítica frente al nuevo régimen (especialmente, durante sus últimos años).

1. Etapa fundacional (desde 1931 hasta 1933)

Es manifiesto el desconocimiento actual en torno a las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica y a las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (entonces, las segundas se escribían con un guion separador). Salvo la exposición de lugares comunes y apuntes biográficos aislados, faltan estudios detallados sobre el número de sus militantes, profesiones y extracción social de los mismos, zonas de mayor implantación, principales dirigentes, etcétera.

Tampoco se dispone de suficiente información sobre las relaciones con otras formaciones políticas nacionales y extranjeras, así como las posibles ayudas económicas recibidas y los contactos con militares.

Sin embargo, fue en los primeros años cuando se establecieron los pilares ideológicos de lo que más tarde se convertiría en el bagaje doctrinal falangista; incluso, se dio forma a la parte más importante de sus símbolos y consignas.

Es un período histórico en el que el nacionalsindicalismo, además de en tierra castellana, arraiga en varias provincias (ténganse presentes las sedes universitarias: Barcelona, Granada, Santiago de Compostela, Sevilla, Valencia...), con ciertos militantes de acreditada calidad intelectual y alguna publicación periódica de interés (ni que decir hay que urge su reimpresión).

La explicación del parco conocimiento en torno a los orígenes del nacionalsindicalismo puede encontrarse en el escaso eco que entonces tuvo en la vida política nacional y, tal vez, en el casi exclusivo protagonismo que años más tarde alcanzó la figura de José Antonio. También, el abrumador crecimiento de Falange durante la guerra civil (con la incorporación de muchísimas personas provenientes de otros campos

políticos) motivó dicho olvido. Pero, sin duda, la etapa fundacional es esencial para comprender la posterior evolución.

El hecho de que Valladolid y provincias aledañas (donde el nacionalsindicalismo tenía una considerable implantación) se encontraran en territorio alzado contra el régimen republicano, con toda seguridad, permitió la conservación de una documentación de primera mano para la mejor comprensión del nacimiento y desarrollo de este fenómeno político³.

2. Del Teatro de la Comedia al Frente Popular

Está comúnmente admitido que constituye el período de mayor desarrollo organizativo y doctrinal del nacionalsindicalismo.

Hasta llegar a octubre de 1933 —fecha del conocido acto del *Teatro de la Comedia*—, con la previa y frustrada aventura de *El Fascio*, no se dispone de mucha información fidedigna sobre los contactos producidos entre José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega, así como sobre sus respectivas trayectorias políticas.

En general, se carece de suficientes datos, y no solo de sus promotores y seguidores. Incluso, el propio acto de la Comedia sobre el que tanto se ha escrito, sigue a la espera de un exhaustivo estudio. Existe, eso sí, gran cantidad de testimonios personales, junto a anécdotas y detalles de todo tipo, pero no un trabajo detallado sobre los contactos y acuerdos entre los oradores antes del mitin (incluidas las relaciones de José Antonio y de Julio Ruiz de Alda con Alfonso García Valdecasas). En este sentido, tampoco sería cuestión baladí examinar su aparición pública en la prensa de la época,



Monumento a Onésimo Redondo en el Cerro de San Cristóbal, Valladolid, del que fueron desmontadas sus figuras y derribado el resto.

³ Aunque no hay que olvidar que en 1936 la actividad principal se desarrollaba en Madrid, donde fueron detenidos y asesinados Ramiro Ledesma y otros, así como allanados sus domicilios.

así como su consideración por parte de otras formaciones políticas, sociales y sindicales.

Posiblemente existan, debidamente conservados y a buen recaudo, informes reservados y actas de sesiones, así como escritos de diversa índole que podrán aportar en el futuro mucha luz para la acertada comprensión de esta importante etapa del nacionalsindicalismo.

Tras la fundación de Falange Española y su posterior fusión con las JONS, la organización resultante comienza una andadura no exenta de dificultades. Entre éstas, hemos de citar las propias disensiones producidas en su seno entre José Antonio y Ramiro, que culmina con un mutuo alejamiento definitivo, secundado por otros militantes (recuérdense también otros casos, como el del conde de los Andes, los hermanos Ansaldo...).

Falange Española —más tarde, con las JONS— tuvo la capital española como el ámbito principal de su actuación, con implantación paulatina en otras zonas: Castilla (en su más amplio sentido, especialmente a partir de su fusión con los jonsistas), Galicia, Extremadura, Andalucía, Cataluña (sobre todo, Barcelona), Levante (a destacar las provincias de Valencia y Alicante), Aragón... Por no mencionar todas, puede afirmarse que no quedó tierra española sin la presencia de grupos falangistas. En líneas generales, se observa una ausencia de material fehaciente sobre las respectivas militancias (edades de los afiliados, profesiones, clase social...).

También, llama la atención la escasa presencia del nacionalsindicalismo en la prensa de toda España durante aquellos años, el eco de sus actos públicos (localidades, número de asistentes, discursos...), así como los principales oradores que intervinieron y un sinfín de aspectos aparentemente nimios, que nos dan una idea aproximada de los velos existentes en torno a esa importante etapa histórica.

Igualmente, se necesita una obra comprensiva de los principales aspectos de la organización (número e identidad de los falangistas asesinados por miembros de otras fuerzas, localidades en las que existían sedes abiertas, prensa propia y ciudades en que se publicaba, boletines clandestinos, pasquines y carteles de propaganda...). Por supuesto, también se encuentra pendiente la confección de un diccionario biográfico nacionalsindicalista.

Tampoco existen sobrados datos sobre las posibles relaciones entre los grupos nacionalsindicalistas y otras organizaciones políticas (Renovación Española, CEDA, Tradicionalistas...) y sindicales (especialmente, por su interés, hay que mencionar la CNT y el grupo de Ángel Pestaña).

Prácticamente no hay noticias —al menos, de manera suficiente y esclarecedora— sobre las infiltraciones de otros grupos dentro del nacionalsindicalismo, y viceversa. En concreto, creemos que merece una atención especial la actividad de la masonería en relación con las fuerzas falangistas.

Por último, los procesos judiciales seguidos contra numerosos militantes nacionalsindicalistas, así como sus ingresos en prisión, igualmente están necesitados del correspondiente estudio (número, edades, cargos que ostentaban en la organización, centros en los que estuvieron recluidos...). Destacan los casos de José Antonio, sus hermanos, Julio Ruiz de Alda y Raimundo Fernández Cuesta. Pero, en términos generales, la información disponible al efecto no pasa de ser casi anecdótica.

En resumen, a modo de anticipo, puede afirmarse que las lagunas informativas

existentes, con sus correspondientes sombras (intencionadas o no, esa es otra cuestión), sobre esta etapa fundamental del nacionalsindicalismo español justifican la necesidad de proceder a su incondicional investigación y riguroso estudio.

3. La guerra civil

El implacable acoso que recibió Falange por parte del gobierno tras el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936, con el cierre de sedes y la detención de sus máximos dirigentes, explica la inclinación de la primera en favor del alzamiento militar de julio de 1936. De los testimonios existentes —especialmente, de los escritos— parece deducirse dicha conclusión.

No obstante, para una mejor comprensión de tan importante acontecimiento, hay que profundizar en los contactos entre los principales responsables falangistas y los militares organizadores del inicial golpe de Estado. Resulta pacíficamente admitido que, en un principio se previó una corta duración, aunque después la lucha fratricida se alargó durante tres años. Consecuentemente, la energía principal de los falangistas durante ese tiempo se dirigió a lograr el triunfo en la contienda.

Por lo que respecta al denominado bando nacional, a estas alturas del siglo veintiuno resulta imprescindible acceder al conocimiento de gran cantidad de datos para conocer el verdadero papel que el nacionalsindicalismo representó en la guerra; así, el número de las unidades compuestas por falangistas, los mandos que las dirigieron, los frentes de guerra de principal intervención, las gestas acontecidas, los consejos de guerra seguidos contra miembros de Falange, las desertiones producidas en sus propias filas y las relaciones con las tropas alemanas e italianas, así como un sin fin de otros detalles.

Al principio de la guerra, con la victoria de los nacionales en algunas provincias se salvó la principal documentación de interés nacionalsindicalista. Sin embargo, este estado de cosas no se mantuvo durante los cuarenta años siguientes, bien por la sustracción de documentos por parte de algunos afiliados (con diferentes fines), bien por la llegada de la transición política y la destrucción de los archivos políticos. Entonces, se eliminó una valiosísima información, que solo la actitud de algunos falangistas impidió que fuera total. En efecto, se produjo una planificada destrucción con el fin de facilitar el pacífico tránsito de un sistema autoritario a otro de corte democrático, lo que produjo unos daños irreversibles en nuestro patrimonio documental⁴.

En cuanto a las ciudades que, tras el alzamiento de julio de 1936, quedaron en un primer momento en manos de la autoridad republicana y más tarde, además, bajo el control de las milicias del Frente Popular, las sedes nacionalsindicalistas fueron asaltadas y confiscadas (incluida toda su documentación), así como los domicilios de sus militantes (especialmente, los más representativos). Es de suponer que, previamente al 18 de julio y ante el cariz que tomaban los acontecimientos, con la detención de sus dirigentes y la clausura de sus locales, se pusiera a buen recaudo parte de la principal documentación (ficheros de afiliados, correspondencia, etcétera). Pero, sin duda,

⁴ En Sevilla capital se logró salvar las fichas originales de los afiliados a Falange Española. Pero, en términos generales, se procedió sistemáticamente a la eliminación de una ingente cantidad de documentos, no solo pertenecientes a las organizaciones que habían formado parte del Frente Popular. Con la misma intención, se destruyeron interesantes archivos y ficheros de la policial Brigada Político Social, que hubieran arrojado una preciosa luz sobre el funcionamiento interno del régimen franquista.



José Antonio Primo de Rivera, fusilado en Alicante

mucha de la información originaria se perdió durante la guerra civil (tal vez, alguna se encuentre todavía en manos de las organizaciones que la confiscaron). También, aquí hay que extender el examen a las peripecias sufridas por los nacionalsindicalistas en el bando republicano, con multitud de aspectos que indagar (actuación de la quinta columna, sometimiento a tribunales populares, delaciones, condenas a muerte...).

Aunque la atención principal se centre en Madrid, que era donde se había desarrollado principalmente la actividad nacionalsindicalista, no hay que descartar el examen de otras regiones y provincias (no todas con la misma implantación, naturalmente), en las que hay que indagar sobre el destino de sus dirigentes, afiliados y simpatizantes. En este sentido, adquiere gran relieve el hecho de las unidades falangistas que se organizaron para el combate (lo que da una idea bastante aproximada del ambiente favorable o no hacia ellos en los comienzos de los enfrentamientos). Tampoco es cuestión baladí los resultados electorales obtenidos por Falange en los comicios celebrados durante el período republicano.

Constituye un capítulo especial la muerte de los más notables representantes del nacionalsindicalismo en ese tiempo (en especial, José Antonio en Alicante, y Ramiro en Madrid). Salvo Raimundo Fernández Cuesta y Pilar Primo de Rivera, desapareció casi por completo la cúspide de la organización. Ello tuvo unas notables consecuencias para Falange a lo largo del tiempo venidero.

En esta línea de sucesos sobresalientes, hemos de mencionar la Unificación de 1937, con la actitud de Miguel Hedilla Larrey y otros militantes.

4. El «Tercer Año Triunfal»

En la realidad política, la victoria de las llamadas fuerzas nacionales⁵ significó la práctica desaparición de Falange Española.

Sin pretender incurrir en simplificaciones, resulta evidente que, muertos los principales fundadores —coincidentes con los más notables ideólogos— del nacionalsindicalismo⁶, un representativo núcleo de los dirigentes supervivientes ocupó posiciones de relieve dentro del nuevo régimen. Por su parte, la primitiva militancia (diezmada después de tres años de persecución y guerra, a la vez que desbordada por las nuevas incorporaciones masivas) se encontró completamente desorientada, optando por la comprensible lealtad a sus mandos.

De este modo, notables figuras del falangismo se pusieron a la incondicional disposición del nuevo Jefe del Estado, en un claro afán colaboracionista (valgan los ejemplos de Raimundo Fernández Cuesta, José Antonio Girón de Velasco, Dionisio Ridruejo, Pilar Primo de Rivera...), llegando a ocupar puestos destacados en la nueva situación política, mientras parte de los escasos afiliados de la primera hora que lograron salvar su vida se limitaron a ocupar cargos políticos y sindicales de nivel provincial y local, cuando no se retiraron a completar sus interrumpidos estudios y a atender sus obligaciones profesionales y familiares.

A partir de 1937, la nueva organización política surgida del Decreto de Unificación (Falange Española Tradicionalista y de las Jons) se convirtió en la columna fundamental del Nuevo Estado, como era llamado el nuevo régimen. No son abundantes los testimonios conocidos sobre la oposición directa de los falangistas a la forzada unión con los carlistas, así como a la designación de Francisco Franco como jefe Nacional del Movimiento (en el que se incluía Falange Española, que pasaba como tal entidad autónoma a desaparecer).

Terminada la contienda, comenzó un tímido movimiento de resistencia en el que Narciso Perales y otros falangistas, en su mayor en Madrid, intentaron la organización de grupos de oposición al franquismo.

5. Los falangistas y el régimen de Franco

Durante casi cuarenta años, tras la heroica intervención de los miembros de la División Azul en la segunda guerra mundial en el frente ruso (en la que aumenta el número de caídos de militantes de la primera hora)⁷, se mantiene la división del falangismo en los dos sectores mencionados.

⁵ Aunque los que conformaban el bando enfrentado pertenecían a la misma nación, la dependencia de las instrucciones dictadas por los agentes de la URSS y de la Internacional Comunista, por parte de un importante sector, junto con una eficaz propaganda, facilitó la apropiación del calificativo por parte de quienes se levantaron contra el régimen republicano.

⁶ Cuestión que no es baladí, pues a ello hay que añadir la corta experiencia política de su principal organización (Falange Española de las Jons), con escasa implantación nacional, así como el incipiente desarrollo de su cuerpo doctrinal y la joven edad de la mayoría de sus militantes.

⁷ En los últimos años, de modo creciente, están apareciendo publicaciones sobre esta gesta. No obstante, todavía es insuficiente el conocimiento que se tiene de numerosos aspectos de su actuación no bélica (relaciones con la población rusa, desavenencias con mandos nacionalsocialistas, bajas de representativos militantes falangistas, reproducción de los boletines de prensa divisionarios, etcétera).

El primero, abrumadoramente mayoritario, muestra su inquebrantable adhesión a Franco y al régimen surgido del 18 de julio. El Movimiento Nacional constituye el cauce de participación política y en el mismo se integraron diversas organizaciones (de jóvenes: Falanges Juveniles de Franco, primero, y Organización Juvenil Española, después; y de adultos: Guardia de Franco y Sección Femenina). También, se crearon varias Hermandades, todas ellas de apoyo al régimen (como Excombatientes, Mutilados, Vieja Guardia...). Por supuesto, los alcaldes, gobernadores civiles, autoridades sindicales y ministros fueron seleccionados entre los miembros del partido único.

Además, el Consejo Nacional del Movimiento (en sustitución del Senado), aunque con escasos frutos, constituyó otro cauce de participación en el poder político. Sus miembros eran mayoritariamente designados por el jefe del Estado o a su sugerencia.

En cuanto a la oposición falangista al franquismo, de muy escasa presencia durante los años posteriores a la contienda (existe poca información sobre grupos autodenominados como Falange clandestina o auténtica), se desarrolló especialmente a partir de los años sesenta y siguientes; de este modo, surgieron: Círculos Doctrinales José Antonio, Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes, Círculos Manuel Mateo, FNAL, Frente Sindicalista Revolucionario, etcétera. Bajo su cobertura actuaron, en claro enfrentamiento con el régimen, numerosos grupos de estudiantes (Frente de Estudiantes Sindicalistas, Frente universitario nacionalsindicalista, entre otros), con relevante implantación en los principales distritos universitarios.

En sus respectivos momentos, fue muy importante la creación de Falange Española Independiente y, más adelante, de las Juntas Promotoras de Falange Española de las Jons. También, numerosos falangistas se reunieron en torno a Fuerza Nueva, que no era una organización que se autodenominara nacionalsindicalista, sino abiertamente defensora del franquismo.

Puede apreciarse la confusión reinante durante esos años en las propias filas falangistas. Por otra parte, salvo determinadas iniciativas particulares (incompletas, aunque bienintencionadas) y la edición (igualmente, parcial) de las pretendidas Obras Completas de José Antonio (también, existen algunas recopilaciones de discursos y escritos de otros fundadores), no puede calificarse como abundante la producción bibliográfica nacionalsindicalista a lo largo de las primeras décadas de franquismo.

Igualmente, se echa en falta la realización de un estudio sobre la participación de los falangistas supervivientes en los órganos de poder de la estructura política surgida a partir de 1936; tampoco se conoce suficientemente la trayectoria de quienes adoptaron una distinta posición.

Es imperativa la búsqueda en las correspondientes hemerotecas y en los archivos de todo tipo (sobre todo, militares y policiales) para acceder al conocimiento de la verdadera situación de ambas actitudes políticas. Téngase presente que, en los inmediatos años del fin de la guerra civil, la censura fue bastante rígida.

6. Los nacionalsindicalistas y la democracia

Será con la legalización de los partidos políticos (poco antes fueron las asociaciones políticas) cuando se exteriorizaron determinados sentimientos falangistas que permanecían ocultos, cuando no confundidos con los valores del sistema autoritario vigente hasta entonces.

La masa social que conformaba el régimen de Franco pasó, mayoritariamente, a

engrosar las organizaciones políticas de centro y de derecha (con reconocido éxito electoral), mientras que los autoproclamados herederos del nacionalsindicalismo pasaron a tener una mínima presencia pública (lo que subsiste en la actualidad).

De modo paralelo, ya en el presente siglo (incluso, a finales del anterior), se ha producido un aluvión de publicaciones sobre muchos temas relacionados con el nacionalsindicalismo (con especial atención a la figura de José Antonio, que despierta un creciente atractivo).

En los comienzos de la nueva situación constitucional y tras el restablecimiento del sistema de partidos políticos como único medio de participación en el poder, los falangistas adoptaron una de las siguientes actitudes: a) a partir de ese momento, se alejaron —o continuaron apartados— de toda actividad política; b) se incorporaron a nuevas formaciones, tanto de cuño derechista y ultraderechista, como socialista; y c) registraron partidos propios con la intención de concurrir a los comicios: Falange Española de las JONS, Falange Auténtica, Movimiento Falangista, LA FALANGE y Círculos Doctrinales José Antonio, principalmente.

Los resultados electorales siempre han sido muy parcos, marginales. Posiblemente, sean varias las causas que lo explican, como la elevada edad de la militancia, la escasez de recursos económicos, el silencio asfixiante de los grandes medios de información, etcétera.

En todo caso puede afirmarse que los falangistas han respetado plenamente la legalidad, sin la menor oposición violenta al sistema democrático de partidos, a pesar de la gran contradicción que ello implica con su ideario favorable a un modelo de representación basado en medios diferentes.

IV. LA DOCTRINA POLÍTICA

A lo expuesto sobre la trayectoria seguida por las organizaciones de inspiración nacionalsindicalista hemos de añadir la problemática doctrinal. Aquí, la confusión, cuando no la ignorancia, es patente.

Algo parece claro en su origen: las opciones políticas existentes en esa época no satisfacían a los fundadores del nacionalsindicalismo. Con la excepción del anarcosindicalismo (hacia el que los jonsistas, primero, y los falangistas, después, miraron con cierta simpatía), ni las posiciones liberal-conservadoras ni las formaciones socialistas-comunistas de la época atrajeron su atención. Tampoco el creciente fascismo, cuyo éxito en Italia era indiscutible, gozó de bastante atractivo, en términos generales, en los grupos nacionalsindicalistas (aunque habría que distinguir entre antes y durante nuestra guerra civil). Más claro aún fue el rechazo del nacionalsocialismo, a pesar de la participación española con la División Azul al lado de Alemania en su lucha contra Rusia, pues el movimiento hitleriano nunca tuvo especial predicamento entre los falangistas.

Desde un principio, los nacionalsindicalistas se presentan como una alternativa al capitalismo y al comunismo (en el segundo caso, a pesar del triunfo de la revolución rusa). No resultan atraídos ideológicamente por ninguno de los movimientos políticos entonces en boga, hasta el punto de que constantemente insisten en una actitud política alejada de los principios esenciales del liberalismo-capitalismo y del socialismo (especialmente, del comunismo).

Sin embargo, como hemos dicho, se percibe una actitud de respeto hacia el anarcosindicalismo español, tal vez producto del carácter independiente y genuino de esta enorme fuerza sindical.

Lógicamente, los años fundacionales constituyen la época de planteamiento de los principios generales, balbuciente, con escaso desarrollo doctrinal. Da la impresión de que no se sabe muy bien a dónde se quiere ir, aunque se manifieste una clara voluntad de no encuadrarse en alguna de las corrientes existentes. Incluso, se observan titubeos, no exentos de contradicciones.



Ramiro Ledesma Ramos, murió descuartizado al oponerse a que le fusilaran

Hay puntos que resultan indiscutibles (como la unidad nacional, el carácter sindical, el rechazo de los partidos políticos como medio de participación en el poder, el respeto a la propiedad privada, la superación histórica de la monarquía, la separación entre Iglesia y Estado, etcétera), al lado de muchos otros tímidamente esbozados (relativos a materia económica, administración de justicia, organización municipal, reforma agraria, enseñanza...). Sin duda, es el terreno más necesitado de examen y reflexión, por la claridad que puede aportar a la mejor comprensión del nacionalsindicalismo (y no solo durante los años fundacionales).

En este sentido, estimamos que hay que profundizar en el estudio de las posibles coincidencias —incluso, coyunturales— con las principales organizaciones políticas y sindicales españolas de la época (de derechas: Renovación Española, Frente Nacional, CEDA, Comunión Tradicionalista; y de izquierdas: especialmente, CNT y Partido Sindicalista). Aunque no hay que descartar ninguna sorpresa, hasta el momento no consta que se produjeran contactos significativos con el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Comunista de España y la Unión General de Trabajadores, con los que la desavenencia política y doctrinal fue siempre patente.

También, el estudio de las relaciones de la cúpula dirigente nacionalsindicalista con algunas embajadas en Madrid (en concreto, Alemania, Italia, Francia, Gran Bretaña y EE. UU. de Norteamérica), particularmente durante los años de la contienda española, tal vez, podría aportar noticias de interés.

V. LAS FUENTES DE INFORMACIÓN

Con los medios de escritura, grabación y reproducción audiovisual existentes durante el período republicano y a lo largo de la guerra civil, más la burocracia administrativa de la época y de la posterior, deben abundar testimonios de toda índole que hayan logrado llegar hasta nuestros días. Cabe albergar esperanza, a pesar de las intencionadas campañas llevadas a cabo para su destrucción, sin olvidar nuestra tradicional desidia patria.

En consecuencia, en relación principalmente con las citadas etapas históricas (que, a nuestro juicio, son fundamentales para el mejor conocimiento del nacionalsindicalismo, aunque tampoco hemos de descartar los años siguientes), sin ánimo exclusivo, sugerimos las siguientes fuentes informativas:

1. Prensa

Por motivos obvios, en primer lugar, hay que acudir a la escrita, en especial a la contenida en la Hemeroteca Nacional y en otros organismos. Además de los primitivos órganos nacionalsindicalistas (FE, Arriba, La Conquista del Estado, No importa...), resulta obligada la consulta de numerosas publicaciones editadas en capitales de provincia y localidades importantes (muchas de ellas con nombres similares).

Durante la guerra civil, entre otras muchas publicaciones periódicas, se editó *Jerarquía* (autodenominada «La revista negra de la Falange»⁸). Su consulta es recomendable para conocer la actitud de los intelectuales más representativos del falangismo en plena contienda, una vez desaparecidos los fundadores. Más tarde, en la misma línea, destacan la revista Escorial y el diario Arriba.

En general, también hay que acudir a los diarios y semanarios publicados durante el franquismo. En concreto, constituyen una interesante fuente de información los ejemplares correspondientes a determinadas fechas (29 de octubre y 20 de noviembre, especialmente), tanto en España como en el extranjero. Toda la llamada Cadena del Movimiento, entre otros, recoge información de interés.

Igualmente, merecen ser conocidas las publicaciones confeccionadas en el seno de la División Azul y que eran distribuidas entre las unidades del frente. Aunque su finalidad y espíritu no eran propiamente políticos, sino todo lo contrario, entre líneas puede obtenerse información de valor.

Tampoco deben olvidarse las numerosas y sencillas publicaciones falangistas de crítica y oposición al franquismo, sobre las que continúa pendiente su adecuada recopilación. En líneas generales, puede afirmarse que, durante los años sesenta y setenta, no hubo grupo falangista (especialmente, a nivel de estudiantes universitarios, aunque

⁸ En Pamplona, a cargo de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista de las J.O.N.S. (así, sin la «y» entre Tradicionalista y de las J.O.N.S.). Basta con asomarse a sus páginas para comprobar el estilo que impregnaba esta publicación, al servicio del bando nacional.

también de núcleos obreros) que no contase con boletines multicopiados⁹, muchas veces de corta vida. No tenemos constancia de la existencia de similares boletines de combate durante los años cuarenta, a cargo de los grupos de Falange Auténtica.

2. Archivos

Con expresa mención del Histórico Nacional, más los de Ávila y Salamanca, hay que tener en cuenta los de índole judicial (Tribunal Supremo, Audiencias Territoriales y Provinciales, así como tribunales militares) y policiales. Naturalmente, tampoco deben excluirse los archivos judiciales y militares del bando republicano. También, existen datos de indudable interés en numerosos organismos oficiales, como el Congreso de los Diputados, Administración del Estado, Diputaciones, Ayuntamientos, etcétera.

En cuanto a las embajadas y consulados, destacan especialmente, las representaciones en Madrid de las grandes potencias de entonces, sin desdeñar los archivos de algunos consulados en determinadas ciudades. En este sentido, los papeles desclasificados de EE. UU. y de la URSS representan una fuente de especial importancia, a los que hay que sumar los correspondientes de Alemania, Italia, Gran Bretaña, Portugal...

Igualmente, pueden aportar una estimable información los archivos de los partidos políticos y centrales sindicales a lo largo de la etapa republicana y de la guerra civil (Partido Socialista Obrero Español, Partido Comunista de España, Unión Republicana, Confederación Nacional del Trabajo, Unión General de Trabajadores, Partido Sindicalista, Partido Nacionalista Vasco, Izquierda Republicana, etcétera), así como los correspondientes a las actuales Fundaciones (Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera, Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto Tuero, José Díaz Ramos y Ramón Serrano Súñer; entre otras), que con toda seguridad conservan documentación de interés para el mejor conocimiento del fenómeno nacionalsindicalista.

Tampoco deben olvidarse los archivos privados, aunque más bien hay que hablar de documentos en posesión de descendientes de los militantes de la primera hora. Son incalculables e irán surgiendo paulatinamente. Lo mismo puede afirmarse de los que se encuentren en manos de descendientes de notables miembros del Frente Popular. En este sentido, especial interés merecen los documentos correspondientes a los primeros años del nacionalsindicalismo; como hemos dicho, algunos cayeron en manos de organizaciones de izquierda, otros fueron destruidos por razones de seguridad en los primeros momentos de la guerra y, finalmente, algunos continúan en posesión de particulares.

3. Fotografías y documentos sonoros

Aunque en escaso número, parece razonable que algunos hayan subsistido tanto en archivos de prensa como en manos particulares. Todos ellos pueden suministrar una información del máximo interés sobre asistentes a actos públicos, edades, indumentarias, etcétera.

Como documento sonoro es sobradamente conocido el corto fragmento en que José Antonio, con gabardina, habla sobre los males que afectan a España. Por otra parte, existe un gran número de grabaciones interesantes correspondientes a las formaciones que se enfrentaron durante la guerra.

⁹ Sin ánimo exhaustivo, entre otros muchos: Misión (Madrid), CONS y UNT (Madrid), Arriba segunda época (Madrid), Vertical (Sevilla), Ademán (Granada), SÍ (Valencia) y Círculo Cultural Hispánico (Barcelona).

Recientemente, se ha publicado una Historia gráfica de Falange y también se tiene noticia de numerosos reportajes y publicaciones conteniendo fotografías sobre los actos y personajes del nacionalsindicalismo. De todos modos, estamos convencidos de que todavía falta mucho tiempo para disponer de una obra completa. En este sentido, se impone la necesidad de un ambicioso archivo documental nacionalsindicalista.

Tampoco deben olvidarse las grabaciones conservadas en las emisoras de radio. Algunas de ellas constituyen un material de extraordinario valor.

4. Bibliografía

Llama la atención, sobre todo en los últimos años, la producción escrita sobre los fundadores del nacionalsindicalismo (tanto biografías como examen de cuestiones particulares), en torno a la historia de Falange en particular u otras organizaciones y sobre distintos temas doctrinales. También, se han editado parciales recopilaciones epistolares y sencillas antologías de textos e, incluso, se ha recurrido al relato novelado.

La mención de todas las obras publicadas, afortunadamente en continuo crecimiento, se nos presenta en este momento como una tarea imposible. Por ello, nos limitamos a decir que existen algunos listados bibliográficos sobre el nacionalsindicalismo (ciertamente incompletos, dado el ritmo de crecimiento)

En contraposición con el silencio mantenido durante decenios, con excepciones a veces panegíricas y de escaso calado, produce verdadera sorpresa la continua aparición de nuevas obras sobre este movimiento político. Un indicio más de su desconocimiento y de la perentoria urgencia de que se desvelen numerosos enigmas y de que se aclaren muchos puntos oscuros.

VI. DE CARA AL FUTURO

Desde el comienzo de la actual etapa democrática, existen organizaciones que se autoproclaman legítimas (cuando no únicas) depositarias del pensamiento nacionalsindicalista. Dicho fenómeno también se manifestó a finales de la segunda República y durante todo el período franquista. Es una característica que, a modo de maldición, suele acompañar a la historia de esta corriente ideológica española.

Muchos se preguntan cuáles son las razones de que en la actualidad no se produzca la unión de todas las fuerzas afines. Se alega que la conveniente unificación de grupos podría conducir, si no al éxito inmediato (utopía, hoy), al menos a unos mejores resultados electorales que les permitan intervenir con cierta presencia en la vida política nacional.

En nuestra opinión, la causa puede hallarse en la existencia de una diversidad de concepciones sobre el nacionalsindicalismo, con heterogéneas organizaciones que pretenden el monopolio interpretador. Estas oscilan desde posiciones próximas a la derecha política (a veces, incluso, a lo que puede considerarse como extrema derecha), hasta otras que parecen situarse más cercanas al genuino nacionalsindicalismo, cuando no a ciertas posiciones de izquierda. Es decir, las distintas formaciones que se proclaman como fieles interpretadoras no siempre coinciden en lo fundamental.

Lo primero, pues, que se requiere para la consecución de la necesaria unión de todos los hombres y grupos que se sienten identificados con el nacionalsindicalismo

es la clarificación conceptual e ideológica de qué se entiende por dicho pensamiento político.

En consecuencia, resulta difícil la aproximación estratégica (en las actuales circunstancias, hablar de identificación doctrinal sería una ilusión) entre posiciones ideológicas absolutamente incompatibles. A título de ejemplo, como diferencias importantes pueden citarse: la aceptación del partidismo liberal como medio de participación en la vida pública o la aspiración a un partido único, en contraposición con un modelo basado en unidades naturales de convivencia; la compatibilidad con la socialdemocracia, con el socialismo marxista o con el capitalismo, en lugar de un Estado de inspiración sindical; la apuesta por un modelo monárquico o republicano; o la alineación con otras naciones en el plano internacional, especialmente en el ámbito europeo.

Por el contrario, existen otros muchos temas sobre los que no se plantean divergencias importantes; de este modo: la crítica al sistema de autonomías; la dignidad de la persona, la enseñanza pública, la vocación iberoamericana, el papel de las fuerzas armadas, etcétera.

Mientras los nacionalsindicalistas no aclaren sus ideas, es decir, mientras no se recorra el obligado camino de examen y debate, seguirán condenados de modo irremediable al desencuentro entre ellos mismos y al ostracismo político.

No obstante, es justo reconocer que en los últimos tiempos se observan unos indicios esperanzadores. Por un lado, se percibe una tímida aproximación entre algunas organizaciones nacionalsindicalistas, posiblemente debido a que personas no condicionadas por anteriores circunstancias y diferentes actitudes estratégicas están accediendo a los órganos de dirección de aquéllas. En segundo lugar, se está produciendo un incremento de publicaciones serias y de calidad sobre determinados puntos fundamentales del nacionalsindicalismo, lo que constituye una clara muestra del sentimiento de necesaria reflexión y estudio.

VII. CONCLUSIÓN

De todo lo expuesto se deduce que ha de profundizarse tanto en el desarrollo del contenido doctrinal del nacionalsindicalismo como en el mejor conocimiento de su historia, ya que ambas facetas constituyen las dos caras de la misma moneda. Por ello, con la mayor honradez posible y con toda la crudeza que sea necesaria, han de eliminarse las sombras que lo ocultan. Solo la verdad nos hará libre; apliquémosla, pues, sin conclusiones preestablecidas, pero también sin complejos.

Son tantas las cuestiones pendientes que nos encontramos en presencia de una ingente tarea, para la que hay que contar con la colaboración de futuras generaciones. Aunque no creemos en la amenaza de su condena definitiva al desván de la historia, sí resulta evidente la posibilidad del retraso de su conocimiento que, a la postre, puede repercutir de modo significativo en su valoración política y en su utilidad práctica. Difícilmente podrá aspirarse a una mayor presencia nacionalsindicalista en nuestro solar patrio y, por supuesto, a su necesaria difusión por otras tierras —a destacar, por su obvedad, las iberoamericanas (aunque no las únicas)—, si no se procede previamente a una tarea de clarificación.

Mientras no se descorran esos velos, se continuará en tinieblas. ●

LAS REFORMAS NECESARIAS

JUAN DÍEZ NICOLÁS

Académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Catedrático emérito de la Universidad Camilo José Cela (*El Confidencial*)

La experiencia de la vida política española de los últimos 20 años sugiere la urgente necesidad de algunas reformas políticas, aunque muy pocas requieren cambios en la Constitución española de 1978. No se trata de «cambiar de Constitución», sino de hacer los cambios parciales que se consideren necesarios en cada momento, y siempre mediante los procedimientos incluidos en la propia Constitución. Algunos grupos políticos rechazan hacer los cambios poco a poco, cuando lo exigen la necesidad o la conveniencia, porque prefieren esperar a que se acumule la necesidad de muchos cambios, para así poder «chalanear» bajo el principio de «do ut des». Por eso los partidos políticos de mayor peso en las Cortes españolas tienen la obligación moral y política de modificar parcialmente la Constitución de 1978, pues de otro modo nos enfrentaremos a un intento de cambio completo por otra Constitución, que será, como todas las anteriores, la de un partido o ideología, y no la de todos los partidos como ha sido la de 1978, y la única aprobada por referéndum del pueblo español. Hoy eso sería imposible.

El principal objetivo de estas propuestas es que los ocupantes de cargos en las principales estructuras del Estado tengan una probada capacidad profesional y moral para ejercer esos cargos, con la máxima transparencia, con la máxima independencia, y sometidos a los máximos controles y responsabilidad ante la ley. Se pretende además concretar las funciones y competencias de la Jefatura del Estado, así como fortalecer la independencia de cada uno de los tres poderes del Estado, y el control de cada uno de ellos por parte de los otros dos, de acuerdo con las leyes que desarrollen los principios básicos que se establecen a continuación. Es evidente que la reforma descansa en dos factores básicos, la reforma de la Ley Electoral, y la reforma sobre la discusión y aprobación de los Presupuestos Generales del Estado, o dicho de otra forma, potenciar la democracia representativa y la división de poderes, así como reducir el excesivo gasto público y potenciar el control sobre todas las administraciones públicas mediante la obligada rendición de cuentas al electorado. Finalmente, estas propuestas no van dirigidas a ningún partido político en particular, sino a todos ellos, con el fin de que puedan ponerse de acuerdo para cumplir lo que tantas veces han prometido la mayoría de ellos, y sobre todo los que han tenido responsabilidades de gobierno.

De acuerdo con la vigente Constitución de 1978, España está constituida en monarquía parlamentaria, y no, como algunos creen, en monarquía presidencialista. Puesto que algunos invocan el tiempo transcurrido como justificación para hacer cambios constitucionales, se sugiere elaborar una ley orgánica para establecer de manera precisa las funciones de la Corona como institución moderadora, la del Rey como jefe del Estado, y para establecer la igualdad de derechos sucesorios de hombres y mujeres.

La primera y más urgente reforma legislativa es cambiar la Ley Electoral para acomodarse al modelo de distrito unipersonal, imperante en todo el mundo occidental en cualquiera de sus variantes, lo que requiere dividir el territorio nacional en tantos

distritos electorales como escaños existan en el Congreso de los Diputados. Estos distritos serán iguales para elecciones nacionales o autonómicas. Se debe reducir drásticamente el número de diputados autonómicos, que no recibirán una retribución fija, sino solo dietas de asistencia, pero que podrán compatibilizar su cargo con el ejercicio de su profesión. Y se debe reducir la convocatoria de las asambleas o parlamentos de las comunidades autónomas solo a los días estrictamente necesarios para su función legislativa, de manera que pueda haber años que no tengan necesidad de reunirse. Cada distrito electoral nacional o autonómico elegirá solo a un diputado. En las elecciones municipales el número de representantes será proporcional a la población del municipio, pero en ningún caso inferior a 4 ni superior a 20. Y el alcalde será siempre el representante que haya obtenido el mayor número de votos.

Se reformará el Senado para que sea una auténtica cámara de representación territorial. La provincia será en este caso el distrito electoral, y cada provincia tendrá derecho a dos senadores, que serán elegidos por sistema mayoritario igualmente. Las dos ciudades autónomas de Ceuta y Melilla tendrán un solo senador cada una.

Cada candidato a un cargo de elección deberá presentar sus méritos ante la Junta electoral correspondiente, y serán publicados en los medios de comunicación del territorio convocado a votar. Cualquier error o engaño en la relación de méritos será causa de exclusión de las elecciones por parte de la Junta electoral que corresponda. Los cargos electos no podrán acordar el incremento de su propia retribución, sino solo para los representantes que sean elegidos en el siguiente proceso electoral. Los representantes elegidos en cualquier proceso electoral no estarán sometidos a ningún mandato. Cada representante podrá pedir la palabra para intervenir en los debates, sin necesidad de otro permiso que el del presidente de la cámara correspondiente, y su voto será totalmente libre.

Se elaborará, al mismo tiempo que la nueva Ley Electoral, una Ley de Partidos Políticos que garantice su democracia interna, así como sus fuentes de financiación.

Las leyes aprobadas por las Cámaras de las Cortes españolas tendrán siempre prelación sobre cualquier norma de los parlamentos autonómicos o concejos municipales, sin excepción. Los representantes elegidos para los órganos de representación no estarán aforados.

En cuanto al poder ejecutivo, se modificará el título de presidente del Gobierno por el de primer ministro, como en todas las monarquías parlamentarias europeas. Y los presidentes de comunidades autónomas pasarán a denominarse con cualquier título tradicional excepto el de presidente.

El Gobierno no podrá tener una composición superior a 15 carteras ministeriales. Cada Ministerio podrá tener un máximo de un secretario de Estado y dos subsecretarios. Todos los ministros, secretarios de Estado y subsecretarios serán cargos políticos de libre designación por parte del primer ministro, y refrendados por el rey (o reina), pero tendrán que ser examinados y aprobados por un Comité del Senado formado por un representante de cada uno de los grupos parlamentarios que se hayan constituido. Todos los cargos políticos tendrán que hacer una declaración jurada ante notario y ante el Comité del Senado de todos sus bienes y propiedades, así como de los de su familia nuclear (padres, cónyuge o pareja, hijos), y de su relación con empresas o instituciones lucrativas durante los 5 años anteriores a su nombramiento. Cualquier error o engaño en esta información será motivo de cese inmediato en su cargo por

parte del primer ministro. Todos los cargos políticos podrán ejercer su profesión al finalizar su nombramiento, pero no podrán recibir ningún tipo de remuneración de las arcas públicas si reciben algún tipo de compensación pública al cesar en su cargo. Y no podrán tener ningún cargo ni remuneración de cualquier tipo en entidades públicas o privadas que hayan tenido relación con la actividad del cargo que han ocupado. El Comité del Senado que evaluó y aprobó el nombramiento será quien decida si existe o no alguna incompatibilidad como las mencionadas.

Los cargos políticos no tendrán ningún tipo de aforamiento.

Cada Ministerio tendrá un máximo de 10 direcciones generales, y un máximo de cuatro subdirecciones generales por cada DG. Todos estos cargos y los inferiores serán siempre funcionarios que hayan obtenido su plaza mediante concurso público de conocimientos y/o méritos. Se prohíbe el nombramiento de empleados públicos excepto por contrato que especifique la razón y objetivo del contrato, cuya duración no podrá ser superior a un año, y solo renovable por anualidades. Estas contrataciones deberán tener la aprobación de una Comisión de Funcionarios Públicos elegida dentro de cada Ministerio.



El Senado establecerá Comisiones de Investigación ad hoc siempre que lo soliciten al menos 30 representantes o dos grupos parlamentarios, y su composición incluirá dos representantes elegidos por los que hayan solicitado la creación de la Comisión, y otros dos por cada grupo parlamentario constituido al comienzo de la legislatura.

Los ejecutivos de las comunidades autónomas no podrán tener más Consejeros que el número de ministros, secretarios de Estado y subsecretarios del Ejecutivo nacional, y serán considerados cargos políticos. El personal funcionario y no funcionario estará sometido a la misma regulación que el de la Administración central del Estado.

En relación con el poder judicial, solo podrán ser aforados el rey (o reina), el primer ministro o jefe de Gobierno, el presidente del Congreso de los Diputados, el presidente del Senado, el presidente del Tribunal Constitucional, el presidente del Tribunal Supremo y el presidente de la Audiencia Nacional.

Para garantizar su total independencia, los jueces del Tribunal Constitucional, Tribunal Supremo, Consejo Superior del Poder Judicial, Audiencia Nacional y tribunales superiores de Justicia de las comunidades autónomas serán nombrados, sea por el procedimiento que sea, con carácter vitalicio, y solo podrán cesar por dimisión voluntaria o por incapacidad física o mental para ejercer el cargo, evaluada y dictaminada por un Comité nombrado por el Senado (o cámara de representación autonómica) al inicio de su legislatura. Esta es la mejor forma de garantizar su independencia del poder que les haya nombrado. El mismo procedimiento será aplicable a otras instituciones y organismos similares.

Finalmente, todos los cambios anteriores tendrán su repercusión en el debate y aprobación de los Presupuestos Generales del Estado, que serán la exposición clara y detallada del plan político de actuación del Gobierno para el siguiente año fiscal, y por tanto la ley más importante de cada año fiscal. El Gobierno presentará y defenderá en las Cortes españolas los Presupuestos Generales del Estado.

Los PGE establecerán cuales son las unidades administrativas a las que se asignarán dotaciones presupuestarias (todas las anteriormente citadas de los tres poderes del Estado), incluidos y detallados los Organismos Autónomos y otras entidades públicas, que se extinguirán al final de cada ejercicio presupuestario, salvo que los nuevos presupuestos las revaliden.

Se eliminarán de los PGE las subvenciones a partidos políticos, organizaciones sindicales y organizaciones empresariales, y a cualquier organización no gubernamental, fundación, etc., vinculada a partidos políticos, organizaciones sindicales y organizaciones empresariales.

Se eliminará de los PGE cualquier partida presupuestaria destinada a subvencionar medios de comunicación privados, para garantizar la independencia de la información. Por otra parte, y por razones similares, se gestionará la privatización de los medios de comunicación públicos en un plazo no superior a cinco años.

Los representantes elegidos a las dos cámaras de las Cortes Españolas podrán presentar enmiendas y votar personalmente tanto las enmiendas como el conjunto de los PGE, atendiendo solo a su decisión y criterio personal, sin obligación de aceptar otro mandato que el de sus electores.

Al final de cada ejercicio presupuestario, el Gobierno tendrá que rendir cuentas ante las Cortes, o ante el parlamento o asamblea autonómica, de la ejecución del presupuesto, explicando en qué medida se han cumplido los objetivos que se perseguían con cada partida presupuestaria, siempre que lo soliciten al menos 30 representantes en cualquiera de las dos cámaras nacionales (20 representantes en el parlamento o asamblea autonómica) o dos grupos parlamentarios de los constituidos al comienzo de la legislatura.

Insisto en lo que dije al comienzo de este breve artículo. Si los partidos políticos principales se miran al espejo y buscan en las hemerotecas, verán que todo lo que aquí se sugiere ha sido propuesto y defendido por ellos en alguna ocasión. ●

EL OCASO DE LA VIRILIDAD. EL OSCURECIMIENTO DE LO MASCULINO

ARTURO PRETEL PRETEL

Médico

En los años setenta una autora germano-argentina Esther Vilar, publicó un libro de notable éxito de ventas ciertamente provocativo y que hoy en día está en el INDEX de libros políticamente incorrectos. Esta médico y psicóloga se atrevió a publicarlo con el provocador título de *El varón domado* (*Der dressierte mann*). Dejando al margen su limitada calidad como análisis antropológico, pues fue concebido más como un bestseller provocador, su título resume fehacientemente lo que ya se estaba cocinando en esos años con respecto al papel del varón en la sociedad. Hoy en día a este escrito se le podrían añadir otros títulos que lo complementasen. Serían legión los posibles, y habrá que pensar si la autora no ejerció más de futuróloga que de antropóloga.

Yo he elegido, después de muchas dudas, el título de «el ocaso de la virilidad, el oscurecimiento de lo masculino» para este modesto escrito porque me parece que es el reflejo de lo que está pasando en la sociedad occidental en el momento actual y en la sociedad española en particular. Cualquier bienintencionado lector que conozca la historia y trayectoria del medio en que esto se escribe, el rigor intelectual y los valores que sustentan esta publicación, sabrá, de eso estoy seguro, hacer una interpretación correcta, en su estricto y riguroso sentido, del término «virilidad».

Entre otros autores, Erasmo de Rotterdam, en su *Enquiridion* y en sus cartas, nos puede dar muchas de las pistas por dónde puede ir el concepto del término virilidad al que nos referimos: de él deducimos que la virilidad supondría el compendio de valores *propiamente* masculinos que han de adornar al varón en su vida pública, privada y espiritual; que ejerce con nobleza las capacidades específicas de las que está dotado y las pone al servicio de su familia y de la sociedad. El hombre que actúa como el caballero adornado de valores, que protege y quiere a su prole, se preocupa y se desvela por ella y tiene en un altar a la mujer como compendio de virtudes, como igual a sus ojos como lo es a los ojos de Dios y que, en su diferencia, distinción y complementariedad, la hace formar parte indeleble de su vida. Otros pensadores, como los promotores de la masculinidad cristiana inglesa del siglo XIX, Thomas Hughes y C. Kingsley, añadieron a estos valores el patriotismo.

Masculinidad, que significa entrega, sacrificio, afán de superación y deber de protección, de transmisión de valores y de vivencia de éstos. Virilidad, que implica valor, entereza, capacidad de sacrificio y fortaleza. Virilidad, para dar un paso al frente ante la injusticia, ante el agravio, ante el comportamiento irracional e irresponsable, ante el abuso, la vejación y la violencia gratuita ejercida contra otros varones con menos posibilidades o en inferioridad de condiciones, contra las mujeres en ese instinto criminal

que anida en algunas personas y ante los niños, indefensos en tantas cosas y víctimas de hombres y mujeres que no les dan la protección fraternal que merecen.

Esta forma de conducta masculina no solo forma parte de un aprendizaje social y cultural. No es solo un comportamiento con sustrato antropológico. Desde el punto de vista médico se han estudiado bien estas conductas, diferentes que no contrapuestas, en el hombre y la mujer y en biología comparada se han observado comportamientos asimilables en especies con un alto grado de evolución y que forman parte del comportamiento más básico y primitivo de los animales machos. Están, en buena medida, reflejadas en su código genético. También la violencia, el ejercicio más incontrolado de ésta, es una característica del varón. Este ha de saber gobernar y darle sentido, pues esa mayor agresividad física tiene su función: la defensa y la protección.

Bien, por culpa de algunos —si no muchos— hombres que no hacen ley y guía en su vida de estos valores, de los muchos indeseables que ejercen el mal y que en absoluto representan al grueso de la sociedad, se está aprovechando para demonizar y denigrar los comportamientos propiamente masculinos y por ende a la figura del varón, sus comportamientos específicos y la transmisión de valores orgullosamente varoniles.

A todo ello se añade, para complicar las cosas y sacar más aprovechamiento para dividir a la sociedad y combatir la virilidad, la consideración que está alcanzando la homosexualidad en el contexto masculino, intentando establecer una relación directa entre virilidad y homofobia, o como quiera que se quiera llamar.

Es éste, el de homofobia, un término que ha tenido una difusión y un éxito enorme y desproporcionado, ya que se ha instalado en la opinión pública y en el lenguaje común, en un contexto de lenguaje combativo y militante, un claro exponente de los intentos de ingeniería social a través del lenguaje.

Frente a estas expresiones siempre hay que hacerse preguntas y ahondar en su origen y significado. Lo peligroso de estos vocablos es que, a fuerza de no cuestionarlos, de no reflexionar sobre ellos, consiguen escapar a todo escrutinio: están en boca de todos, pero pocos se detienen a estudiarlos con atención. La repetición acrítica de estas palabras cristaliza en creencias intocables.

Porque ¿qué es realmente la homofobia?, ¿qué significa, más allá del significado que se le quieren dar y que usan aquellos que quieren atacar a quienes no son partícipes de la ideología de género y no comparten el papel asignado a la homosexualidad en la construcción de la sociedad?

Desde el punto de vista médico y psicológico no existe una patología registrada como tal que pueda reconocerse en este término, no está definido un trastorno que deba ser identificado y tratado. No es un diagnóstico, no es un trastorno que requiera atención, ayuda o tratamiento. El término homofobia fue utilizado por primera vez por G. Weinberg en 1971 en la revista *Time*, pretendiendo darle el significado de fobia (miedo), odio a los homosexuales y a otros colectivos con comportamientos sexuales distintos. Pero es ampliamente cuestionado en los ambientes científicos y por asociaciones de estudiosos de las diferentes formas de sexualidad, pues carece de todo rigor académico. La importante *National Association for Research & Therapy of Homosexuality* de los Estados Unidos es clara en el análisis de la expresión: «el término define técnicamente a una persona que manifiesta un miedo irracional a la homosexualidad, por lo que el desacuerdo con ésta, por principios, no puede ser denominado homofobia».

No hay más, el resto son construcciones político-ideológicas cargadas de sectarismo que han impregnado muchos e importantes estamentos sociales, educativos, culturales, jurídicos, organizaciones internacionales y por supuesto políticos, en un permanente, constante y perseverante acoso —en este caso sí—, y bombardeo doctrinario.

Por tanto, esta falta de rigor en el uso del término y lo que supone en el sentido en que se está utilizando, ha derivado en una manipulación evidente para estigmatizar y excluir del debate público a cualquiera que exprese, por ejemplo, una vaga defensa de la familia y no digamos ya una oposición a los enfoques de género.



En este contexto hay que extremar las precauciones sin dejar de lado el respeto ineludible a la persona y a su orientación sexual, a sus circunstancias y sus vivencias y rechazar, más que la aceptación del comportamiento, la publicidad y normalización de éste. En otras palabras, hay que actuar con sensibilidad y criterio, no traspasar la línea roja del respeto, pero con una enérgica oposición y rechazo de comportamientos que no entran dentro de la normalidad de la naturaleza humana.

Y hay que hacer una valiente reivindicación de la virilidad y de la masculinidad en todas sus dimensiones. El respeto humano no tiene por qué implicar la aceptación de los intereses ideológicos, ni de los comportamientos masculinos de vivencias distintas de la sexualidad. Cariño todo, discriminación ninguna, pero en absoluto aceptación de la agenda ideológica que los que hacen bandera de estos comportamientos.

Lo mismo sucede con las ideologías que pretenden subvertir el papel de la masculinidad en la sociedad promoviendo otras formas de sexualidad como algo normal, natural y sin cortapisas, hasta el extremo de considerar que su «no acatamiento» y total sometimiento implica, por sí solo, un comportamiento «homóforo» y «machis-

ta». Se acaba así por criminalizar a quien no las comparta, pese a que son formas que no se corresponden con una concepción auténtica de la masculinidad.

La ideología de género está penetrando como lluvia fina en la sociedad y en la conciencia de las nuevas generaciones y, casi sin darse cuenta, hasta en las mismas familias, esos grupos humanos que han transmitido tradicionalmente los valores reales de la masculinidad y la feminidad.

Se están empezando a confundir y a alterar roles que no deberían verse afectados ni cuestionados. Los hombres jóvenes, los adolescentes, están entrando en una fase de su comportamiento difícil y peligroso para el futuro de la virilidad erasmista, hasta el punto de que se pueden ya observar comportamientos al borde del complejo de inferioridad. Se sienten permanentemente observados en sus comportamientos «masculinos» y severamente reprendidos e incluso humillados si los tienen o expresan al margen de lo que se estima «políticamente correcto». No cabe duda que esto va a tener una repercusión muy negativa en el devenir de la sociedad y cuando en el futuro estos hombres tengan que transmitir valores a sus hijos, estos se fijarán más en lo que no se debe hacer que en lo que un hombre debe hacer y representar.

Todo este proceso lleva al oscurecimiento de lo masculino, de sospecha de la masculinidad al considerarla malvada, de evaporación del padre como figura inútil, de hiperfeminización de todo el proceso educativo, con lo que conlleva de mantener al niño en el seno materno, acogedor pero limitativo.

Por eso, el padre actual se enfrenta a un nuevo reto antes desconocido: la necesidad de aunar algunos de los atributos y virtudes de la paternidad, en consonancia con nuestro concepto de virilidad, hoy en muchos ambientes en desuso y denostados pero absolutamente imprescindibles para el correcto ejercicio de la paternidad, como son la autoridad, la fortaleza, la valentía, el dar respaldo y seguridad. Todo ello, con atributos que quizás pasaron a un segundo plano en otros tiempos, pero que son muy necesarios y positivos para el desarrollo equilibrado de los hijos, como la empatía, la afectividad, el cariño, la ternura y la intimidad. Cualidades legítimamente exigibles por la sociedad, la madre y la familia en el contexto actual.

El mejor resumen de lo antedicho viene de la polemista y catedrática María Calvo, defensora de la igualdad entre hombre y mujer, que nos dice: «En la hipermodernidad, la destrucción de la masculinidad implica la evaporación del padre, lo que provoca caos y neurosis social. El hombre, en su máxima expresión, como padre, es un héroe, innombrable e incomprensido, que necesita urgentemente ser revalorizado y readmitido en el ámbito familiar y social. De no hacerlo así, nuestra sociedad y nuestra entera civilización entrará en un proceso de declive y autodestrucción. Pero para ello, nuestro héroe precisa de un aliado indispensable: el sexo femenino».

En suma, es urgente recuperar social y culturalmente la masculinidad. Y para ello, es esencial que la mujer, la sociedad y la cultura, sean capaces de acoger y hacer crecer lo que ofrece una masculinidad auténtica, depurada y enriquecida con estas condiciones que antes hemos señalado.

Está en retirada la auténtica masculinidad y la paternidad con autoridad. Es necesario un esfuerzo, por parte de los encargados de la transmisión correcta de estos valores (educadores, padres, abuelos, etc.) para no crear confusión en el niño y en el adolescente, para que éste viva esos valores y que, con el ejemplo diario, sepa tenerlos presentes.

La ideología dominante, con la inestimable colaboración de los varones descerebrados —que los ha habido, los hay y los habrá siempre, sin ningún género de disculpa y matización—, aprovechará las contradicciones, los malos ejemplos y los malos comportamientos para ahondar en esta visión negativa de la figura del hombre en cualquier contexto y circunstancia.

Pero contra ese varón hemos luchado siempre, siempre la sociedad ha tenido claro que un padre violento y asesino no ha representado nunca a la auténtica masculinidad, como tampoco la madre que abandona a su prole o la mata ha representado a la feminidad.

Basta ya de demonizar, basta ya de acomplejar, basta ya de lo políticamente correcto, de la imposición de ideología de género y del uso de la palabra «homofobia» para la no aceptación respetuosa de comportamientos sexuales que no se tienen por qué compartir.

No es homofobia no compartir los postulados de la ideología de género en sus múltiples vertientes. La progresía y la izquierda en general tiene, como en tantos otros temas, una postura cínica y manipuladora: sus héroes de trapo, como el Che Guevara, Mao y el comunismo en general, han despreciado como desviaciones burguesas la homosexualidad hasta hace nada y han usado campos de concentración y reeducación, sino el paredón, para combatirlos.

Tachar de homófobos a quienes no comparten los postulados de esta izquierda y del progresismo en general sobre la homosexualidad es una argucia insoportablemente maniquea, manipuladora e intransigente.

La postura viril, la del hombre auténtico y responsable, se fundamenta en el apoyo a la persona, en la oposición a la normalización social, en la no aceptación de su inmensa presencia social y en el contundente rechazo a algunas de sus manifestaciones más extremas y ridículas, a veces acompañada con espectáculos obscenos y denigrantes en las calles.

En el fondo y en resumen, creo que el acoso a la virilidad, el oscurecimiento de lo masculino y los intentos de imposición que pretende esta ingeniería social de la aceptación acrítica de la homosexualidad, tienen como objetivo extremo quebrar la confianza entre hombres y mujeres, destruir a la pareja, romper a las familias. Nos necesitan solos, rotos, enfrentados, sin raíces, sin valores. Nos quieren esclavos. Pero, por fortuna, las esencias están vivas y las raíces son sólidas. Hay que seguir ejerciendo en todos los ámbitos la virilidad con responsabilidad y perseverar, con la ayuda de Dios, en la transmisión de valores. ●

ESENCIA, DESTINO, EXISTENCIA Y REALIDAD DE LA PATRIA

JOSÉ LUIS DÍEZ

No es necesario demostrar los predicamentos patrios, ya que, como ente, y cualquier naturaleza es esencialmente ente, se resuelven en todas las concepciones sin añadir nada como naturaleza extraña, sino en cuanto que dice un modo, una modificación de ella misma que su nombre no expresa. Ahora bien, si esa modificación se dice de cada Patria en sí misma, tal modo afirma o niega algo de todo su ser, pero nada se afirma absolutamente de esa Patria, sino lo que esa Patria «es», su naturaleza o lo que normalmente se llama «cosa» (res), que en la terminología ontológica se conoce por esencia, aquello por lo cual un ser es lo que es; y en nuestro caso, la esencia de nuestra Patria es aquello por lo cual su ser se constituye en Patria española diferente a las demás. La esencia de la Patria no es un ideal, porque existe fuera de nuestra mente, individual y concretamente de forma universal, sin despojarse de sus notas indivisibles, necesarias, inmutables e inmortales. La esencia de nuestra Patria está injertada en el tronco de su vieja Historia y vivificada día a día por su savia... Continuar la trayectoria espiritual de su ser, es andar el camino marcado por los siglos pasados para alcanzar el presagio de su destino futuro. Destino quizás el más alto que jamás haya alcanzado Patria alguna, y que fue definido por Ramiro de Maeztu como «la colaboración con Dios en la salvación de las almas»; definición magistral y propia de un mártir que supo entregar su vida por Dios y por la Patria, quien antes de ser fusilado dio su última lección a sus asesinos, afirmándoles: «¡Vosotros no sabéis por qué me matáis! ¡Yo sí sé por qué muero: porque vuestros hijos sean mejores que vosotros!».

Algunos librepensadores, de mentes enanas, argumentarán que ese destino es demasiado alto para una Patria tan pequeña, y nos preguntan incluso ¿a qué mezclar a Dios —si existiera— con algo cuya existencia también es más que dudosa?

A tales pseudointelectuales les transcribo las palabras de otro mártir que ha pasado toda su vida estudiando y escribiendo la historia y el destino de España; «Tenían los españoles del siglo xvi —dice— el convencimiento pleno de que la España había sido escogida por la Providencia divina en el plan histórico de la humanidad, para colocar al mundo entero bajo su cetro, y así poder mantener en todo él la Unidad Católica, supremo ideal del fruto de la redención [...] España era el pueblo escogido por Dios para el mantenimiento del catolicismo en Europa y para su implantación en los países nuevamente conquistados» Así habló el P. Zacarías G. Villada.

Por si acaso hay quien persiste aún en que es un destino demasiado elevado, le ruego lea o relea una vez más a Menéndez Pelayo, a Donoso Cortés, o a Aparisi y Guijarro, o a los Nocedal —Cándido y Ramón—, Rafael Gambra Ciudad, Manuel de Santa Cruz (Alberto Ruiz de Galarreta), por no citar sino a algunos de los más destacados representantes de la España eterna, que vale tanto como decir católica.

Cuando nos encontramos en la encrucijada y en la incertidumbre de las inquietudes que marcan el acontecer actual de nuestra Patria y nos preguntamos sobre el rumbo que ha de seguir España, hemos de contestarnos con la certidumbre de que la orientación de nuestra Patria está marcada, y no por un hombre, ni por un gobierno, ni por los partidos políticos, sino que está señalada por la historia de nuestra Unidad Católica: solamente hemos de asomarnos a ella para caminar en su rumbo y descubrir los siglos de nuestra espiritualidad y grandeza pasada que son el índice que marca la ruta de un porvenir glorioso.

¿Quiere decir esto que hay que volver atrás, desandando el camino recorrido en los últimos tiempos, para colocarnos en el punto aquel en que nos encontrábamos el 6 de diciembre de 1978? De ninguna manera, no; hay que rectificar, pero no retroceder. El tiempo no tiene retroceso ni estancamiento, es como un río, sin marcha atrás, pero al que se le puede corregir su curso.

En su marcha laicista «aconfesional» durante esos últimos años han ocurrido muchas cosas —traiciones, entregas, rupturas, revoluciones religiosas y sociales, fracasos, desuniones, desarrollo de teorías globalizas, sistemas y tácticas sublimadas—, qué han modificado la mentalidad católica de nuestros pueblos, y por ende el ser de la Patria, otrora unida entrañablemente, y que ha sido herido con intenciones separatistas de roturas latentes que acusan situaciones recientes, cuyo motivo aún no solo no han desaparecido sino que son consentidas.

El destino de España no ha cambiado: lo que sí ha cambiado han sido las circunstancias en que éste se ha de realizar. Pero las circunstancias no están para aceptarlas sino para vencerlas, alumbrando con nuestra espiritualidad a restablecer el destino de la Patria, que, aunque disimulado o escondido sigue presente como una de las cuestiones de más peso en nuestras vidas.

Hemos de dar base y nervio espiritual a ese anhelo vehemente que los pueblos sienten de patriotismo que remedie las minúsculas divisiones con que tratan de destrozar a la Patria, en estos últimos tiempos: divulgando y proclamando la existencia de ese destino común espiritual, de mejor condición y más duradero que este otro de la materia, al que la civilización relativista reduce la vida y las actividades humanas al efímero fin de vivir pendiente de las cuentas bancarias, de los vaivenes de la política o de las exigencias del estómago o la bragueta. Convenzamos a nuestros semejantes inmersos, en las modernas sociedades, de que el hombre es para algo más que para pasarse el día sin un acomodo digno, envejeciendo sin futuro y en definitiva inconsciente fundamentalmente del destino de España.

Nuestra Patria tiene su esencia y su destino, y ella lo realizará con nuestro afán incansable de producir y comunicar espiritualidad al mundo, como corresponde a nuestra historia y hasta por nuestro carácter racial. Y es ese destino es el que reclama con urgencia y como suma necesidad no solo España sino el mundo entero, porque se han ensayado, ya sin resultado positivo, en esos años democráticos, todas las demás soluciones: el utilitarismo inglés, la mecánica norteamericana, la ciencia y costumbres francesas, la filosofía alemana, el devenir ruso, la vida regalada de la política improductiva... Y la solución única a la que se ha de volver es a la espiritualidad, y con el ornamento que la compete se nos dará por añadidura todo lo demás.

Eso es lo que da sentido al resurgimiento español: un sentido que está ratificado, y de una manera clara e irrevocable, que no admite rectificación, primeramente, por

la sangre que fecunda nuestro suelo de tantos héroes como cayeron en el campo de batalla y de tantos mártires como fueron sacrificados por defender esos ideales del espiritualismo universalista de España; y, en segundo lugar, por la actitud de nuestros enemigos. Porque nuestra orientación ha de ser lo contrario de lo que éstos piensan, quieren y hacen. Si ellos piensan que la vida no es más que un problema económico, nuestra obra ha de ser elevarlo a categoría de problema espiritual y trascendental; si ellos quieren borrar, la idea de Dios quemando altares, destruyendo templos y profanando imágenes, el destino de España ha de ser llevar a Jesucristo, como Rey Universal, hasta el centro mismo de los pueblos para que él presida y oriente no solo nuestros corazones, sino todas las familias, los pueblos y las naciones; si ellos abrieron bárbaramente el vientre a las doncellas para, matar en su origen la familia y el hogar, la labor de España, entre otras, ha de ser rodear a la mujer de todas las consideraciones que reclama su dignidad, facilitándole el cumplimiento de su trascendente oficio de esposa y de madre.

Y se logrará reconquistando la Catolicidad del Estado con los procedimientos del siglo XXI. Todo esto no lo digo yo, sino os lo dicen mis más ilustres compatriotas, por lo que podemos deducir que el destino de la Patria es la Unidad Católica para la defensa y propagación de la fe otra vez en el mundo, como cuando antaño la mayor gloria de España fue el influjo que tuvo el establecimiento de la fe católica.

Quienes acepten este hermoso destino de la Patria comprenderán cómo el Sagrado Corazón de Jesús pudo prometer al P. Hoyos aquella gran promesa: «Reinaré en España y con más veneración que en otras naciones...». Y así poniendo su fe en el obrar y convencidos de que Dios ha escogido a España para poner un dique a la apostasía oficial de las naciones y para ser el paladín del Estado católico contra la apostasía oficial, comiencen a unirse a los grupos de seglares católicos que, en lucha permanente y si tregua, intentamos la reconquista del Estado católico perdido oficialmente en 1978.

Gracias te doy Patria, por haberme dado un título gratuito, un título que poseo sin la pérdida de energía que supone el esfuerzo de conseguirlo. Gracias por el regalo de ser español, gracias por haberme dado parte de tu ser y coger parte del mío. Gracias porque tus características esenciales han hecho feliz al hombre que soy, y lo que es más importante, Patria, has hecho que mis palabras no osen ofenderte, porque es como si hubieses puesto un juez en mi interior que les da luz verde. Pon también, por añadidura, en mis escritos ese espíritu patriótico, para que pueda expresar cuanto te agrade. Porque yo ¿qué se yo de ti que no me hayas enseñado y mostrado en tu excelsa historia?

Tú eres ¡oh Patria! una y distinta, luminaria esplendorosa que se percibe única y diferente como se siente que las estrellas precisan de la noche. Cuando miro al firmamento, una congoja me invade y mi alma siente la añoranza como nostalgia provocada por la ausencia. Solo sé que eres, apenas si te conozco y paradójicamente te amo.

Patria, también sé que eres idéntica a ti misma, equivalente a esa proporción que nos invita a identificarnos contigo, en esa atracción permanente, impregnada de amor que estimula a amarte con perseverancia, mientras tú, derramando tu misma identidad solamente nos sales al encuentro para absorbernos y empañarnos de tu propio amor patrio, porque quien verdaderamente hace patriotismo no nos engañemos, eres tú, Patria mía. Y es precisamente tu misma identidad la que sale a nuestro encuentro,

aunque te volvamos la espalda y te defraudemos, puesto que precisamente ese busarnos con firme insistencia es propio de tu misma identidad.

Por último, sé que lo visible es sólo una parte de lo real y que tú eres cognoscible porque tienes en tu entraña esa verdad patriótica que todos pueden y deben conocer. Y así cuanto más te conozcan, cuanto más se aperciban de tu verdad mayor será en amor que sentirán los que, orgullosos de ese patriotismo, como más adelante veremos, proclamen con sus actos que, como versaba Emilio Romero, «no hay otra Patria mejor que nuestra Patria, ni credo mejor que nuestro credo, ni pueblo mejor que nuestro pueblo, a no ser que sea más azul y luminoso su cielo», y porque al igual que todo hijo ama a su madre, todo bien nacido ama a su Patria, y yo como español (me atrevo a hablar en nombre de todos los hombres de España) amo a la mía con un amor como el de ningún otro hombre, porque España es quizá la mejor de las Patrias, porque España tiene una Historia como no la tiene ninguna. La Historia España es única en el mundo. Y porque España ha sido y es para Dios.

Llevo, Patria, escribiendo un tiempo y sin embargo no he dicho nada. Quizá haya dicho algo. Quisiera escribir algo tan importante que, para el que lo leyera, fuera fuente de credibilidad. Escribir algo de la sublimidad de tu ser, que los lleve a ti, para que les hagas nacer en sus ojos tus grandezas. ¿Qué escribir para sensibilizar el alma? Me siento incapaz, ¡Oh, Patria!, pero quiero hacer algo por mis compatriotas, porque ¿qué mejor cosa podría hacer que llevarlos a tu amor, para que sintiéndose amados por ti ensalcen tus grandezas? Quisiera decirles: ¡Creed!, pero eso no es suficiente. También podría apuntarles diciendo: Abrid vuestros corazones, vuestras mentes, vuestros espíritus, pero tampoco sé si eso sería suficiente para el encuentro con tu ser, solamente podría asegurarles que no hay encuentro igual. Y cuando esto ocurra sabrían lo mucho que aún debemos hacer por ti para que sigas siendo la que eres, muy a pesar de la antipatria generadora de ruina, quimera, animadversión y destrucción intentando en cada acto tú pasas al no ser, a la nada.

Mi fe de español en la Patria, no es sensiblera ni produce dudas al dejar de sentir, llegando incluso a la seguridad cuando los ojos limpios del espíritu dejan y abandonan su identificación con el ser de la Patria, pues España es un ser real, permanente e inmortal, que regala maternidad. Pero existen otros «paisanos», nacidos en esta piel de toro que tienen dudas de tu existir y sobre todo de tu ser. ¿Cómo disipar las dudas de quienes te representan como una entelequia, una ficción, una irrealidad y un ensueño? Podrán inventar muchas banalidades, imaginar las más audaces trivialidades, incluso conjeturar las sutilezas más disparatas con la agudeza absurda de imputarte el mal, el dolor y la nada; porque el odio es ciego y, aunque tenga ojos, no ve más que tierra y materia. Ahora bien, a pesar de pretender anular y despojar de tu ser todas las características que te hacen diferentes de las demás, para que llegues al no ser, jamás podrán, por mucho que se empeñen, en ocultar la existencia de tu ser. Y ¿por qué? Porque España no solo brilla con su luz propia, con esa luz del ámbito de su ser, que se ve desde lo alto de su cielo puro y azul hasta el más recóndito y escondido paisaje de su geografía, sino porque también los que, odiándote hasta el extremo de negarte y pretender aniquilarte, tratan por todos los medios de desautorizar, anular, suspender y silenciar cualquier prueba de tu existencia, no se dan cuenta de que es exactamente su odio a España es la prueba concluyente que con más fuerza reafirma tu existencia, ya que no se puede odiar lo que no existe.

¡Siempre y tras las nubes sale el sol! Tú eres España, la Patria del sol, tan real como tu propia esencia en el existir diario de tu acontecer histórico.

Podría diluirme contando mucho y largo de tus epopeyas para convencer a los detractores. ¿Verdad, Patria mía? Pero prefiero adentrarme en el alma de tu ser, donde conservas la Historia más grande jamás igualada, una Historia henchida de hechos heroicos, de magnas hazañas y de sucesos grandiosos. Puede afirmarse que su relato es una épica constante, una epopeya ininterrumpida, miles de veces en el restallar de sus armas y miles de veces, también, en el latir de los corazones por nobles causas y por la fe de Cristo, que es orgullo hispano y es sublimidad de nuestra raza. Y, además, es en donde, enraizada a ella, se encuentra la respuesta de tu amor maternal a todos los que te repudian, te desprecian, te relegan y te abandonan desarraigados como mendigos fracasados por su traición, su perjurio y su infamia.

Es precisamente en tu corazón donde radica ese acontecer efervescente y encendido que prende el patriotismo de cuantos acuden a ti preguntándote ¿Quién eres? Y tú das por respuesta la sencillez de tu verdad íntima: «Soy la que existe y tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor, un poco de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados; una mujer por la capacidad de sumisión y entrega, que tiene los años precisos con la energía de una joven cuando ha de trabajar y la madurez de una anciana si ha de reflexionar. Se llorar, sufrir, comprender, dar y recibir. Mi pobreza radica en que entrego con gusto el tesoro de mi amor incluso a cuantos hieren mi corazón con su ingratitud. Ante el lloro de cualquiera de vosotros tengo el vigor suficiente para revestir mi debilidad de hembra con la bravura de un león. Soporto con dolor amargo el que diariamente se me ignore y se me niegue el saludo, incluso por los que otrora entregué el laurel del honor y de la gloria. También aguanto, pacientemente quebrantada, los desmanes y puñaladas de los que desean suprimirme con el silencio y la omisión, dejando deliberadamente pronunciar mi nombre e intentando usurpar mi ser cambiándolo por una servil sustituta muda, ciega y sorda, que ni es ni puede ser la que yo soy, porque su propio vacío es la negación de mi ser como lo es la carencia, la oscuridad, la banalidad, la trivialidad, la insipidez y la chabacanería quimérica de su propia nada. Soy la que, ocultada oficialmente, siempre aflora auténtica, en los momentos precisos, con la misma raza, identidad y blasones. Español, soy tu madre».

La Patria esa empresa común, esa unidad de destino, con todos sus defectos humanos, y con esa tremenda carga potencial que día a día se acrecienta en la aportación de todos los ciudadanos en busca del bien común, de las mayores gestas de justicia y libertad, de orden y paz, de trabajo y bienestar, de unidad permanente entre los hombres y las tierras que formamos esa idea y esa hermosa realidad, cimentada en la mixtura de Catolicidad e Hispanidad, que se llama España. ●

METAPOLÍTICA, DESPUÉS DE UN CUARTO DE SIGLO

ALBERTO BUELA

Filósofo

A pedido de un amigo que hace las veces de discípulo voy a dictar un curso de ocho clases sobre la metapolítica y el disenso como su método. Lo voy a realizar guiado por la sana intención de dar a conocer todo aquello que se realizó en estos últimos veinticinco años.

Cuando en 1995 publiqué por primera vez *¿Qué es metapolítica?* nunca pensé que fuera a tener la difusión que tuvo. Se tradujo a unos cuantos idiomas y fue tomado como texto por autores que estudiaron el tema.

Sostuve allí que en la metapolítica se pueden distinguir tres corrientes principales: a) la del tradicionalismo filosófico a cuya cabeza está Silvano Panuncio, que sostiene que la metapolítica es la metafísica de la política; b) la analítico-hermenéutica de Manfred Ridel, que afirma que no se puede hacer metapolítica sin política; y c) la culturalista de Alain de Benoist, que apoya la tesis que hay que hacer metapolítica sin meterse en política.

En esta casi cuarto de siglo la disciplina avanzó mucho. Siguiendo la saga de Silvano Panuncio aparecieron trabajos importantes y pensadores significativos como Aldo La Fata y Primo Siena. El primero, a solicitud nuestra, nos ayudó a conseguir el primer manuscrito sobre metapolítica: *Metapolítica hoc est Tractatus de Repubblica, Philosophice considerata* cuyo autor era el monje cistreciense Juan Caramuel Lobkowitz nacido en Madrid en 1606 y fallecido en Vigevano (Italia) 1682, de ahí que el Fondo Caramuel se encuentre en esa ciudad de la Lombardía. El texto mencionado es el primero del que se tiene noticias que utiliza el término metapolítica. Texto que fue redactado alrededor de 1650 y que en el Archivo histórico diocesano de Vigevano. Es además, el profesor La Fata, el continuador de la revista *Metapolítica* editada en Roma.

En cuanto al pensador italo-chileno Primo Siena, produjo en estos años un libro liminar *La espada de Perseo* en donde sostiene que una de las tareas de la metapolítica es crítica y desmitificación de la cripto política o la política de logias.

Dentro de la corriente hermenéutica se destacaron en este cuarto de siglo el belga Robert Steukers, el español Javier Esparza y el italiano Carlo Gambescia, como sostenedores de una metapolítica que busque una salida y cambio de la política. Steukers es un incansable trabajador y difusor cultural, su revista *Synergies* una incontrastable muestra de su enjundioso trabajo. Esparza es la cabeza más lúcida de la España actual y su trabajo *Curso general de disidencia* (1997) conserva todo su vigor. En cuanto a Gambescia con libro *Metapolítica: otra visión sobre el poder* (2007) se transformó en un autor de consulta.

Finalmente, la corriente culturalista dio infinidad de pensadores y trabajos sobre la metapolítica. Se pueden consultar con mucho provecho los artículos de Alain de Benoist, Marco Tarchi, Alessandro Campi, Alexander Dugin, Paul Gottfried, Ernesto

Araújo, etc. Esta corriente, seguramente la más productiva, no editó ningún tratado específico. Pero es la que generó el mayor número de trabajos que desde el marxismo salieron a opinar. Así, Alain Badiou en su *Compendio de metapolítica* (2010) va a sostener que metapolítica es una etiqueta para aquellos modos políticos que buscan cambiar las prácticas políticas establecidas. Giacomo Marramao, por su parte afirmará, que la metapolítica tiene la exigencia de identificar tanto en el área de la política mundial, regional como nacional, la diversidad ideológica tratando de convertir dicha diversidad en un concepto de comprensión política.

Desde México apareció desde el ángulo universitario la revista *Metapolítica* dirigida por el profesor César Cansino de corte socialdemócrata, que se puso como objetivo aquel de A. Badiou «reestructurar la cara visible de lo público». Allí mismo me publicaron en el N° 6 de 1998 ¿qué es metapolítica?

En el 2007, con justa razón observó el profesor Carlo Gambescia al comienzo de su libro: «*La metapolítica non e una disciplina accademica. Per quanto ne sappiamo, non esistono, almeno in Italia, cattedre di metapolitica. Senza ombra di dubbio il suo campo di studio rinvia alla filosofia política*».

Pero pasaron catorce años y vemos como en la Universidad de Navarra donde comenzaron a dictarse cursos sobre metapolítica orientados a mostrar que tanto la nueva izquierda como la nueva derecha comparten su preocupación por la metapolítica. Al mismo tiempo que se afirma que las dos ramas de la metapolítica: desmitificar presupuestos políticos y construir comunidades.

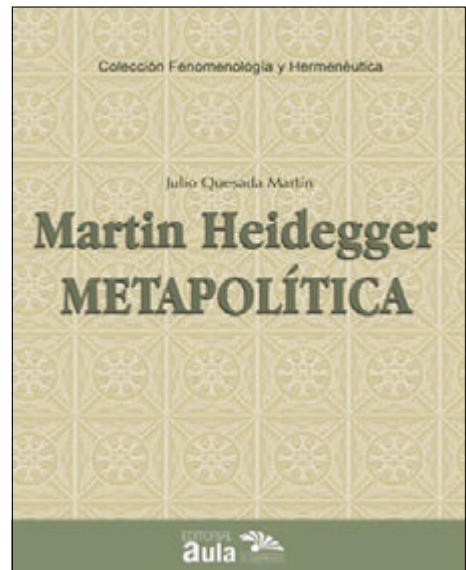
De las universidades iberoamericanas la única experiencia es la que tuvimos oportunidad de realizar en la Universidad de Feria de Santana (Brasil-2013) bajo la dirección del filósofo Nilo Reis. Sería de desear que nuestras universidades imiten el ejemplo, para una mejor comprensión y profundización de la disciplina.

Como rareza académica acaban de salir en Colombia: *Martin Heidegger. Metapolítica: Cuadernos negros (1931-1938)*, Ed. Aula Humanidades, Colombia, 2019.

El lado negativo de la metapolítica apareció también en este cuarto de siglo cuando se reeditó libro de Peter Viereck, *Metapoitics: the roots of the Nazi mind de 1941* (2008), un verdadero dislate en el uso del término. En el mismo sentido podemos caracterizar el libro de Daniel Estulin *Metapolítica: transformación global y guerra de potencias* (2020) que confunde geoestrategia con metapolítica. Han aparecido además varios trabajos que usan el término como una etiqueta o un mero rótulo.

Hoy la metapolítica en tanto que pluridisciplina se abre a un mundo de significaciones que no puede encerrarse en una fórmula, aunque para nosotros la mejor sigue siendo: el estudio de las grandes categorías que condicionan la acción política.

A esta tarea, la forma óptima de acceder es a través del ejercicio del disenso, que no es otra cosa que la capacidad metodológica y existencial de proponer otro sentido



a lo dado y aceptado por el *statu quo* reinante. Como alguna vez dijo el presidente checo Valclav Havel: «El disidente no aspira a cargos oficiales ni busca votos. No trata de agradar al público, solo puede ofrecer su pellejo».

El disenso como método no les está permitido a los observadores del mundo y sus problemas sino a los comprometidos con el mundo y sus problemas. El disenso como acceso más genuino a la metapolítica encierra una dimensión existencial irreductible al libro; exige la acción. Pero ¿qué acción? La acción sobre la política (la *politique*) y no sobre lo político (le *politique*). Esto último, está reservado para la filosofía política como históricamente ha sido.

Esta distinción, vuelta clásica, fue enunciada modernamente por Carl Schmitt, Julien Freund y Cornelius Castoriadis: los griegos inventaron la política como organización de lo político. En tanto que lo político (el poder) se posee o no.

La metapolítica se ocupa fundamentalmente de las categorías políticas y, tangencialmente, puede ocuparse de aquellos grupos o lobbies que ocupan el poder. Esto último lo hace cuando trabaja sobre la criptopolítica.

Así están dadas las cosas en esta neo disciplina, siguen existiendo tres corrientes que la trabajan muy seriamente y algunos intentos universitarios de normalizarla como disciplina académica, al par que varias tentativas espurias de demonización como de endiosamiento, según sean los intereses políticos a los que responden sus autores.

* * *

Me niego rotundamente a clasificar a Alain de Benoist con el rótulo ruin de nueva derecha. Rechazo la clasificación por tres motivos fundamentales. Primero, porque este calificativo insidioso, desnaturaliza su pensamiento, buscando el desprestigio de él mismo; segundo, porque lo conozco desde hace exactamente 40 años y de hombre de derecha no tiene nada. Y tercero, porque su propuesta es culturalista y no política como son los pseudo conceptos de derecha e izquierda. Sostengo que de Benoist es el pensador francés más original de la segunda mitad del siglo xx y lo que va del xxi. Solo es necesario leer sin prejuicios sus casi 110 libros.

En una carta de 1645 al padre Grassendi, el gran objetor de Descartes, cuenta que su madre era de Bohemia y su padre de Luxemburgo: *Matre Bohema et patre Lutzelburgensi natum*. Eran Lorenzo Caramuel y Catalina de Frisia. Un signo evidente que esta disciplina no es tomada en serio, es que aquellos que dicen estudiarla, luego de un cuarto de siglo de actividad siguen afirmando como el francés Octave Larmagnac-Matheron publicado el 12 de abril de 2021 que el primero que usó el término fue Joseph de Maistre y el italiano L. Bazzicalupo que fue Alfred Schlöser. Con estos salvavidas de plomo es muy difícil no hundirse. ●

PROYECTO WELTETHOS

JOSÉ MARÍA MÉNDEZ

Presidente de la Asociación Estudios de Axiología

El Proyecto de una Ética Mundial fue impulsado por Hans Küng desde su cátedra en la Universidad de Tubinga. Küng murió en abril de 2021. Pero su Proyecto venía de lejos y sigue vivo. «En los últimos veinticinco años este Proyecto ha intentado transmitir los valores fundamentales que unen a las personas de todas las naciones y religiones, y ha generado una bibliografía que abarca miles y miles de páginas. Junto a amplias monografías sobre los valores éticos comunes al cristianismo, al judaísmo, al islam, el taoísmo y el confucianismo, así como los cultivados en la espiritualidad del hinduismo, budismo y jainismo, el equipo de Hans Küng ha rastreado dicha convergencia de valores en los ámbitos de la literatura y la filosofía» (Claus Dierksmeier, *Libertad cualitativa*, Herder 1019, pag.502).

Lo más notable de todo es el magro resultado de ese colosal esfuerzo: dos principios formales y cuatro valores con contenido o materia bien definida. (*O.c.* Pag 503).

- 1º principio formal. Regla de Oro. No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti.
- 2º principio formal. Trata a los demás como personas y no como cosas.
- Cuatro valores materiales: veracidad, justicia, compañerismo y voluntad de paz.

De un modo mucho más modesto, la Asociación Estudios de Axiología EdA viene desarrollando, desde su fundación en Madrid en 1988, la misma ambiciosa idea de unos valores éticos válidos para todos los humanos de cualquier país o época.

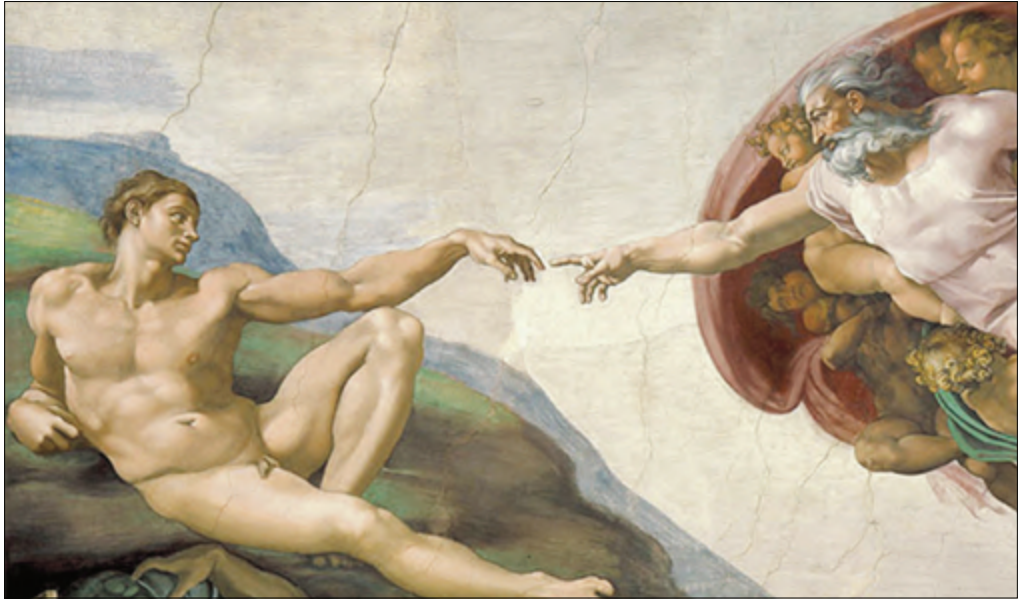
En cuanto al contenido material el resultado del Proyecto Weltethos es bastante más limitado que el de EdA, que propone una Tabla de 18 valores éticos, en donde están incluidos, por supuesto, los cuatro antes citados. Y en la parte general se encuentran también los dos principios formales, con especial hincapié en la Regla de Oro. Digamos, pues, que el contenido del Proyecto EdA contiene, entre otros, los dos principios formales de Weltethos. Y aun se atreve a ampliar los valores materiales de 4 a 18.

Lo más sorprendente es que en el resultado del Proyecto impulsado por Küng falte el valor material que, al menos a mi juicio, es el que primero debiera ser cumplido, porque condiciona a todos los demás, el Respeto a la Naturaleza, vulgo ecología.

Pero esta ausencia no es extraña, dado el método seguido por Küng y su equipo. En efecto, la ecología es muy reciente. Hasta los años sesenta del siglo pasado no se empezó a hablar de la contaminación del medio ambiente. Fue por esa época cuando se tomó conciencia del peligro universal de no respetar la naturaleza.

En medio de los enormes desastres de la Segunda Guerra Mundial, y a pesar de las dos bombas atómicas lanzadas en Japón y ensayos previos, nadie percibió la magnitud del problema ecológico. Sólo cuando comenzó la producción masiva de bienes de amplio consumo en los años sesenta se puso de moda hablar de ecología.

En estricto rigor lógico, si el Proyecto Weltethos hubiera incluido el Respeto a la Naturaleza en su lista de valores coincidentes en las tradiciones religiosas y morales de todos los pueblos, habría cometido un claro fraude intelectual. Según su propio



Miguel Ángel. Capilla Sixtina

método, habría descubierto lo que no existía. Más bien, la brillante ausencia de la ecología en la escueta lista de sólo cuatro valores habla a favor de la honestidad intelectual con que se procedió en el proyecto realizado en la Universidad de Tubinga.

Pero a su vez, esa brillante ausencia nos alerta de que algo pudo estar equivocado en el método mismo seguido por Küng y su equipo.

En efecto, el método seguido por el equipo de Küng fue el propuesto por la doctrina de la Escuela de Frankfurt, que dominaba la escena cultural alemana cuando se hizo esa investigación. La idea central de esta Escuela es que el valor ético surge del consenso universal humano. Se suele hablar también de ética dialógica o procedimental. No se trata sólo de que el método consista en investigar si hay o no consenso universal. Ese método es la consecuencia de una doctrina equivocada. El valor mismo es definido por el consenso universal. El consenso crea el deber ser. Este es el error capital de la Escuela de Frankfurt.

El consenso humano y universal detectado por el Proyecto Weltethos es un hecho de este mundo. Algo que ha sucedido o se comprueba su existencia. Algo que es. Pero el quid de la cuestión estriba en la falacia denunciada por David Hume hace al menos dos siglos: ser \rightarrow deber ser. Si algo es, de ahí no se deriva que deba ser.

Así pues, ¿basta ese consenso universal en 4 valores y 2 reglas generales para que yo lo perciba en lo más íntimo de mi conciencia como una obligación moral, como algo que debo incondicionalmente hacer? ¿O más bien veré ese consenso como una presión social que me viene desde fuera? En efecto, proviene de las personas que me rodean, aunque fuese el de toda la humanidad pasada, presente y aun futura. Será una presión social todo lo fuerte y potente que se quiera, pero siempre será externa a mi conciencia, ajena a lo más íntimo de mi yo. Viene desde fuera, no desde dentro.

Por el contrario, lo distintivo y característico de un verdadero valor ético es que

intima o empuja desde dentro, no desde fuera. Es la percepción directa de un deber ser, que genera en la conciencia la responsabilidad y la culpa. Por eso desde Sócrates y Platón se ha interpretado la voz de la conciencia como una voz que viene de lo alto, no desde este mundo. Por eso Tomás Moro afrontó la muerte sin pestañear, antes que traicionar la sagrada voz de su conciencia. Por eso Sófocles escribió la tragedia de Antígona. De formas diversas todos ellos intuyeron lo mismo, la distancia insalvable desde un es hasta un deber ser.

Hasta mediados del siglo xx no hubo consenso universal en que el Respeto a la Naturaleza era un valor ético. Ahora bien, según la doctrina de la Escuela de Frankfurt, si no existe el consenso, tampoco existe el valor. Y si no existe el valor tampoco existirán las violaciones a ese inexistente valor. La doctrina de la Escuela de Frankfurt se formaliza como valor \leftrightarrow valoración positiva. Por tanto, no hay valoración positiva implica no hay valor. Y si no hay valor, nadie lo puede violar. Por ejemplo, el propietario de un bosque, que ahora nos parecería de indudable valor ecológico, podría quemarlo por el motivo que fuera y sin cometer violación alguna contra la ecología, pues no existía en su tiempo el valor de respetar la naturaleza, ni siquiera la palabra misma ecología.

Pero obviamente el valor del Respeto a la Naturaleza existía como tal antes de 1960. Lo que no existía era la sensibilidad, el reconocimiento y la aceptación de esa obligación moral, la valoración positiva correspondiente. Obviamente, el valor existe con independencia de que se perciba por muchos o por pocos, o incluso por ninguno.

El formidable engaño de la falacia ser \rightarrow deber ser sólo ha podido ser apreciado en toda su envergadura cuando se ha formalizado la lógica. El deber ser se formaliza lo mismo que el Ser necesario. Cfr. mi artículo *La tiranía de los valores*.

En último análisis, la falacia denunciada por Hume es consecuencia de la falacia aún más elemental y profunda posible \rightarrow necesario. Digamos de paso que ésta última es precisamente la falacia en que incurren los infinitos actuales de Cantor, que tanto aman los matemáticos. Cfr. *Patrañas de Cantor y Gödel*, El Imparcial, 22/05/20

Por todo ello, lo decisivo es que los valores y su deber ser vienen de lo alto, de Dios mismo. Por eso es tan cierta la venerable frase la voz de la conciencia es la voz de Dios.

Justamente así comienza axiología del Proyecto EdA. El valor es definido como lo que debe ser, sea o no sea. La intuición intelectual de los valores es vista como un atisbo o destello de las perfecciones divinas. O con la lapidaria frase de Unamuno en su *Diario íntimo*, ser bueno es hacerse divino, porque sólo Dios es bueno.

Antes de que apareciese el ser humano en este mundo ya existían los cuatro valores del Proyecto Weltethos, la Justicia, la Veracidad, la Solidaridad y la Paz, con mayúsculas. Los valores éticos son perfecciones reales de Dios accesibles a nuestra conciencia moral. Lo que faltaba eran entes finitos dotados de racionalidad y capaces de ponerlas en práctica o violarlas. Los valores éticos como tales son anteriores a las valoraciones positivas que luego haga el hombre.

Por otra parte, el Proyecto EdA no se limita a la ética. Comprende además los valores económicos, estéticos y religiosos. Por supuesto, se trata de lo religioso dentro de la razón, pero que conduce de suyo hasta el umbral de la fe: Jesucristo es Dios.

En resumen, y dicho sea con toda honradez intelectual, el Proyecto EdA es más ambicioso como el Proyecto Weltethos, y además no yerra en el método, ni en la definición del valor ético. ●

LA MAREA DE JOSÉ M^a GIRONELLA: UNA VISIÓN CATÓLICA DEL NAZISMO

TOMÁS SALAS

Doctor en Filosofía y Letras y escritor

Es curioso que España sea un país de indudable influencia del catolicismo en su cultura y que, sin embargo, no haya experimentado ese fenómeno de los «escritores católicos» que se da en Francia y en otros países europeos. Pueden citarse los nombres clásicos de Claudel, Mauriac, Bernanos, Chesterton, Belloc, Sigrid Undset... En España, en cambio, tenemos dos extremos: el escritor clerical, normalmente sacerdote (el padre Martín Descalzo) y, por otra parte, el intelectual cristiano, influido, como no puede ser menos, por sus ideas y creencias religiosas, pero que no «ejerce» públicamente —aquí está el matiz diferenciador— como cristiano, al menos no lo hace de una forma muy visible. Algunos de los que engrosan este grupo son grandes nombres de la cultura española (Joan Maragall, Delibes, Jiménez Losantos, Julián Marías, entre otros muchos) o figuras realmente egregias (Zubiri). Se puede añadir otro grupo: aquellos en los que sus creencias se identifican excesivamente con cuestiones ideológicas (Pemán, Maeztu). Si se busca en cualquier manual o artículo información, por ejemplo, de François Mauriac o Gabriel Marcel, no será extraño que comience el texto diciendo «escritor [o pensador] francés católico...». En cambio si se busca a Delibes o a Zubiri, será raro encontrar referencias a sus creencias. ¿A qué se debe este rasgo específico en la cultura hispana? La respuesta a este interrogante escapa a los límites de este artículo. Apunto una posible causa: en España el catolicismo ha estado (subrayo el carácter pasado) tan omnipresente en la cultura y en la vida social, que, al ser tan general, deja de suponer un carácter distintivo.

En este contexto considero digna de atención la novela *La marea* de Gironella, publicada en 1948¹. Su autor es un nombre casi desaparecido hoy de la escena literaria y, sin embargo, en un tiempo fue el autor del que quizá ha sido el primero y uno de los mayores *best sellers* de la literatura española, la trilogía sobre la guerra civil, compuesta por *Los cipreses creen en Dios* (1953), *Un millón de muertos* (1961) y *Ha estallado la paz* (1966). Fue en su tiempo el primer escritor español en tener ventas millonarias y alcanzó un éxito y fama tan fulgurantes como su olvido actual. *Sic transit gloria mundi*. Escrita después de su primera novela, *Un hombre* (1946), ganadora del premio Nadal, y antes de *Los cipreses*, quizá *La marea* sea una de sus obras más desconocidas y menos citada.

¹ Uso la edición de la popular colección Reno, Barcelona, Plaza & Janés, 1980, 9ª ed. La 1ª edición se publica en *Revista de Occidente*. Igual que su primera novela, no tiene demasiado éxito de ventas. Ortega y Gasset le aconseja al autor que viaje, ya que el atraso cultural de España tiene una de sus causas en que los españoles viajamos poco. Gironella se va a vivir a París, donde comienza a trabajar en su famosa trilogía.

Se trata, sin embargo, de una obra singular por varias razones. Aparte de sus aspectos literarios y estilísticos, supone una penetrante comprensión del fenómeno del nacionalsocialismo. Da la sensación la novela de una gran distancia, como si hubiese sido escrita muchos años después y/o por un escritor ajeno a los debates ideológicos de la época. Pero hay que tener en cuenta que su fecha de publicación dista sólo tres años del final de la guerra y de la estrepitosa derrota del nazismo. Además, Gironella se incorpora voluntariamente al bando nacional, aunque no fue nunca una persona bien instalada en el franquismo (pero esa es otra historia).

¿Qué visión podía tener un franquista en los años 40 del nazismo? Hoy la condena de esta ideología es un punto poco discutible, pero si nos situamos en la España vencedora de la guerra civil en los años 40, no es una cuestión tan obvia. El acercamiento diplomático a la Alemania nacionalsocialista, con la gran figura política de Serrano Súñer, el envío a Rusia de la División Azul, el entusiasmo de algunos intelectuales, como Giménez Caballero y de otros que luego evolucionaron². Hay muchos datos que me hacen pensar que no era tan fácil, para un español del bando nacional en los años 40, tener una idea tan clarividente del nazismo, un fenómeno histórico sobre el que tan poca distancia y tan poca perspectiva se podía tener en 1948.

Y el escritor gerundense la tiene. En la novela hay una comprensión profunda de este fenómeno que, a mi entender, por encima de sus valores narrativos y estilísticos, es lo más valioso de la obra.

La narración se articula en torno a tres personajes principales:

Adolfo Stolberg, brillante arquitecto, profesional y personalmente al alza, es el arquetipo del ciudadano bien instalado en la sociedad, que comulga con unos valores que le sirven como escala para ascender socialmente, aunque lo hace sin extremismos, sin marcharse las manos. Lo que hoy llamaríamos un neoconservador. Es el típico ciudadano que nunca se mancharía las manos con la sangre de las víctimas, pero tampoco movería un dedo por salvarlas, si eso supone un riesgo para su vida o su posición. Considera estos crímenes, como efectos secundarios de una causa mayor, como una fatalidad social que no tiene solución.

Su hermano Gustavo Stolberg contrasta fuertemente con él; es más inseguro, más sensible, más artista, poeta y amigo del alcohol. No tiene bien definidas sus ideas políticas y religiosas. Un día entra casualmente en una iglesia (luego se enterará que era católica) y oye a una muchacha que toca a Bach. Aquello abre una nueva perspectiva en su vida. Es como una especie de conversión. Se enamora de aquella joven, Wanda, que es una católica de origen polaco. Ahí se abre una nueva perspectiva para su vida. Desde lo estético va a ir profundizando en lo ético y, al final en lo religioso. Impiden su matrimonio por la deficiente salud de ella y termina muriendo, sacrificada a los experimentos médicos del doctor Paltz. Que traten a su amada como una cobaya de laboratorio provoca en él una verdadera conmoción y un choque con su propia familia. Gustavo va a ir evolucionando espiritualmente hasta convertirse a la fe y en un enemigo del nazismo, hasta el punto de participar en un sabotaje fallido, que intenta dar un golpe de mano dentro del mismo campo nazi.

El tercer elemento de esta tríada es Enna, la esposa de Adolfo, es una mujer bella,

² Entre numerosos ejemplos que podrían aportarse cito al gran médico y humanista Pedro Laín Entralgo, autor de *Los valores morales del Nacionalsindicalismo*, (publicada en 1941, todavía en la euforia del bando vencedor), que luego, como otros compañeros, va a evolucionar a otros horizontes ideológicos (véase su *Descargo de conciencia*, de 1976).

inteligente, ambiciosa; tiene todas las cualidades para escalar puestos en aquel mundo. Convencida de forma lúcida y total de las ideas nazis, sin un atisbo de duda o debilidad. Llega a un alto cargo en la estructura del partido y se convierte en la amante de un importante jerarca nazi, con quien quiere tener un hijo para seguir extendiendo esta raza privilegiada.

Apunto unos cuantos rasgos de la ideología nacionalsocialista que se deducen de la narración.

Primero lo que podemos llamar el *naturalismo*, la valoración de lo físico, lo biológico; la veneración por la salud y la fuerza. La debilidad corporal, la salud deficiente es considerada como una lacra física y moral. La filosofía de Nietzsche sin duda está detrás de estas ideas. Adolfo está obsesionado por la salud, por los ejercicios respiratorios; practica el nudismo. Igualmente Enna, considera el vigor físico con el más importante de los valores. Todos consideran normal que se sacrifique a Wanda, la novia de Gustavo, por su naturaleza enfermiza y débil.

Los intereses del Estado y del Partido (que en esta ideología son los mismos) son los intereses supremos a lo que debe estar supeditado todo lo demás. El valor de la cada vida, sobre todo de los más vulnerables, queda en entredicho; depende en última instancia de los valores supremos del Estado-Partido. El doctor Palt, eminente científico que experimenta fríamente con seres humanos, justifica así, ante su novio Gustavo, el sacrificio de la polaca católica Wanda: «La orden es utilizar, en lo posible, vidas no alemanas»³.

Todo este gran edificio social, político, espiritual, toda este gran proyecto de hombre nuevo y sociedad nueva termina en un gran desastre, no sólo político y militar (la pérdida de una guerra con las enormes consecuencias que eso conlleva), sino personal. El proyecto personal y existencial de cada uno personaje principales se encuentra con un vacío, con un sinsentido que demuestra que tanta fortaleza aparente era una débil apoyatura, que tanta energía, tanta seguridad era un



³ Ed. cit., p. 100.

pobre andamiaje que se derrumba con la primera ráfaga de aire. Adolfo ve como un hombre triunfador como él experimenta la humillación de que su mujer lo abandone abiertamente y que, además, el amante de ella, un gran jerarca nazi, se muestre totalmente indiferente ante este tema, que para él es secundario. Se sume en la ruina psicológica y física y termina su vida de forma dramática. Enna sufre su embarazo y aborto ante la total indiferencia del amante y abandonada de su marido. También su final es trágico.

La raíz del problema es espiritual, religiosa: es cambiar la jerarquía de las cosas y poner a Dios y su Ley en último lugar. La encíclica de Pío XI *Mit Brenneder Sorge*, publicada en 1937 (cuando todo este proceso está en sus inicios, lo que la convierte en una profecía) deja claro que:

Si la raza o el pueblo, si el Estado [...] tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto, con todo, quien los arranca de esta escala de valores terrenales elevándolos a suprema norma de todo, aun de los valores religiosos, y, divinizándolos con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios (párrafo 12).

El mítico y todopoderoso Estado-Nación-Partido no puede sustituir a Dios:

Solamente espíritus superficiales pueden caer en el error de hablar de un Dios nacional, de una religión nacional, y emprender la loca tarea de aprisionar en los límites de un pueblo solo, en la estrechez étnica de una sola raza, a Dios, creador del mundo, rey y legislador de los pueblos (15).

El papa Rati, con su vista de águila, habla de un «neopaganismo» (17), basado en «el mito de la sangre y de la raza» (20).

Hay una escena en la novela que indica cuál es la clave del problema espiritual que se plantea. Gustavo enloquece cuando sabe a que su amada la han sacrificado con fines científicos («ha sido abierta en canal por el doctor Paltz, luego la han incinerado»⁴). Tiene una tensa discusión con su familia y, en especial, con su cuñada Enna, que es una nazi químicamente pura. Adolfo, equidistante, le dice a su mujer: «En el fondo tu clasificas las vidas en superiores e inferiores...»⁵. Ella reconoce que esto es cierto. Gustavo, conteniendo su cólera, pregunta a Enna por qué han elegido a Wanda y no a otro, cómo se clasifica a las personas en superiores inferiores. «¿Quién —exclama Gustavo— es el Clasificador Universal?»⁶. Esta pregunta deja al descubierto la falta de fundamento de esta ideología demente. Lo que sostiene a este edificio no es más que un simple voluntarismo humano, en realidad arbitrario. Si hay un fundamento es trascendente; si hay un Clasificador Universal, es Dios.

Desconozco si Gironella ha leído estos textos magisteriales (lo que no es improbable), pero su óptica está impregnada de estas ideas. No escribe, desde luego, una novela de tesis católica donde haya buenos y malos y los segundos se condenan; es algo más: una novela que se hace desde el punto de vista católico, comprendiendo el problema en toda su profundidad, con una gran amplitud de miras histórica y espiritual; es decir, comprendiéndolo, en última instancia, en su dimensión religiosa. ●

⁴ *Ed. cit.*, p. 102.

⁵ *Ed. cit.*, p. 103.

⁶ *Ibid.*

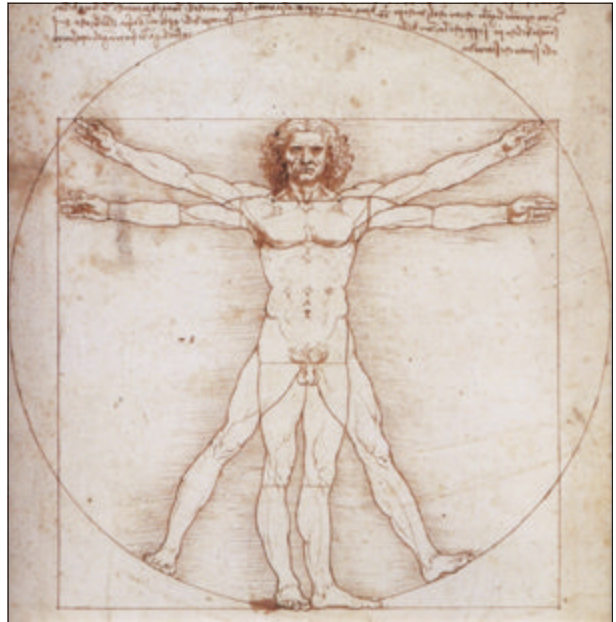
LA VIRTUALIDAD

ENRIQUE DEL PINO

Ortega escribió que el teatro tenía la virtud, entre otras, de ser un sitio «al que había que ir». De haber vivido en nuestros días es probable que hubiese cambiado de parecer, pero para su tiempo, pienso, llevaba razón, muchísima razón. Y diré por qué.

Cuando los griegos se preguntaron qué eran las cosas contaron con una ayuda inestimable: les bastó abrir los ojos, aguzar el oído o adelantar la mano para responderse. Pronto cayeron en la cuenta de que para aprehender la realidad solo tenían que ir a las cosas, que siempre estaban donde tenían que estar, que era el mundo. Con esta simpleza argumental fabricaron un sistema tan atrevido que nos sirvió para el pensamiento de Occidente durante muchos siglos. Pero un día observaron que no todas estaban al alcance de los dedos, que las había inasibles, volátiles, sutiles, que no se dejaban tratar. Entonces apareció Dios. El Hombre, naturalmente, siguió yendo a las cosas, pero ahora en su doble condición, con los sentidos del cuerpo y con los del alma. Y así cabalgamos unos siglos más. El sistema era tan sólido que hacía falta un poderoso impulso para tambalearlo.

Entonces llegó el siglo XVII. Algunos atrevidos pensaron que, en vez de ir el Hombre a las cosas, ya fueran cotidianas o místicas, era mucho más atractivo dedicarse a entender al que durante tanto tiempo había hecho ese trabajo, es decir el que iba a las cosas. Esto quiere decir el sujeto que por su sola naturaleza disponía de entendimiento suficiente para realizar ese viaje. Desde entonces las cosas dejaron de tener sentido objetivo y fueron relevadas por el conocimiento agente del que las pensaba. A ese trastocamiento se llamó razón y fue tanto su éxito que proveyó de energía a los que en su tiempo tenían por oficio pensar. Ya no fue necesario ir a las cosas, ni que esos pensadores se prodigarán. Aconteció, desde entonces, que para que la cosa llamada realidad tuviera encaje en los sistemas al uso bastaba con ejercer una tiranía más o menos reglada, que pronto se llamó de la diosa Razón. Pero eso iba a durar poco. Un par de siglos, más o menos, pues al acabarse el XIX y dar los pri-



«El hombre de Vitrubio». Leonardo da Vinci

meros vagidos el xx aparecieron cerebros portentosos que se dedicaron a inventar cosas nuevas, nunca vistas ni oídas, y de tal naturaleza y pretensión que cambiaron los esquemas de la mayor parte de los cerebros que se habían dedicado horas y horas a estudiar el devenir de la realidad.

En los últimos doscientos años, siempre más o menos, se produjo la revolucionaria novedad de trasladar las cosas al flamante escenario que las convertía en «irreales»; es decir, que aquellas infinitas realidades que los griegos estimaron susceptibles de ser idas, dejaron de serlo. Por decirlo de otra manera; en vez de ir a las cosas estas iban a ser las que vinieran a nosotros. Para que esto fuera así, y no de otra manera, se descubrieron las aplicaciones de la electricidad, el furor de la imagen, el acortamiento de las distancias en todos los órdenes, la comunicación activa a través de los medios, el trabajo en casa y, ya modernamente, el envenenamiento de los sentidos por mor de llevar en el bolsillo uno de esos minúsculos aparatos que te enseñan de todo, hasta cómo dejarlos en la mesita de noche, si hace al caso.

Por supuesto que a todo eso se llama progreso. Tanto que hoy ya es posible no tener que ir a las cosas, sino que sean estas las que vengan a nosotros. Se compra y se vende por teléfono, se va a los museos por televisión, al fútbol pagando, se come en comprimidos, se beben porquerías y se va a la misa a través de una pantalla. Como era de prever, los espacios donde se instalaban las cosas se van reduciendo: los cines son cada vez más pequeños, los parques más acotados, los discursos más breves, la realidad más escasa. Aún quedan en pie los dinosaurios monumentos del pasado, pero es seguro que irán cayendo, pues todo lo que no es virtual es mentira.

Pero esto no es el final, ni siquiera una parte intermedia. La virtualidad será sustituida por el escapismo y la velocidad. El Hombre (y la mujer, probablemente sin concurso de las afganas) sabrá a corto plazo que para tener conocimientos de las cosas lo mejor será huir de ellas, dejarlas donde quiera que estén, y tomar las de Villadiego a 1.000, 2.000 o 3.000 kilómetros por hora. O a muchos más, si entiende que su futuro está en Marte o alguno de los satélites del cosmos.

Sí, Ortega hubiese cambiado su habitual capacidad de análisis con solo haber pasado del año cincuenta y cinco. Mis respetos a su genio. Quiero decir a su memoria. ●

DIGRESIONES HISTÓRICAS

Pío MoA

Historiador

La izquierda y la cultura

La identificación de la izquierda con la cultura ha sido uno de los clichés propagandísticos que más éxito han tenido ya desde mediados de los años 60. Según esa versión, el aspecto más característico de la república en su fase izquierdista habría sido su extraordinario florecimiento cultural y el intenso afán de sus gobernantes por elevar el nivel cultural de las masas.

«República de los profesores» se la ha llamado, para destacar su alto nivel intelectual combinado con una cierta ingenuidad política que le habría impedido actuar más decididamente contra la «reacción». Ésta, por contraste, representaba el oscurantismo, «la caverna», y bien se vería durante la guerra civil, cuando la casi totalidad de los intelectuales habría optado por el bando izquierdista, debiendo luego exiliarse, al perder la guerra ante la fuerza bruta, quedando así España convertida en un «erial» o un «páramo» cultural.

Teniendo en cuenta que los hechos distan muchísimo de abonar tal estereotipo, su éxito es realmente asombroso. Durante la república hubo un notable florecimiento cultural, pero nada debía a aquel régimen, pues simplemente continuaba el que vivía España desde finales del siglo XIX. En la república coincidieron, en plena creatividad, las llamadas generaciones del 98, del 14 y del 27 (de la dictadura, podríamos decir). Otra cosa es que en amplios medios intelectuales —aunque no en todos, desde luego— la república fuera saludada con entusiasmo. Un entusiasmo que decayó rápidamente en los años siguientes.

La primera y temprana indicación sobre el concepto de cultura de los republicanos fue la llamada quema de conventos, que no fue sólo de conventos, como se dice, ocultando su vertiente directamente cultural, pues también fueron reducidas a cenizas varias de las bibliotecas más importantes de España, laboratorios, escuelas y trabajos de investigación muy valiosos, sin contar invalorable joyas del arte. El propio Vidarte, socialista y masón distinguido, cuenta cómo, con motivo de la insurrección de octubre del 34, aconsejó a algunos seguidores que no perdieran el tiempo en destruir magníficas obras artísticas, como habían hecho en 1931. Según todos los indicios, la oleada de incendios partió de los republicanos más exaltados del Ateneo de Madrid. Aparte de la conocida reacción de Azaña, debe subrayarse, además, que la izquierda en general se identificó implícitamente con las turbas de fanáticos autores de aquellos desmanes criminales, al atribuir éstos al «pueblo». Pues las izquierdas se proclamaban, sin más averiguaciones, representantes privilegiadas del «pueblo».

Y es cierto que una de las deficiencias de la Restauración había sido su escasa atención a la instrucción pública y que, en ese sentido, los republicanos hicieron un esfuerzo indudable. Pero ese esfuerzo tuvo tres graves limitaciones, pocas veces mencionadas: en primer lugar, los recursos dedicados a instrucción pública (577 millones de pesetas en el primer bienio), aunque mayores que antes, seguían siendo mediocres,

manteniéndose proporcionalmente entre los más bajos de Europa, como señala S. Payne (se construyeron algo más de 5.000 escuelas no las 13.000 de la propaganda). Otro fallo fue la improvisación de miles de maestros mediante cursillos demasiado rápidos. Esos maestros eran a menudo menos expertos que politizados, y concebían su tarea como una especie de adoctrinamiento en sentido izquierdista. Un tercer error, producto del sectarismo, y que neutralizaba en buena medida los otros avances, fue la prohibición de la enseñanza a las órdenes religiosas, obstaculizando o cerrando centros de gran solera y prestigio, como el único centro español dedicado a la enseñanza de las ciencias económicas, en la universidad de Deusto. Con todo esto, está claro que la tan elogiada revolución cultural de la república no pasa de ser una entelequia. En cuanto al segundo bienio, de centro derecha, también tradicionalmente motejado de oscurantista, aumentó notablemente los presupuestos de enseñanza, que pasaron a 685 millones, y la construcción de escuelas continuó prácticamente al mismo ritmo.

Puede añadirse que durante la insurrección de octubre de 1934, principio real de la guerra civil, fue volada, entre otras obras de arte, una de las joyas europeas del románico, así como la valiosísima biblioteca de la universidad de Oviedo, o incendiado el palacio de Salazar, en Portugalete, que albergaba un verdadero museo de pinturas y una gran biblioteca.

Dejaré aquí de lado las terribles destrucciones y saqueos del patrimonio histórico y artístico español (bibliotecas, archivos, pinturas, esculturas, edificios...) durante la guerra, y señalaré, una vez más, la falsedad de que entonces la intelectualidad casi en pleno se volcase del lado del Frente Popular. En realidad, como en otros ámbitos, la intelectualidad se dividió prácticamente por la mitad. Merece la pena reseñar que los más destacados intelectuales catalanes y vascos (Pla, D'Ors, Valls Teberner, Unamuno, Maeztu, Baroja, etc.) se inclinaron por el bando de Franco, pero especialmente significativa fue la reacción de los «padres espirituales de la república», así llamados por el peso de su opinión en la formación de la opinión pública republicana en 1930: Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala, Antonio Machado o Unamuno. Sólo Machado defendió al Frente Popular, llegando a elogiar la pistola de Lister por encima de su propia labor literaria. En cuanto a los demás, Marañón escribiría las palabras más acerbas contra los republicanos, a quienes trata de «cretinos criminales», y de «bellacos»: «Horroriza pensar que esta cuadrilla hubiera podido hacerse dueña de España. Sin quererlo siento que estoy lleno de resquicios por donde me entra el odio, que nunca conocí». Pérez de Ayala los trata de «desalmados mentecatos», cuyo «crimen, cobardía y bajeza nunca hubiera podido imaginar». Ortega fustigaba a los intelectuales extranjeros, que, ignorando todo o casi todo de España, se solidarizaban con el Frente Popular, desacreditando la función del pensamiento. Unamuno fulminó contra el bando izquierdista, y aunque con el paso de los meses tuvo su célebre enfrentamiento con los falangistas, mantuvo su condena frontal a aquél.

En cuanto al supuesto erial de la posguerra, otro tópico por el estilo, ha sido desmentido eficaz y repetidamente por Julián Marías y otros. No hubo tal páramo cultural, sino el empeño, bastante exitoso hasta hoy, de las izquierdas por ocultar y borrar la cultura de entonces, desde luego muy valiosa. Lo más llamativo es que la condena a la cultura de aquella época no se hace desde un apabullante florecimiento intelectual, sino desde la mediocridad más ramplona. Pero, gracias a la repetición y a un cierto griterío, el tópico ha terminado por imponerse en buena medida.

En la lamentable realidad, nadie ha incendiado más bibliotecas, más centros de cultura, más obras de arte, nadie ha destruido más patrimonio artístico e histórico español que esos partidos y grupos que se presentan como apóstoles de la cultura. Su balance es estremecedor, pero no impide que hablen alto y con autoridad, y acusando a los demás a troche y moche. ¡En qué país estamos!

Alcalá-Zamora y Largo Caballero

Largo había preparado la guerra civil en 1934. En 1936 aspiraba a aplicar su programa revolucionario mediante el acoso al gobierno de su aliado Azaña, para sustituirle sin riesgo de una nueva insurrección. Nada de lo último habría podido hacer si Alcalá-Zamora no le hubiera abierto el camino.

En abril de 1936, el Parlamento dominado por las izquierdas destituyó a Alcalá-Zamora de la presidencia de la república. En sus *Memorias* el así depuesto escribe: «El voto para mí más doloroso y sorprendente fue el de Besteiro. Enfermo en cama y de algún cuidado, me enviaba recados a diario aconsejándome y rogándome que sufriera todas las vilezas, injusticias y amenazas sin dimitir, pues mi presencia en la jefatura del Estado era indispensable para el país, la República y la libertad. Se levantó con riesgo de su salud para ir a votar destituyéndome. De un hombre con otra ética y seriedad menor habría tenido que sospechar, ante conducta de tamaña contradicción, una burla de pésimo gusto. En Besteiro esto era inconcebible: sus recados eran sinceros y su voto fue coaccionado por la invocación a la férrea disciplina de partido».

Episodios como éste muestran la actitud de lo que algunos han querido llamar una «tercera España», opuesta a la supuesta furia fratricida de las otras dos. Sin embargo, se trata de un espejismo. Las figuras de Besteiro y de Alcalá-Zamora no son fácilmente asimilables, y lo que tienen en común es una extraordinaria debilidad política y en parte también moral. Besteiro es, desde luego, la figura más noble y moderada de la izquierda de aquellos años, único dirigente de primera fila opuesto a la aventura bolchevique de 1934, y después al extremismo persistente en el partido. Pero no fue capaz de obrar con resolución frente a quienes vulneraban las normas internas del partido, a las que él se sometía en cambio, guiado por un escrúpulo moral probablemente excesivo en tales circunstancias. Cuando fracasó la revolución de octubre del 34, tuvo la ocasión de imponer en el PSOE una línea democrática, pues la desastrosa experiencia había demostrado a qué podían conducir aquellas aventuras. Pero fue inmediatamente rebasado por una feroz campaña que le presentaba como cómplice del terror derechista contra los insurrectos, un terror en gran parte inventado o enormemente exagerado. Cayó en la trampa y se puso a colaborar «contra la represión», perdiendo su oportunidad, aunque debe admitirse la dificultad de aprovecharla, ante el clima de exacerbado sentimentalismo creado en torno al inventado «terror».

Y en 1936, después del triunfo del Frente Popular, ni él ni Alcalá-Zamora tenían la menor fuerza para oponerse al triunfante impulso revolucionario de las izquierdas, a sus «vilezas, injusticias y amenazas». Ciertamente, en aquellas circunstancias Alcalá-Zamora representaba un factor de moderación, que las izquierdas querían eliminar, destituyéndolo. Y así lo hicieron, arrastrando incluso a Besteiro, sumiso a la disciplina de partido pese a su muy clara visión de que aquella destitución constituía una nueva y larga zancada hacia la guerra civil. Pero si a Besteiro, con todo, no puede considerár-

sele en absoluto responsable de la guerra, habiendo actuado más bien como Casandra, ocurre algo muy distinto con Alcalá-Zamora.

Un aspecto profundamente ilegítimo de la destitución de éste es que las izquierdas liquidaban políticamente a su máximo benefactor, a quien les había facilitado la victoria electoral. La otra cara de la moneda era que el citado había abierto las puertas a la revolución, y la había abierto siendo él mismo católico y conservador. En octubre del 34, las izquierdas habían intentado en vano expulsar y aplastar a la derecha, pero fue él quien redondeó la faena. Para ello usó sus prerrogativas constitucionales de manera arbitraria y a duras penas legal, y, primero, redujo a cenizas al moderado partido de Lerroux, y a continuación expulsó del poder a la también moderada CEDA, cortando por la mitad su periodo de gobierno e impidiéndole aplicar ninguna de sus medidas, bien enfocadas en general, para superar la crisis del momento. Y lo hizo con dos designios completamente irrealistas: el de aprovechar los votos del partido de Lerroux, a quien había contribuido a destruir políticamente, para formar un nuevo partido de centro orientado por él, y el de congraciarse con las izquierdas. Lo último respondía a un prurito de «católico progresista», a quien horrorizaba ser tachado de «reaccionario», debilidad bien conocida y explotada por las izquierdas, que no cesaban de obsequiarle con tal adjetivo.

Nada logró. El nuevo partido de centro, improvisado por su agente Portela Valladares, se hundió en las elecciones de febrero del 36, y las izquierdas concibieron el más profundo de los desprecios hacia su oficioso benefactor. La obsequiosidad del presidente hacia las izquierdas es tanto más asombrosa cuanto que éstas no disimulaban en lo más mínimo sus intenciones. Largo Caballero, líder máximo de la revolución de octubre del 34, y absuelto en el juicio por una justicia extravagante, había salido de la cárcel reafirmando en todas las ideas que le habían llevado a intentar la guerra civil, y volviendo a convertirse en el hombre más popular de las izquierdas, «el Lenin español». Y desde él hasta Azaña, toda la izquierda se volcaba en la campaña sobre el supuesto terror derechista en Asturias, eje de toda su propaganda y de la unión política que dio lugar al Frente Popular. El programa de éste, a menudo presentado como democrático y moderado, simplemente porque no llegaba a propugnar la revolución obrerista, perseguía excluir para siempre a la derecha del poder, y tenía un contenido abiertamente revanchista contra quienes, en octubre del 34, habían defendido la legalidad republicana y la democracia.

Alcalá-Zamora se había mostrado en extremo riguroso ante cualquier atisbo de vulneración legal por parte de la derecha, pero, al ganar el Frente Popular, adoptó una línea de sometimiento, sin bien resentido y con protestas menores, de las que Azaña se burlaba, humillándole sin reparo en los consejos de ministros, como señala el mismo alcaláino. Y así durante un mes y medio, hasta que le dieron el puntapié definitivo. En cierto sentido le hicieron un favor: abreviaron sus sufrimientos y humillaciones y le alejaron en apariencia de la responsabilidad por la reanudación de la guerra en julio.

Largo había preparado, insistamos en que textual y deliberadamente, la guerra civil en 1934. En 1936 aspiraba a aplicar su programa revolucionario mediante el acoso al gobierno de su aliado Azaña, para sustituirle sin riesgo de una nueva insurrección. Nada de lo último habría podido hacer si Alcalá-Zamora no le hubiera abierto el camino. Éste, en sus memorias, muestra una actitud casi amistosa hacia Largo, pero el líder socialista lo trata con el mayor desdén: «Fue doblemente traidor, a la Monarquía y a la República». ●

LIBROS

EL SUEÑO DE LA DEMOCRACIA ORGÁNICA

Sergio Fernández Riquelme

SND Editores, 576 pág.

El concepto de Democracia Orgánica se comprende fácilmente por su opuesto, que es bien conocido y de sobra padecido, el concepto de Democracia Inorgánica. En la Democracia Inorgánica vivimos hoy, esto es, bajo el modelo liberal en el cual predomina una metafísica nominalista (léase materialista) en donde un individuo es un voto, y el mero agregado de individuos es la sociedad misma y aun el Estado. El Parlamento se entiende como el centro de la «demogresca» (pidiendo prestada la palabra a don Juan Manuel de Prada) protagonizada por los partidos políticos, negociados de la izquierda o la derecha que, sustancialmente, representan la comedia de una lucha, de una «dialéctica» de palabrería, que en el fondo es la cortina de humo que esconde el poder realmente vigente en todo régimen liberal: el poder plutocrático.



Sin embargo, otras formas de gobierno y, más concisamente, otras formas de representatividad democrática son concebibles. Hay un elenco nutrido y olvidado de teóricos españoles que se esforzaron por desarrollar un modelo más orgánico o corporativo de la Democracia, un modelo que excluyera o al menos minimizara el hoy plúmbeo peso de la «partitocracia». No deben los partidos políticos vampirizar la sociedad de tal manera que ellos sean los únicos cauces para participar en la vida pública. Otros sectores, estamentos, instituciones y grupos orgánicamente esenciales pueden contar con voz propia e independiente en la vertebración del Estado y en la canalización de la participación. Otros marcos electivos y ámbitos de trabajo político-social, al margen de la dictadura partidista, pueden y deben articularse, y aquí el trabajo del profesor Sergio Fernández Riquelme es ejemplar, esencial y enriquecedor para conocerlos.

Don Sergio hace suya, me parece, la tesis del pensador don Gonzalo Fernández de la Mora: la «Democracia Orgánica» y el «corporativismo» son modelos de llevar a cabo la participación, la representatividad y la vida articulada del Estado absolutamente neutros en su coloración ideológica. Hubo, y puede haber, modelos orgánico-corporativos de izquierda tanto como de derecha. Cuando el ignorante apóstol de la democracia liberal y de la demogresca partidista sonríe burlón ante el «apellido» de «orgánica» dado a la democracia, con las resonancias franquistas que tal apellido ha adquirido, deberíamos recordarle entre todos (al menos todos cuantos nos hemos ilustrado con este libro) que hubo teóricos krausistas y socialistas situados en la izquierda ideológica previa a la Guerra Civil. Deberíamos recordarle que no fue única ni exclusivamente el Fascismo italiano o el nacionalcatolicismo de Franco quienes desarrollaron la idea corporativa y organicista de la Democracia. Antes de la Guerra de España, a izquierda y derecha se sembraron proyectos y propuestas de organización no partitocrática del

Estado, la mayoría no desarrolladas o simplemente esbozadas. Incluso en el ámbito estrictamente laboral, la idea de una sindicación «no de clase», esto es, basada a priori en el conflicto, gozó de prestigio como espacio para la resolución unitaria de las dificultades entre empleados y empleadores, y ello al margen de concepciones fascistas o totalitarias.

Con todo, me parece que las figuras más atractivas y profundas de la Democracia Orgánica se vincularon al campo «conservador» y al «tradicionalista». Da la impresión de que la propia Guerra radicalizó a los teóricos izquierdistas, llevándolos como por un huracán hacia la estrategia clasista, esto es, a la perspectiva de la «lucha de clases» y no a la del Bien común. Las figuras, entre otros, de Ramiro de Maeztu, Eduardo Aunós, Ángel López-Amo, y el propio Gonzalo Fernández de la Mora, a quien Sergio dedica el libro y de quien se siente deudor, son figuras muy destacables, aunque no las únicas tratadas de forma didáctica y exhaustiva.

Para disipar confusiones e imaginar democracias más allá de los populismos radicales de izquierda o de las pantomimas liberales, este libro es imprescindible. Ojalá sirva, también, para animar a recopilar antologías y hacer reediciones de las obras de unos teóricos que debemos estudiar de nuevo, con ánimo reformista y patriótico, pues la Democracia Inorgánica de 1978 nos está ya hundiendo en el fango, y otras Democracias hubieran sido posibles una vez fallecido Franco.

Sergio Fernández Riquelme es historiador, doctor en sociología y profesor titular de Universidad. Autor de *España soberana*, es también escritor compulsivo sobre la Historia más contemporánea, prolífico ensayista a contracorriente y colaborador desinteresado en numerosos medios.

Carlos Blanco (*Tradición Viva*)

RAZA. La novela escrita por Francisco Franco
Francisco Torres García
 SND Editores, 2021, 606 pág.

80 años después de su creación, el profesor Francisco Torres aborda, en este ensayo histórico, el producto cultural RAZA (la novela escrita por Francisco Franco y la película de Sáenz de Heredia). Historia, hechos, cultura, cine e ideología se entremezclan para retratar una mentalidad individual pero también colectiva.

Lo hace desmontando las tesis de la vulgata antifranquista para sumergirnos tanto en el proceso de creación de la obra, en sus bases históricas e ideológicas, como en el análisis contextual de la misma. Traza con su estilo habitual, preciso, documentado y valiente, una novedosa forma de aproximarnos a la biografía política y personal de Franco en una foto fija hecha entre el final de la Guerra Civil y la difícil coyuntura de 1940-1941, en la que se fijan los principios comunes de la España



que le convirtió en su caudillo. RAZA se nos muestra como lo que es: la expresión del pensamiento, de los elementos claves de su cosmovisión, de unas raíces ideológicas a las que el autor fue fiel toda su vida.

Por vez primera, tenemos todas las claves encerradas por el Generalísimo en una novela/película que, erróneamente, se ha presentado como una biografía encubierta, cuando es el retrato de una generación, de una España y de quienes lucharon bajo su mando. La conclusión es rotunda: para entender a Franco hay que saber leer RAZA.

Francisco Torres García, es historiador y articulista, catedrático de Instituto, profesor de Enseñanza Secundaria, Licenciado en Letras por la Universidad de Murcia en la división de Geografía e Historia.

Es uno de los más destacados especialistas en la historia de la División Azul y ha centrado su investigación en las etapas más recientes de la España contemporánea. Apasionado del cine también ha dedicado algunos trabajos al mismo.

Ha publicado numerosos artículos en revistas de divulgación e investigación histórica como *Aportes*, *Historia 16*, *Historia y Vida* o *Clío*, participando en diversos congresos con ponencias y comunicaciones. A lo largo del año pronuncia numerosas conferencias de temática variada y es reclamado como prologuista de novelas y otros trabajos.

Como analista político, es habitual encontrar sus artículos en medios impresos y digitales como *La Nación*, *Fuerza Nueva*, *Diario Ya*, *Sierra Norte Digital*, *Catholic.net*, *Historia en Libertad*, y *Arbil* entre otras. Ha participado en tertulias radiofónicas y programas de televisión (*La Tribuna de la Historia* y *España en la memoria*).

Da a conocer sus particulares puntos de vista sobre la realidad presente y pasada en este blog, siendo sus artículos replicados en numerosas páginas de la red.

¡DESPIERTA!

Fernando Paz

La esfera de los libros, 2021, 356 pág.

El término ingeniería social, popularizado por Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, ya se ha quedado corto para definir lo que las sociedades occidentales están experimentando. La ingeniería tiene algo de externo, por decirlo de algún modo. Cuando nos imaginamos un producto ingenieril, pensamos en un tipo de artefacto, máquina o ingenio ajeno a nosotros, inanimado y no humano. Lo que ahora padecemos a manos de la oligarquía financiera global sobrepasa las habituales analogías del Estado como una máquina de poder o como un reloj de príncipes, que dirían en el barroco. Esto que vivimos es un experimento con nosotros, mejor dicho, dentro de nosotros, efectuado por una minúscula élite de millonarios maltusianos frente a la que los políticos son como los obedientes comerciales de una franquicia multinacional: todos con el mismo traje, con el mismo mensaje y con el mismo chantaje. Lo que ahora se nos viene encima no encuentra paralelo con



una máquina, sino con una enfermedad o con una mutación que degenera un cuerpo o lo transforma en algo distinto; con algo orgánico, interno, que nos afecta en nuestra esencia humana, tanto animal como espiritual. Creo que es bastante común entre los más conscientes de los europeos de a pie la impresión de que los súbditos de las plutocracias occidentales nos hemos convertido en cobayas, en ratones de laboratorio, en conejillos de Indias; el símbolo de la opresión contemporánea ya no es el Chaplin enredado en los engranajes de una máquina de *Tiempos Modernos*, sino el lobotomizado Randle McMurphy de *Alguien voló sobre el nido del cuco* o, peor aún, el hámster que corre y corre en la rueda sin fin del consenso socialdemócrata.

¡Despierta! *Cómo la élites están controlando el mundo*, el libro recién editado de Fernando Paz en La esfera de los libros, nos describe con detalle el nuevo sistema de dominación que se está implantando en Occidente y no se limita a teorizar en abstracto, sino que nos muestra un ejemplo práctico de ello en la pandemia del virus chino o, como me gusta llamarla, la gripe de Bilderberg, dolencia especialmente contagiosa, maligna y virulenta, como si alguien la hubiera hecho a propósito. Jean-Luc Montagnier, por decir algo semejante desde la altura de su premio Nobel, pasó en horas veinticuatro de la veneración al escarnio, al infierno del negacionismo (algo así como ser gnóstico en el siglo IV, cátaro en el XIII o fascista en el XX)... La «Ciencia» –es decir, Bill Gates, *El País*, *Telecinco* y la niña Greta– desacreditó y ridiculizó al venerable virólogo, que logró la fama mundial por desentrañar la esencia del virus del SIDA. De esta manera, seguramente pour encourager les autres, Montagnier se convirtió en un Ovidio de bata blanca desterrado al Ponto, en un Alighieri exiliado de la Beatriz de la respetabilidad, degradado a charlatán de feria o a algo peor aún: un infame divulgador de quimeras. Y, sin embargo, con cada nueva información que se nos filtra sobre la naturaleza no pangolínica y no murcieláguica del virus de marras, algo parece decir con voz cada vez más fuerte... *Eppur si muove*.

A lo largo de su obra, Paz nos expone la forma en la que el gobierno de un tal Sánchez ha gestionado la crisis sanitaria, momento en el que el «doctor» y sus cuates exhibieron una mezcla muy característica de incompetencia, mentira, sectarismo, crimen e inconciencia que tan típica es de la izquierda española en sus grandes momentos históricos y, en especial, de ese mal endémico de España, el PSOE, ese anófeles portador del palurdismo que siempre ha envenenado nuestro pantano político. Las marismas pontinas de Iberia todavía esperan un héroe que las desee y acabe con esta plaga ya secular de sabandijas. Si no, ellas acabarán con nosotros, como ya lo intentaron en los meses de demencial encierro covidiano. Si uno quiere saber qué calaña tiene la banda gobernante, lea con atención las páginas de este libro y, luego, si puede y si le dejan, cómprese un billete de avión para un país libre o, si no lo hay, que por lo menos esté bien gobernado. Les aseguro que no tiene desperdicio. Por supuesto, para las víctimas de esta gestión, la peor del planeta, no habrá memoria histórica, ni compensaciones, ni nada.

Siendo, como es, muy ágil y brillante el análisis que Paz hace de la experiencia covidiana, más interés tiene el examen que realiza de algo que no es conspiración, sino evidente realidad que se publicita a viva voz todos los días: la privatización de la cosa pública nacional y global, su compra en almoneda en los saldos del Nuevo Orden Mundial. Como muestra, bien nos vale el botón de la adquisición en las rebajas de la ONU (partnership creo que lo llaman) de la OMS por Bill Gates, el filántropo que quiso dejar

sin sol a los suecos. Todo el tinglado de la ciencia y de la caridad está a sueldo de los patronos del mayor negocio del siglo XXI, el equivalente a los ferrocarriles y los altos hornos del siglo XIX: la bioindustria, ese aterrador conjunto de farmacéuticas, bancos y organismos oficiales cuyo fin es convertirnos en enfermos crónicos y consumidores compulsivos de bioquímica. Para conseguir tan lucrativo fin, nada mejor que abastecer al mercado de todo tipo de enfermedades, reales o imaginarias, para así crear una demanda que pueda satisfacer la oferta de las big pharma, cuyo pavoroso rastro judicial de pleitos perdidos y vidas destruidas Paz nos muestra en su obra. Todos los grandes laboratorios presentan un armario repleto de cadáveres, pero nunca les falta el dinero para pagar indemnizaciones. Ni tampoco políticos que les eximan de las responsabilidades derivadas de la gestión de sus bálsamos de Fierabrás.

Aquí todo es industria y nada milagro. En una sociedad tan rastrameramente materialista como la actual, donde el clásico *carpe diem* es entendido de la peor manera imaginable, el ser humano queda reducido a la condición mínima a la que puede llegar el igualitarismo radical de nuestro tiempo: un cuerpo. Si sólo somos un conjunto de órganos vivos, no es de extrañar que la salud se convierta en el valor supremo, una *salus* que ya no es sinónimo de salvación, sino de preservación de algo que está condenado a perecer, un eufemismo de desesperación. El norte del *homo festivus* socialdemócrata es la supervivencia y el mantenerse perpetuamente joven, el negar la vejez, la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, que suponen la aniquilación de lo único que se considera realmente existente: la vida biológica del animal humano. De hecho, la tan ansiada eutanasia de las democracias «avanzadas» es no sólo una medida de ahorro hospitalario, sino una alocada huida del sufrimiento a través de la muerte, lo que los viejos de mi infancia llamaban morir para no perder la vida. Por eso, no es de extrañar que una religión como el budismo, que busca evitar el dolor y las pasiones, sea la única espiritualidad posible en el Nuevo Orden Mundial: es una desesperación lúcida. Fuera de los lamas, sólo quedan los médicos, los psiquiatras y los farmacéuticos, curadores de cuerpos que sustituyen a la cura de almas. Hay en nuestra sociedad actual tantas batas blancas como sotanas y hábitos en la España del Siglo de Oro. Y su función social es la misma: darle al pueblo su ración de opio. Con la diferencia de que el viejo tranquilizante sí funcionaba, ocasionaba arrobos místicos y un arte inigualable, producía quijotes, teresas y colonos, y hasta curaba por vía de la fe y del milagro. En un sentido profundo, era –y es– verdad porque tenía alma. El nuevo narcótico, cuyo ingrediente esencial es la mentira, sólo da telespectadores.

Durante este último año hemos podido comprobar cómo los virus han acabado por convertirse en un sustituto del aojamiento, de los malos espíritus y de los demonios del hombre primitivo. Para librarse de ellos, y guiados por Mamá-Estado, con cofia de Gran Enfermera y fetiches de Medicine Woman, se han acometido todo tipo de ritos propiciatorios, como aquellos aplausos en los balcones que recuerdan a las palmadas que se daban antiguamente para ahuyentar a duendes y trasgos; o la adopción de las mascarillas, que más que prevenir del virus nos protegen del rechazo social; o los neuróticos lavados con alcohol, cuya frenética intensidad recuerda a los rituales védicos de pureza o a los tabúes del Levítico. La ciencia ha dejado de ser un saber objetable y revisable y ha vuelto al argumento de autoridad, donde no se admite la duda ante los axiomas de la escolástica maltusiana, y que no vacila en aplicar el *argumentum baculinum* ante los contradictores y los simples escépticos con el pretexto de la salvación

de nuestros cuerpos sin alma. En este estado de cosas, no faltan ya las voces de quienes piensan, como Nietzsche, que el hombre es algo que tiene que ser superado o, más bien, mejorado. No parece muy lejano el momento –y ya Paz nos lo hace entrever en su libro– en que la plutocracia global decida modificar aquella parte de la humanidad que haya logrado sobrevivir a las escabechinas de sus políticas demográficas y sus experimentos víricos. Nosotros somos cobayas. Nuestros nietos serán cyborgs. Todo para que millones de hámsters sigan corriendo en la rueda inacabable de la sociedad abierta. Ya lo escribió Fiódor Mijáilovich hace más de un siglo: Si Dios no existe, todo está permitido.

EL CAMINO DE SANTIAGO, UN ENCUENTRO CON DIOS

Javier Peño Iglesias

Ediciones Palabra, Madrid, mayo 2021, 272 pág.

Hasta agosto de 2020, fecha en que completé el Camino desde Roncesvalles (a pesar del Covid-19) mis piernas han caminado 7000 kilómetros en peregrinación a Santiago; kilómetros que me han cambiado la vida y la han orientado de un modo decisivo hacia Dios.

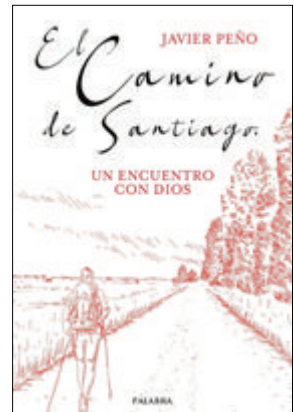
En el Camino de Santiago he llorado de dolor y he sentido miedo, pero he reído mucho más con una alegría profunda, y, en cierto sentido, inexplicable. Me he perdido y me he encontrado. Aprendí a no quejarme y perseverar en el cansancio y el hartazgo. Aprendí lo que es la gratuidad de un modo nuevo. Fui evangelizado y he visto milagros físicos y espirituales (si es que acaso se pueden separar).

En el Camino de Santiago me encontré con Dios y vi mi vocación como sacerdote.

Este libro es una invitación a que abras tu corazón a Dios, antes o después de hacer el Camino, y que puedas experimentar su cercanía en el camino de la vida.

Experiencias, anécdotas, reflexiones, historia, paisajes... todo sirve para descubrir a Dios si entendemos Su lenguaje y sabemos cómo. Porque allí todo nos habla de Él, pues el Camino es una gran metáfora de la gran peregrinación del ser

Javier Peño Iglesias, sacerdote de la Archidiócesis de Madrid, periodista y peregrino a Santiago. Fue técnico en las categorías inferiores del Rayo Vallecano (2007-2010).



Casi un villancico:

BELÉN MONTAÑERO

de la Hermandad Doncel (con música que espera autor)¹

Diego Fernando Cámara López

La nieve ha caído al alba
—¿acaso nadie se acuerda?—.
Coge el mazapán y anda,
los donceles se han marchado:
son cien, más los Reyes Magos.

Ya está aquí la Nochebuena
—¿acaso nadie se alegra?—.
Saca la zambomba, hermano,
que siendo un Misterio divino
Dios se nos hace humano.

¡Resplandor en la montaña!
—¿acaso nadie se acuerda?—.
Panderetas de colores,
Fuegos de amor... y la estrella,
que al Salvador da las buenas.

Ya están alcanzando el cielo
—¿acaso nadie se alegra?—.
Venga el almendrado turrón.
A la vez que ascienden, cantan,
y acompañan al Creador.

El portal puesto en la cima,
porque escuchemos los *nadies*
la gaita y la lira sonaron,
sacaron del zurrón al Niño
y una oración recitaron.

¹ «El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo, no podrá eximirse de terminar la melodía».. J.A.P.R.

Nota: Antes de cualquier comentario, me anticipo para pedir a los posibles lectores la benevolencia propia de estas fiestas; Y agradezco a mi amigo, camarada y ejemplo de muchas cosas, Diego Guerrero Perejón, su esfuerzo para conseguir colocar algunos parches en la composición, y así evitar su hundimiento prematuro con la primera lectura. Como era un encargo y no han venido a recogerlo, supongo que por haber leído el resultado, nos acogemos a la sabiduría de Manuel Machado: «*Procura tú que tus coplas, / vayan al pueblo a parar, / aunque dejen de ser tuyas / para ser de los demás*». Así lo esperamos,... y... ¡FELIZ NAVIDAD!

